

nº 24

Arde

BIBLIOTECA HISPÁNICA
I.C.H.



MUNDO HISPÁNICO AÑO SANTO

*Desde el corazón del Atlántico
hasta los Pirineos* **LA H.U.S.A.**
*marca sus etapas hacia Roma
con los hoteles:*



"Feline II"
EL ESCORIAL (MADRID)



"Alhambra Palace"



"Victoria"
VALENCIA



"Madrid"
SEVILLA



GRANADA



"Miramar"
MALAGA



"Minzah y Rif"
TANGER

*From the heart of the Atlantic
to the Pyrenees, the* **H.U.S.A.**
CHAIN *will trace your way*



LA B. A. C. ES EL PAN DE NUESTRA CULTURA CATOLICA



Alabada por la Santa Sede, bendecida reiteradamente con encomio por el Episcopado español y publicada bajo los auspicios y alta dirección de la Pontificia Universidad de Salamanca, la B. A. C. ha llegado a ser en seis años de vida un timbre de gloria de los católicos de habla española y un instrumento incomparable al servicio de su espíritu y su cultura.

Nace por la comunidad de esfuerzos del centenar de ilustres especialistas eclesiásticos y seculares que trabajan para ella, y de los millares de lectores que la adquieren agotando copiosas ediciones. LA EDITORIAL CATOLICA, S. A., es sólo el instrumento coordinador de tantos

valores intelectuales que antes se hallaban dispersos o baldíos, y el eslabón que los enlaza con el público culto. La B. A. C. viene, pues, a saciar el hambre de verdad de la actual generación hispánica.

Distribuida en ocho secciones (I. Sagradas Escrituras, II. Teología y Cánones, III. Santos Padres, IV. Ascética y Mística, V. Historia y Hagiografía, VI. Filosofía y Apologética, VII. Pensamiento Social y Político Cristiano, VIII. Literatura y Arte Cristianos), la B. A. C. llegará a ser una biblioteca orgánica que contendrá, en ediciones dignas, el acervo principal de la sabiduría cristiana. Sabiduría invariable,

pero fresca, creciente y juvenil, como río que procede de altas cumbres.

La B. A. C. se ofrece, en ediciones cuidadas, a los precios más bajos del mercado editorial. Los libros de la B. A. C. son hoy, en su clase, los más baratos del mundo; pero, a la vez, son reputados también entre los mejores del mundo. Si está a su alcance, la B. A. C. los irá mejorando, y si un día puede abaratarlos, reduciendo aún más el coste de producción, la B. A. C. también los abaratará.

La B. A. C. quiere ganarse la amistad de todos los católicos de lengua española, y la simpatía intelectual de todos los hombres cultos.

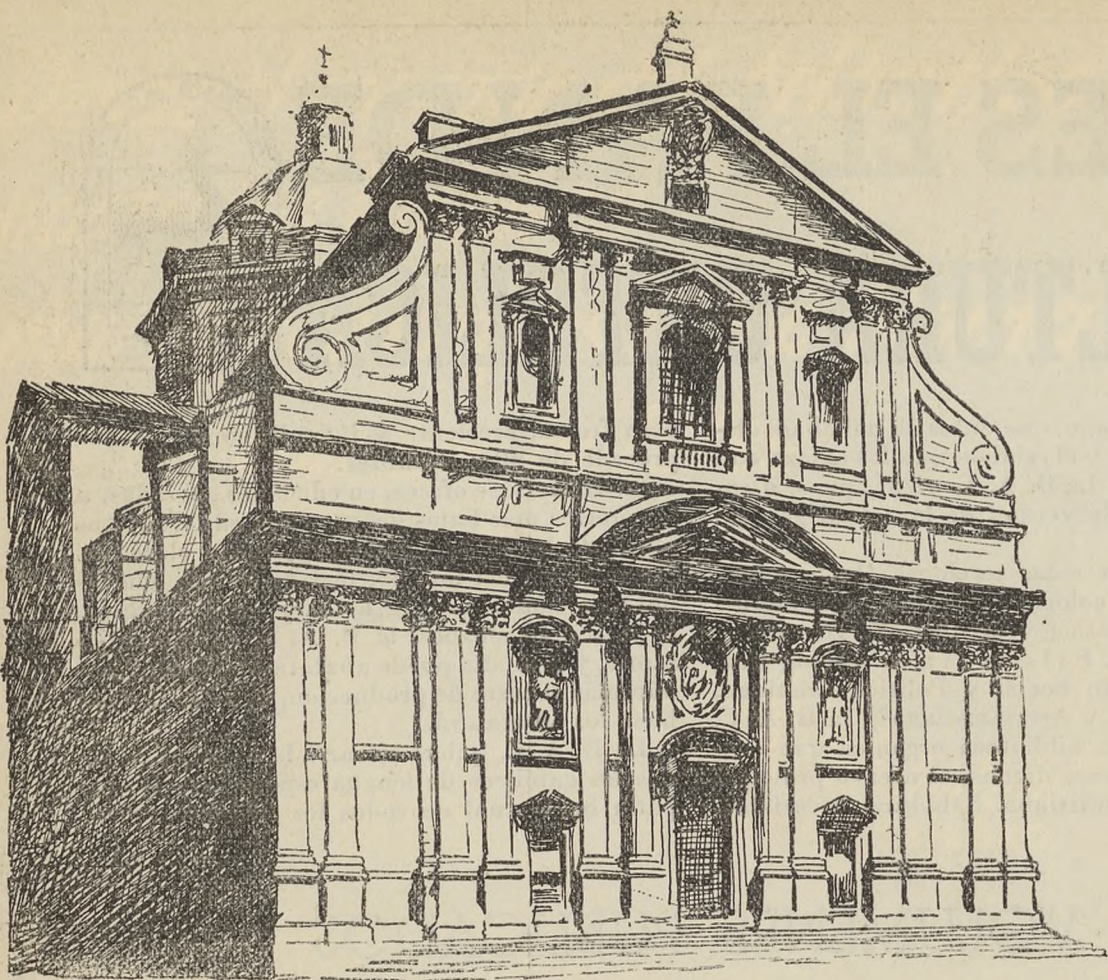
CATALOGO DE LOS VOLUMENES PUBLICADOS

- 1 SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR-COLUNGA, 3.^a edición.
- 2 SUMA POÉTICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA. 1944.
- 3 OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEÓN.
- 4 SAN FRANCISCO DE ASÍS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Floreillas*.
- 5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Lainez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la "Invencible"*.
- 6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano.
- 7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA.
- 8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA, de ALASTRUÉY.
- 9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios: 1) En su infancia. 2) En la Eucaristía. 3) En su Pasión*. Edición en latín y castellano.
- 10 OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz*. Edición en latín y castellano.
- 11 OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo II: *Introducción a la filosofía de San Agustín. Confesiones* (en latín y castellano).
- 12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes).
- 14 BIBLIA VULGATA LATINA.
- 15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías*.
- 16 TEOLOGÍA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOYER, S. I.
- 17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales*. 1946. VIII + 924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vida de santos*.
- 19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaemeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso*. Edición en latín y castellano.
- 20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana*. Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino.
- 21 OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos*. Texto en latín y castellano.
- 22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo*.
- 23 OBRAS DE SAN BERNARDO.
- 24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía y Diario espiritual*.
- 25-26 SAGRADA BIBLIA, de BOYER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego (dos volúmenes). 1947. XXVIII + 2396 págs.
- 27 LA ASUNCION DE MARÍA. Tratado teológico y antología de textos por el P. JOSÉ MARÍA BOYER, S. I.
- 28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Lastres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memorias de perfección. Discursos mariológicos*. Edición en latín y castellano.
- 29 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general* por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno*. Texto en latín y castellano.
- 30 OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridión. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer*. Texto bilingüe.
- 31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evas y Blanqueria. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano).
- 32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I.
- 33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía y Epistolario*.
- 34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el Prof. FRANCISCO JAVIER SÁNCHEZ CANTÓN.
- 35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 1.^o: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo*.
- 36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos*. Edición en latín y castellano.
- 37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental*. 1948.
- 38 MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: FRAY ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios y Espejo de ilustres personas*. FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo*. Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948.
- 39 OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad*. Edición en latín y castellano.
- 40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nacar-Colunga.)
- 41 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad*, en latín y castellano.
- 42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental y El Criterio*. 1948.
- 43 NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOYER, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.)
- 44 MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión*. FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos*. FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual*. BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías*.
- 45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una antología de tratados patrísticos sobre la virginidad.
- 46 MÍSTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios*. FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del "Pater noster"*. FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta y Esclavitud mariana*. FRAY MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen*. FRAY JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico*.
- 47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo*, por JOSÉ CAMÓN AZNAR. 1949.
- 48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo*.
- 49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres*. Edición en latín y castellano.
- 50 OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. Del don de perseverancia*. Edición en latín y castellano.
- 51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña*.
- 52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: *Escritos políticos: Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmista*.
- 53 OBRAS DE SAN AGUSTÍN. Tomo VII: *Sermones*. Edición en latín y castellano.
- 54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *EDAD ANTIGUA (1-681): La Iglesia en el mundo grecorromano*, por el P. BERNARDINO LLORCA, S. I.
- 55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 2.^o y último: *Misterios de la pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo*.
- 56 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo III: *Tratado de los ángeles y Tratado de la creación del mundo corpóreo*.

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. ALFONSO XI, 4. APARTADO 466. — MADRID

Distribuidor exclusivo para España: Lifesa. Valenzuela, 6. Madrid. — Distribuidor exclusivo para Centro y Sudamérica: D. Antonio de Urivelarreay Mora. Balcarce, 251/55 (R. 45). Buenos Aires. Distribuidor exclusivo para México: Editorial Jus, S. A. Mejía, 19. México, D. F.

DISTRIBUYE ESTAS EDICIONES LA
DIFUSORA DEL LIBRO
Bailén, 19. Teléfono 22-32-52
MADRID



MONUMENTOS DE ESPAÑOLES EN ROMA

y de PORTUGUESES e HISPANOAMERICANOS

POR
D. ELIAS TORMO

Dos soberbios volúmenes en folio, con centenares de grandes ilustraciones y con las eruditas y amenas notas del afamado crítico de arte. En papel de hilo: 400 pesetas. En papel registro: 200 pesetas.

OTRAS PUBLICACIONES DE LA DIRECCION GENERAL DE RELACIONES CULTURALES:

Niñez y juventud de Felipe II, por José María March, S. J. 2 tomos en papel hilo: 200 pesetas. En papel alfa: 150 pesetas.

Monumenta Chartographica Indiana, por Julio F. Guillén. Tomo I (Regiones del Plata y Magallánica), con 127 láminas en fototipia y colores: 1.000 pesetas.

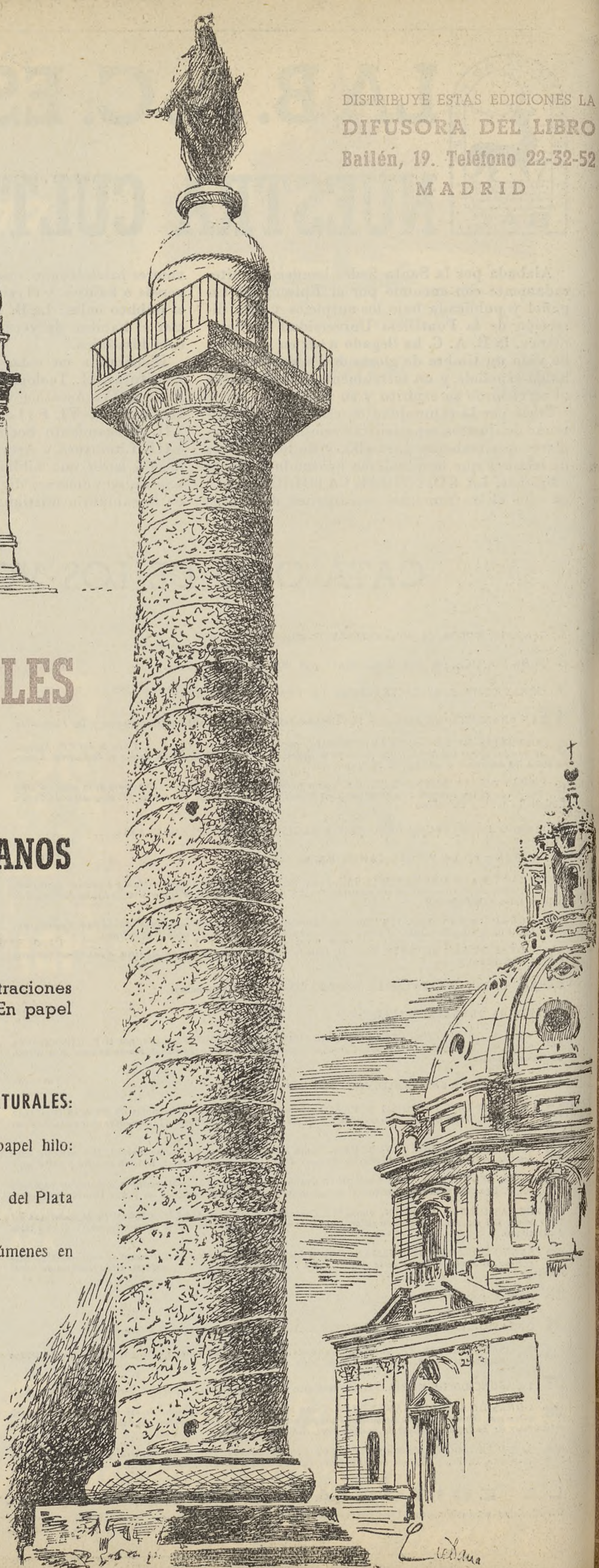
Isabel de Valois, Reina de España, por Agustín González de Amezúa. 5 volúmenes en papel de hilo: 700 pesetas. 3 volúmenes en papel alfa: 400 pesetas.

Colombia de norte a sur, por José Pérez de Barradas. 2 tomos en papel alfa: 300 pesetas.

Historia del Museo del Prado, por Mariano de Madrazo. 200 pesetas.

El arte tipográfico en España durante el siglo XV, por Francisco Vindel. Primer tomo: *Cataluña*. 250 pesetas. Segundo tomo: *Salamanca, Zamora, Coria y Reino de Galicia*. 400 pesetas. Tercer tomo: *Valencia, Mallorca y Murcia*. 400 pesetas. Cuarto tomo: *Zaragoza*. 600 pesetas. Quinto tomo: *Sevilla y Granada*. 600 pesetas.

La escala de Mahoma, por José Muñoz Sendino. En papel de hilo: 600 pesetas. En papel alfa: 500 pesetas.



Gabriel
50

1950

MUNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

CONSEJO EDITORIAL.—Presidente: Alfredo Sánchez Bella.—Vocales: Julio Guillén, Antonio Lago Carballo, Ernesto La Orden Miracle, Marqués de las Marismas, Luis M. de Feduchi, M. Rodríguez de Rivas.—Director: Manuel Jiménez Quilez.—Redactor-jefe: M. Suárez-Caso.

NUM. 24 — DEDICADO AL AÑO SANTO — MARZO, 1950 — AÑO III — 15 PTAS.

PORTADA: Basílica de San Pedro.		
ORACION DEL AÑO SANTO.....	Pág. 6	
S. S. EL PAPA.....	» 7	
ESCUDO PONTIFICIO.....	» 8	
OFRENDA DEL NUMERO.....	» 9	
AÑO SANTO, por Mons. E. Belfia.....	» 11	
DOCTRINA GENERAL DEL JUBILEO, por el P. Villoslada, S. I.....	» 15	
LA OFRENDA DE SANGRE DEL CATOLICISMO HISPANICO, por Santos Beguiristain.....	» 17	
ANTOLOGIA DE TEXTOS SOBRE EL CATOLICISMO ESPAÑOL, por Santiago Magariños.....	» 20	
EL AÑO QUE ES DOMINGO, por Eugenio Montes.....	» 23	
SANTOS HISPANICOS EN PIEDRA ROMANA.....	Pág. 28	
HUELLAS HISPANICAS EN ITALIA.....	» 30	
MOISES, de Miguel Angel.....	» 35	
SANTOS Y BEATOS HISPANICOS DEL AÑO SANTO.....	» 36	
JERARQUIA DEL CATOLICISMO HISPANOAMERICANO.....	» 41	
LAS CUATRO COLUMNAS DEL CATOLICISMO ESPAÑOL DE HOY.....	» 46	
ESPAÑA, CAMINO DE ROMA.....	» 51	
AUTO SACRAMENTAL DEL AÑO SANTO, por Pedro Calderón de la Barca.....	» 55	
ESPAÑA MISIONERA, por el Hno. Manuel Rodríguez.....	» 64	

Colaboración artística: F. Sáez, Liébana, Gabriel, Valdivielso, Lara, J. F.º Aguirre, Luis, Labra, S. del Arbol y D. del Solar.—Gráfica: Vallmitjana, Campaña, Santos Yubero, Pando, Salgado, Portillo, Otto Wunderlich, Contreras, Tous, Kindel y Cifra Gráfica, de Madrid; Mas, de Barcelona; Torres Molina, de Granada, y Paul M. Pietsch, G. Felici, Foto Pontificia, Alinari, Attualità, Giordani y Spartaco Appetiti, de Roma.

REDACCION Y ADMINISTRACION: ALCALA GALIANO, 4, MADRID.—DISTRIBUCION: EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.), PIZARRO, 17, MADRID





ORACION DEL AÑO SANTO

MNIPOTENTE

Y SEMPITERNO DIOS! CON TODA EL ALMA OS DAMOS GRACIAS POR EL GRAN BENEFICIO DEL AÑO SANTO. ✠ ¡OH PADRE CELESTIAL, QUE TODO LO VEIS, QUE SONDEÁIS Y DIRIGÍS LOS CORAZONES DE LOS HOMBRES! HACEDLOS SUMISOS, EN ESTE TIEMPO DE GRACIA Y DE SALVACIÓN, A LA VOZ DE VUESTRO HIJO. ✠ QUE EL AÑO SANTO SEA PARA TODOS UN AÑO DE PURIFICACIÓN Y DE SANTIFICACIÓN, DE VIDA INTERIOR Y DE REPARACIÓN, AÑO DEL GRAN RETORNO Y DEL GRAN PERDÓN. ✠ DAD A LOS QUE SUFREN PERSECUCIÓN POR LA FE VUESTRO ESPÍRITU DE FORTALEZA, PARA UNIRLOS INDISOLUBLEMENTE CON JESUCRISTO Y CON SU IGLESIA. ✠ PROTEGED, OH SEÑOR, AL VICARIO DE VUESTRO HIJO EN LA TIERRA, A LOS OBISPOS, A LOS SACERDOTES, A LOS RELIGIOSOS Y A LOS FIELES. HACED QUE TODOS, SACERDOTES Y SEGLARES, NIÑOS, PERSONAS MAYORES Y ANCIANOS, FORMEN, EN ESTRECHA UNIÓN DE MENTES Y DE CORAZONES, UNA ROCA INCONMOVIBLE, CONTRA LA CUAL SE ESTRELLE EL FUROR DE VUESTROS ENEMIGOS. ✠ QUE VUESTRA GRACIA ENCIENDA EN TODOS LOS HOMBRES EL AMOR HACIA TANTOS DESVENTURADOS, A QUIENES LA POBREZA Y LA MISERIA HAN REDUCIDO A UNA CONDICIÓN DE VIDA INDIGNA DE SERES HUMANOS. ✠ DESPERTAD EN LAS ALMAS DE AQUELLOS QUE OS LLAMAN PADRE EL HAMBRE Y LA SED DE LA JUSTICIA SOCIAL Y DE LA CARIDAD FRATERNA CON OBRAS Y DE VERAS. ✠ "DAD, SEÑOR, LA PAZ A NUESTROS DÍAS", PAZ A LAS ALMAS, PAZ A LAS FAMILIAS, PAZ A LA PATRIA, PAZ ENTRE LAS NACIONES. QUE EL IRIS DE LA PAZ Y DE LA RECONCILIACIÓN CUBRA, BAJO EL ARCO DE SU LUZ SERENA, LA TIERRA SANTIFICADA POR LA VIDA Y PASIÓN DE VUESTRO DIVINO HIJO. ✠ ¡OH DIOS DE TODA CONSOLACIÓN! GRANDE ES NUESTRA MISERIA, GRAVES SON NUESTRAS CULPAS, INNUMERABLES NUESTRAS NECESIDADES, PERO MAYOR AÚN ES NUESTRA CONFIANZA EN VOS. CONSCIENTES DE NUESTRA INDIGNIDAD, PONEMOS FILIALMENTE NUESTRA SUERTE EN VUESTRAS MANOS, UNIENDO NUESTRAS POBRES ORACIONES A LA INTERCESIÓN Y MÉRITOS DE LA GLORIOSÍSIMA VIRGEN MARÍA Y DE TODOS LOS SANTOS. ✠ CONCEDED A LOS ENFERMOS LA CONFORMIDAD Y LA SALUD; A LOS JÓVENES, LA FUERZA DE LA FE; A LAS JÓVENES, LA PUREZA; A LOS PADRES, LA PROSPERIDAD Y LA SANTIDAD DE LA FAMILIA; A LAS MADRES, LA EFICACIA DE SU MISIÓN EDUCADORA; A LOS HUÉRFANOS, LA TUTELA AFECTUOSA; A LOS PRÓFUGOS Y PRISIONEROS, LA PATRIA, Y A TODOS, VUESTRA GRACIA, EN PREPARACIÓN Y EN PRENDAS DE LA ETERNA FELICIDAD DEL CIELO. ASÍ SEA.

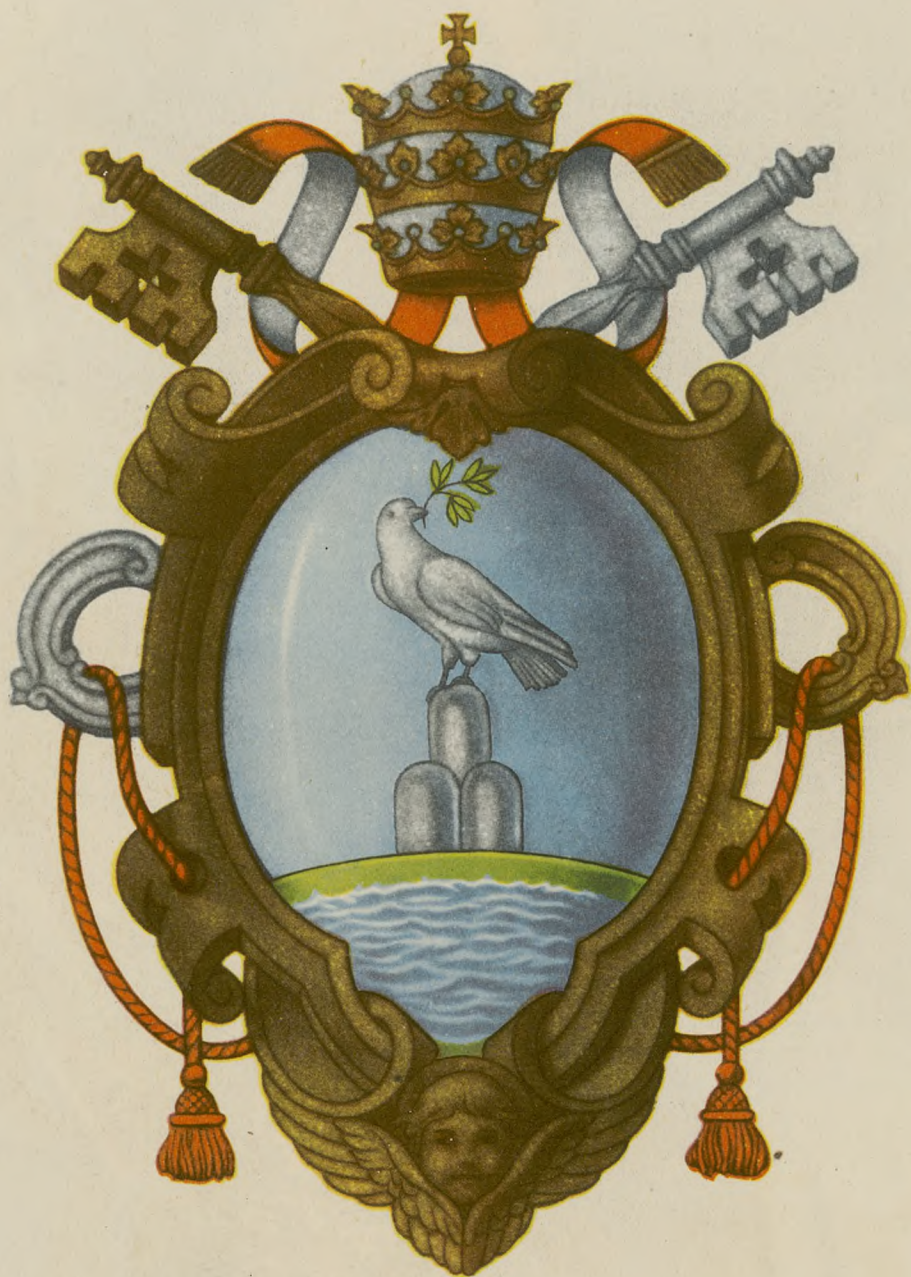
PIVS PP. XII





*"... la más preciosa herencia que la Madre Patria
ha legado a sus hijas es la incondicional fidelidad
a Cristo y a su Iglesia".*

Pius pp. XII



AL poner este número a los pies de Su Santidad el Papa Pío XII, MVNDO HISPANICO sirve la suprema actualidad espiritual de veintitrés países, que en la lengua de España profesan la fe de Cristo y rinden a su Iglesia fidelidad unánime.

Relumbra en estas páginas la grandeza de Roma cristiana, la fuerza de sus creaciones eternas y la eficacia conciliadora de la Ley promulgada universalmente desde la Silla de San Pedro. Y, también, su diversidad infinita. Quien entienda la misión de periodismo como un anhelo profundo y serio de hallar la unidad perdurable en la varia multitud de las cosas que pasan, comprenderá que en este afán de MVNDO HISPANICO por dar la síntesis del universo católico, está hoy la clave de la verdadera ansiedad no sólo de los pueblos hispánicos sino del mundo entero.

En uno de los pontificados más abruptos y gloriosos de la Historia, la Iglesia Católica vuelve a ser cada día el tema universal palpitante. Asombra la noble hermosura de su imagen, la vivacidad impetuosa de su crecimiento entre el dolor de las abominaciones que marcan con sangre a nuestra época. Pero consuela infinitamente su impasibilidad de piedra viva, su don profético de estar y enseñar a estar seguros con los ojos puestos en el Cielo.

MVNDO HISPANICO se postra ante el Sumo Pontífice en el Año Santo de 1950 con estas páginas, que pretenden ser noticia, compendio y oración.





¡Año Santo!

A **ROMA** POR

AIR FRANCE

VIA **PARIS**



AÑO SANTO

POR

MONS. EUGENIO BEITIA ALDAZABAL

(AUDITOR DE LA ROTA ESPAÑOLA)

EL año 1950, por disposición benigna del Padre Santo, es "año jubilar", es decir, año de penitencia, año de reparación, año de abundancia de gracias sobrenaturales. Lo aguardaba el mundo con verdadera ansia, porque en medio de la universal catástrofe que ha representado la guerra, el "Año Santo" es una invitación a la paz y a la concordia con Dios y con los hombres, a la superación de los odios entre los pueblos y a la generosa empresa de procurar la prosperidad y el progreso para cuantos saben que "del cielo descende todo don perfecto".

EN LA VIEJA LEY

El año jubilar tiene honda tradición en la historia religiosa del mundo. Ya en el Antiguo Testamento se habían señalado de una manera concreta "años jubilares". El libro del Levítico (25, 8) señala el precepto por el cual los israelitas contaban "semanas de años", con siete años sabáticos, al término de los cuales consagraban al Señor de manera especial el año quincuagésimo, absteniéndose de determinados trabajos agrícolas, alimentándose de los frutos espontáneos de los campos, recogiendo los a diario sin almacenarlos, como en los años ordinarios. Por otra parte, el año jubilar preveía una vuelta periódica de las personas y de las cosas a su estado primitivo, de tal suerte, que ni la indigencia ni la esclavitud pudiesen ser el destino definitivo de ningún israelita. Por fin, el año jubilar, con el fervor de sus prescripciones religiosas, era año de confianza en la providencia divina, y solía comenzar con el gran día de la expiación. Se anunciaba a todo el pueblo de manera solemne, por medio del "yobel" instrumento músico, que se hacía resonar en todo el país.

DESDE LA EDAD MEDIA

El Cristianismo, que ha conservado tantas cosas de la antigua Ley, acomodándolas y sublimándolas para sus fieles, hizo que el año jubilar se perpetuara. La crónica de Juan Villani narra el comienzo de la celebración de los jubileos cristianos: en el año de Cristo 1300—dice—, como quiera que muchos dijese que se debía celebrar

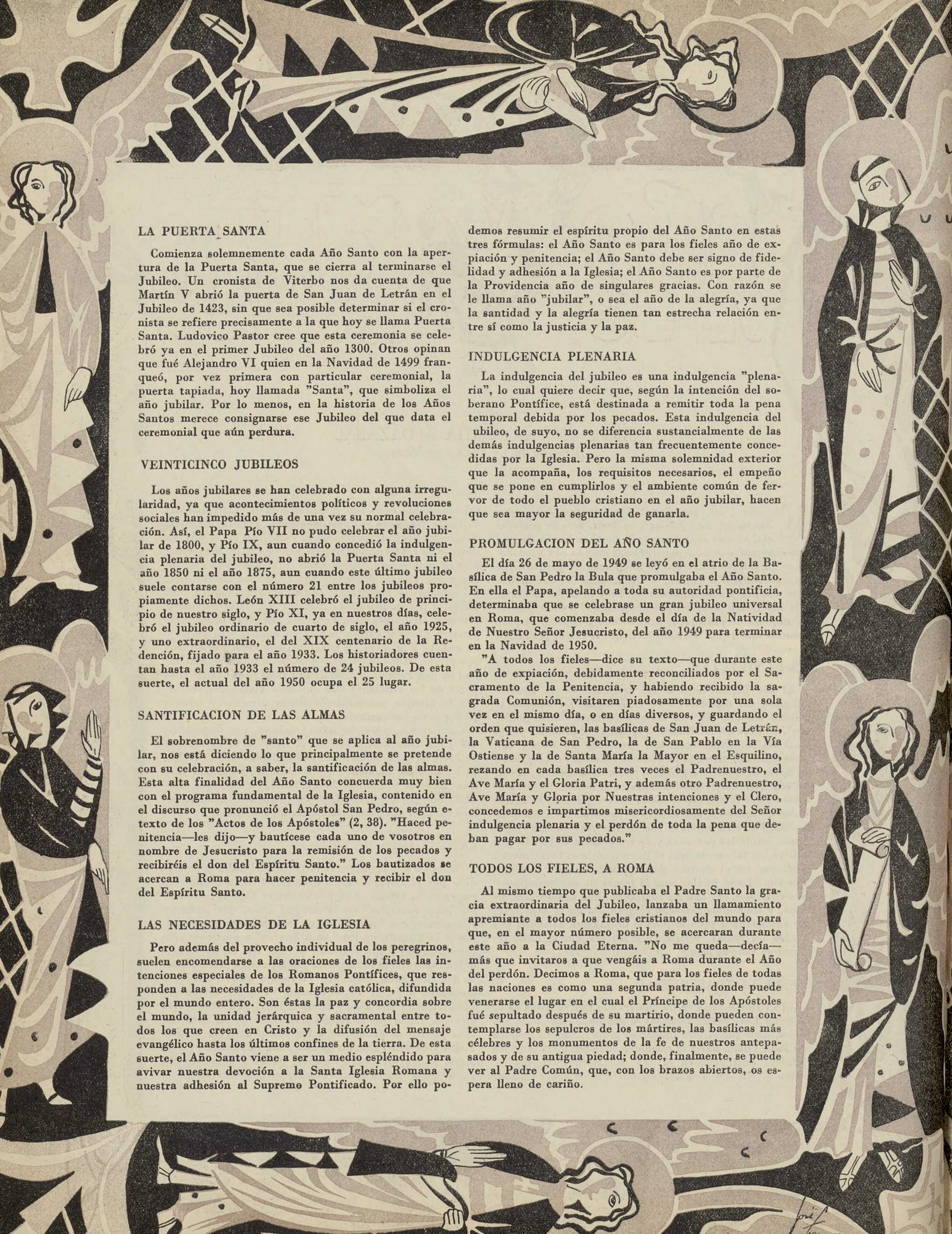
solemnemente cada año centenario de la Natividad del Salvador, haciendo el Papa que reinase gran indulgencia, Bonifacio VIII, entonces Sumo Pontífice, en el año ya dicho y en reverencia al nacimiento de Cristo, hizo suma y gran indulgencia, disponiendo que cualquiera fiel romano que visitase dentro de aquel año, por treinta días, las iglesias de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, y por quince días los demás fieles que no fueren romanos, habiendo confesado sus pecados, todos ellos ganasen pleno y entero perdón en cuanto a la culpa y en cuanto a la pena. Y para consuelo de los cristianos peregrinos, todos los viernes y días de fiesta se mostraban en San Pedro reliquias de la Pasión, por lo cual gran parte de los cristianos que entonces vivían emprendieron la aludida peregrinación desde diversos y lejanos países y de las cercanías de Roma.

Comenzaron, pues, los años jubilares, por disposición del Papa Bonifacio VIII, en el siglo XIV. Aquel año de 1300, en el día de la fiesta de la Cátedra de San Pedro, se leyó, desde el ambón de la Basílica Vaticana, ante una inmensa y conmovida multitud, la bula que concedía este perdón general, y que después de leída se colocó sobre el altar del Príncipe de los Apóstoles.

CADA CUARTO DE SIGLO

No es fácil determinar si la gracia del Jubileo, concedida por el Papa Bonifacio VIII, fué cosa totalmente nueva en la Iglesia. Aún perduraba el vago recuerdo de los "años seculares" de la antigua Urbe, que pudieron relacionarse con los del Jubileo. Sin embargo, puede iniciarse la historia de los "Años Santos" a partir de esta concesión del Papa Gaetani, porque fué él, al menos, quien instituyó la indulgencia jubilar con la periodicidad de los cien años. Clemente VI redujo estos períodos a cincuenta años, el Papa Urbano VI quiso celebrarlos cada treinta y tres años y Paulo II los fijó en cada cuarto de siglo. En lo que se refiere a la visita de las basílicas, bien pronto se añadieron a las dos primitivas de San Pedro y de San Pablo las de San Juan de Letrán y Santa María la Mayor. De esta suerte, quedó determinada la visita a las cuatro grandes basílicas patriarcales.

José
Francisco
Guirre



LA PUERTA SANTA

Comienza solemnemente cada Año Santo con la apertura de la Puerta Santa, que se cierra al terminarse el Jubileo. Un cronista de Viterbo nos da cuenta de que Martín V abrió la puerta de San Juan de Letrán en el Jubileo de 1423, sin que sea posible determinar si el cronista se refiere precisamente a la que hoy se llama Puerta Santa. Ludovico Pastor cree que esta ceremonia se celebró ya en el primer Jubileo del año 1300. Otros opinan que fué Alejandro VI quien en la Navidad de 1499 franqueó, por vez primera con particular ceremonial, la puerta tapiada, hoy llamada "Santa", que simboliza el año jubilar. Por lo menos, en la historia de los Años Santos merece consignarse ese Jubileo del que data el ceremonial que aún perdura.

VEINTICINCO JUBILEOS

Los años jublares se han celebrado con alguna irregularidad, ya que acontecimientos políticos y revoluciones sociales han impedido más de una vez su normal celebración. Así, el Papa Pío VII no pudo celebrar el año jubilar de 1800, y Pío IX, aun cuando concedió la indulgencia plenaria del jubileo, no abrió la Puerta Santa ni el año 1850 ni el año 1875, aun cuando este último jubileo suele contarse con el número 21 entre los jubileos propiamente dichos. León XIII celebró el jubileo de principio de nuestro siglo, y Pío XI, ya en nuestros días, celebró el jubileo ordinario de cuarto de siglo, el año 1925, y uno extraordinario, el del XIX centenario de la Redención, fijado para el año 1933. Los historiadores cuentan hasta el año 1933 el número de 24 jubileos. De esta suerte, el actual del año 1950 ocupa el 25 lugar.

SANTIFICACION DE LAS ALMAS

El sobrenombre de "santo" que se aplica al año jubilar, nos está diciendo lo que principalmente se pretende con su celebración, a saber, la santificación de las almas. Esta alta finalidad del Año Santo concuerda muy bien con el programa fundamental de la Iglesia, contenido en el discurso que pronunció el Apóstol San Pedro, según texto de los "Actos de los Apóstoles" (2, 38). "Haced penitencia—les dijo—y bautícese cada uno de vosotros en nombre de Jesucristo para la remisión de los pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo." Los bautizados se acercan a Roma para hacer penitencia y recibir el don del Espíritu Santo.

LAS NECESIDADES DE LA IGLESIA

Pero además del provecho individual de los peregrinos, suelen encomendarse a las oraciones de los fieles las intenciones especiales de los Romanos Pontífices, que responden a las necesidades de la Iglesia católica, difundida por el mundo entero. Son éstas la paz y concordia sobre el mundo, la unidad jerárquica y sacramental entre todos los que creen en Cristo y la difusión del mensaje evangélico hasta los últimos confines de la tierra. De esta suerte, el Año Santo viene a ser un medio espléndido para avivar nuestra devoción a la Santa Iglesia Romana y nuestra adhesión al Supremo Pontificado. Por ello po-

demo resumir el espíritu propio del Año Santo en estas tres fórmulas: el Año Santo es para los fieles año de expiación y penitencia; el Año Santo debe ser signo de fidelidad y adhesión a la Iglesia; el Año Santo es por parte de la Providencia año de singulares gracias. Con razón se le llama año "jubilar", o sea el año de la alegría, ya que la santidad y la alegría tienen tan estrecha relación entre sí como la justicia y la paz.

INDULGENCIA PLENARIA

La indulgencia del jubileo es una indulgencia "plenaria", lo cual quiere decir que, según la intención del soberano Pontífice, está destinada a remitir toda la pena temporal debida por los pecados. Esta indulgencia del jubileo, de suyo, no se diferencia sustancialmente de las demás indulgencias plenarias tan frecuentemente concedidas por la Iglesia. Pero la misma solemnidad exterior que la acompaña, los requisitos necesarios, el empeño que se pone en cumplirlos y el ambiente común de fervor de todo el pueblo cristiano en el año jubilar, hacen que sea mayor la seguridad de ganarla.

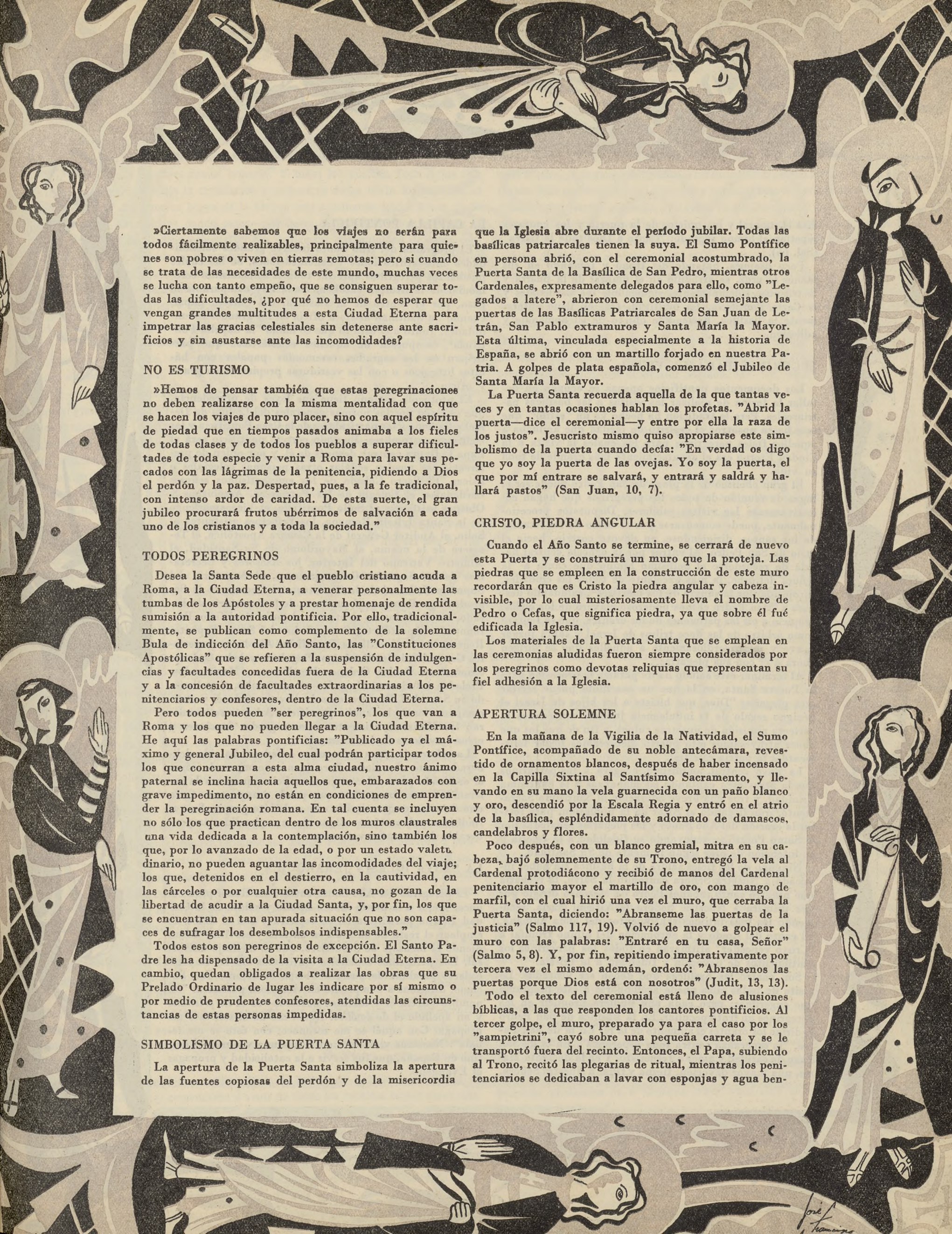
PROMULGACION DEL AÑO SANTO

El día 26 de mayo de 1949 se leyó en el atrio de la Basílica de San Pedro la Bula que promulgaba el Año Santo. En ella el Papa, apelando a toda su autoridad pontificia, determinaba que se celebrase un gran jubileo universal en Roma, que comenzaba desde el día de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, del año 1949 para terminar en la Navidad de 1950.

"A todos los fieles—dice su texto—que durante este año de expiación, debidamente reconciliados por el Sacramento de la Penitencia, y habiendo recibido la sagrada Comunión, visitaren piadosamente por una sola vez en el mismo día, o en días diversos, y guardando el orden que quisieren, las basílicas de San Juan de Letrán, la Vaticana de San Pedro, la de San Pablo en la Vía Ostiense y la de Santa María la Mayor en el Esquilino, rezando en cada basílica tres veces el Padrenuestro, el Ave María y el Gloria Patri, y además otro Padrenuestro, Ave María y Gloria por Nuestras intenciones y el Clero, concedemos e impartimos misericordiosamente del Señor indulgencia plenaria y el perdón de toda la pena que deban pagar por sus pecados."

TODOS LOS FIELES, A ROMA

Al mismo tiempo que publicaba el Padre Santo la gracia extraordinaria del Jubileo, lanzaba un llamamiento apremiante a todos los fieles cristianos del mundo para que, en el mayor número posible, se acercaran durante este año a la Ciudad Eterna. "No me queda—decía—más que invitaros a que vengáis a Roma durante el Año del perdón. Decimos a Roma, que para los fieles de todas las naciones es como una segunda patria, donde puede venerarse el lugar en el cual el Príncipe de los Apóstoles fué sepultado después de su martirio, donde pueden contemplarse los sepulcros de los mártires, las basílicas más célebres y los monumentos de la fe de nuestros antepasados y de su antigua piedad; donde, finalmente, se puede ver al Padre Común, que, con los brazos abiertos, os espera lleno de cariño.



»Ciertamente sabemos que los viajes no serán para todos fácilmente realizables, principalmente para quienes son pobres o viven en tierras remotas; pero si cuando se trata de las necesidades de este mundo, muchas veces se lucha con tanto empeño, que se consiguen superar todas las dificultades, ¿por qué no hemos de esperar que vengan grandes multitudes a esta Ciudad Eterna para impetrar las gracias celestiales sin detenerse ante sacrificios y sin asustarse ante las incomodidades?

NO ES TURISMO

»Hemos de pensar también que estas peregrinaciones no deben realizarse con la misma mentalidad con que se hacen los viajes de puro placer, sino con aquel espíritu de piedad que en tiempos pasados animaba a los fieles de todas clases y de todos los pueblos a superar dificultades de toda especie y venir a Roma para lavar sus pecados con las lágrimas de la penitencia, pidiendo a Dios el perdón y la paz. Despertad, pues, a la fe tradicional, con intenso ardor de caridad. De esta suerte, el gran jubileo procurará frutos ubérrimos de salvación a cada uno de los cristianos y a toda la sociedad.»

TODOS PEREGRINOS

Desea la Santa Sede que el pueblo cristiano acuda a Roma, a la Ciudad Eterna, a venerar personalmente las tumbas de los Apóstoles y a prestar homenaje de rendida sumisión a la autoridad pontificia. Por ello, tradicionalmente, se publican como complemento de la solemne Bula de indicción del Año Santo, las "Constituciones Apostólicas" que se refieren a la suspensión de indulgencias y facultades concedidas fuera de la Ciudad Eterna y a la concesión de facultades extraordinarias a los penitenciaros y confesores, dentro de la Ciudad Eterna.

Pero todos pueden "ser peregrinos", los que van a Roma y los que no pueden llegar a la Ciudad Eterna. He aquí las palabras pontificias: "Publicado ya el máximo y general Jubileo, del cual podrán participar todos los que concurran a esta alma ciudad, nuestro ánimo paternal se inclina hacia aquellos que, embarazados con grave impedimento, no están en condiciones de emprender la peregrinación romana. En tal cuenta se incluyen no sólo los que practican dentro de los muros claustrales una vida dedicada a la contemplación, sino también los que, por lo avanzado de la edad, o por un estado valetudinario, no pueden aguantar las incomodidades del viaje; los que, detenidos en el destierro, en la cautividad, en las cárceles o por cualquier otra causa, no gozan de la libertad de acudir a la Ciudad Santa, y, por fin, los que se encuentran en tan apurada situación que no son capaces de sufragar los desembolsos indispensables."

Todos estos son peregrinos de excepción. El Santo Padre les ha dispensado de la visita a la Ciudad Eterna. En cambio, quedan obligados a realizar las obras que su Prelado Ordinario de lugar les indicare por sí mismo o por medio de prudentes confesores, atendidas las circunstancias de estas personas impedidas.

SIMBOLISMO DE LA PUERTA SANTA

La apertura de la Puerta Santa simboliza la apertura de las fuentes copiosas del perdón y de la misericordia

que la Iglesia abre durante el período jubilar. Todas las basílicas patriarcales tienen la suya. El Sumo Pontífice en persona abrió, con el ceremonial acostumbrado, la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, mientras otros Cardenales, expresamente delegados para ello, como "Legados a latere", abrieron con ceremonial semejante las puertas de las Basílicas Patriarcales de San Juan de Letrán, San Pablo extramuros y Santa María la Mayor. Esta última, vinculada especialmente a la historia de España, se abrió con un martillo forjado en nuestra Patria. A golpes de plata española, comenzó el Jubileo de Santa María la Mayor.

La Puerta Santa recuerda aquella de la que tantas veces y en tantas ocasiones hablan los profetas. "Abrid la puerta—dice el ceremonial—y entre por ella la raza de los justos". Jesucristo mismo quiso apropiarse este simbolismo de la puerta cuando decía: "En verdad os digo que yo soy la puerta de las ovejas. Yo soy la puerta, el que por mí entrare se salvará, y entrará y saldrá y hallará pastos" (San Juan, 10, 7).

CRISTO, PIEDRA ANGULAR

Cuando el Año Santo se termine, se cerrará de nuevo esta Puerta y se construirá un muro que la proteja. Las piedras que se empleen en la construcción de este muro recordarán que es Cristo la piedra angular y cabeza invisible, por lo cual misteriosamente lleva el nombre de Pedro o Cefas, que significa piedra, ya que sobre él fué edificada la Iglesia.

Los materiales de la Puerta Santa que se emplean en las ceremonias aludidas fueron siempre considerados por los peregrinos como devotas reliquias que representan su fiel adhesión a la Iglesia.

APERTURA SOLEMNE

En la mañana de la Vigilia de la Natividad, el Sumo Pontífice, acompañado de su noble antecámara, revestido de ornamentos blancos, después de haber incensado en la Capilla Sixtina al Santísimo Sacramento, y llevando en su mano la vela guarnecida con un paño blanco y oro, descendió por la Escala Regia y entró en el atrio de la basílica, espléndidamente adornado de damascos, candelabros y flores.

Poco después, con un blanco gremial, mitra en su cabeza, bajó solemnemente de su Trono, entregó la vela al Cardenal protodiácono y recibió de manos del Cardenal penitenciario mayor el martillo de oro, con mango de marfil, con el cual hirió una vez el muro, que cerraba la Puerta Santa, diciendo: "Abranse las puertas de la justicia" (Salmo 117, 19). Volvió de nuevo a golpear el muro con las palabras: "Entraré en tu casa, Señor" (Salmo 5, 8). Y, por fin, repitiendo imperativamente por tercera vez el mismo ademán, ordenó: "Abransenos las puertas porque Dios está con nosotros" (Judit, 13, 13).

Todo el texto del ceremonial está lleno de alusiones bíblicas, a las que responden los cantores pontificios. Al tercer golpe, el muro, preparado ya para el caso por los "sampietrini", cayó sobre una pequeña carreta y se le transportó fuera del recinto. Entonces, el Papa, subiendo al Trono, recitó las plegarias de ritual, mientras los penitenciaros se dedicaban a lavar con esponjas y agua ben-



quita el umbral y los quicios de la puerta y los cantares repetían el himno sagrado: "Cante a Dios toda la tierra" (Sal. 65).

Poco después, bajando del trono y tomando en sus manos la cruz, se arrodilló en el umbral de la puerta y la traspuso solemnemente, siguiéndole los Cardenales y la Corte Pontificia. La multitud, tras él, llenó enteramente la basílica, haciéndole objeto de su homenaje y adhesión.

SUGERIMOS PARA LA VISITA

Los documentos pontificios apenas se ocupan en detallar la forma de realizar las visitas a las basílicas patriarcales. Pero la tradición ha hecho ya un "estilo", que trae hasta nosotros el espíritu de piedad que animaba a aquellos fieles peregrinos para los cuales la visita a la Ciudad Eterna era el acontecimiento más grande de toda su vida.

El gran obelisco de la plaza de San Pedro puede ser el lugar de reunión de todos los peregrinos que hagan colectivamente las visitas jubilares. Dispuestos procesionalmente, puede comenzarse por el canto de las letanías de los santos, dirigiéndose, en devoto cortejo, hacia el atrio de San Pedro. Al entrar por la cancela central habría de recordarse el bellissimo himno que canta a "la señora del orbe, la más excelente de todas las ciudades, enrojecida por la sangre de los mártires", saludando después a "San Pedro el más poderoso clauero de los cielos, propicio a oír las peticiones de los orantes, que se sentará como árbitro de las doce tribus de Israel y sabrá juzgar su ave y misericordiosamente a aquellos que se dirigen ahora a él con sus plegarias".

Al terminar este saludo ha de pararse la procesión ante la Puerta Santa, en la que un sacerdote puede recitar esta plegaria: "Dios, que hiciste a los hijos de Israel el benigno regalo de la indulgencia jubilar, concédenos la perfecta remisión de nuestras culpas, a fin de que los que ahora atravesamos esta puerta merezcamos llegar felizmente a la patria celestial.

La nave central, amplísima, acogerá a los peregrinos que la atraviesen cantando las alabanzas a la Santísima Trinidad, y tras una breve adoración al Santísimo Sacramento, irán llegando al Altar de la Confesión, para recitar la oración del Año Santo y las plegarias señaladas por el Sumo Pontífice, renovando su fidelidad a la Iglesia y su intención de orar según la mente de Su Santidad.

Ninguno de los fieles saldrá de la basílica sin haber invocado a Nuestra Señora cantando la Salve, la plegaria que nuestro santo español Pedro de Mezonzo dirigió por vez primera a Nuestra Señora la Virgen María, recogiendo los más íntimos sentimientos del alma humana. El canto del Credo y la entonación del himno triunfal a "Cristo vencedor" afirmarán en todos los peregrinos los sentimientos de devoción y fidelidad a la Iglesia.

Son cuatro las basílicas que deben ser visitadas. La visita de todas ellas puede acomodarse a este programa que sugerimos; pero cada una pudiera producir en los peregrinos un fruto peculiar. En la Basílica de San Pedro pedirían los orantes el aumento de la fe. En la de San Pablo, "la esperanza contra toda esperanza". En la de San Juan, la caridad y amor a Jesucristo. Y en la de Santa María, una mayor devoción, tierna y filial a Nuestra Señora.

LA CAPILLA PONTIFICIA

El programa del Año Santo incluye grandes solemnidades de beatificaciones y canonizaciones, en las cuales pueden los peregrinos apreciar todo el solemnísimo ceremonial de la liturgia católica. Nada hay comparable al paso, por el centro de la Basílica, del Cortejo papal, cuando Su Santidad asiste u oficia en las grandes solemnidades. Junto a él está lo que se llama "la Capella Pontificia", compuesta de aquellos eclesiásticos que participan en las sagradas ceremonias papales con hábitos litúrgicos o con las vestiduras propias de su grado y oficio.

El protocolo romano tiene sus leyes de precedencia, que se rigen por las normas generales del Código de Derecho Canónico, las particulares de la Casa Pontificia y las legítimas costumbres. En todo cortejo pontificio será el Papa la figura central; después de él, y por orden de preferencia, se pueden señalar otras personas colegiales o físicas. El Sacro Colegio de los eminentísimos señores Cardenales, el Colegio de los Patriarcas, Arzobispos y Obispos asistentes al Solio Pontificio, el Vicecamarlengo de la Santa Iglesia Romana, los Príncipes asistentes al Solio, el Auditor General de la Cámara Apostólica, el Tesorero de la misma, el Mayordomo de Su Santidad, el Ministro Vaticano del Interior, los Asesores y Secretarios de las Sagradas Congregaciones, el Secretario del Supremo Tribunal de la Signatura, el Decano de la Sagrada Rota Romana, el sustituto de la Secretaría de Estado, los Prelados no asistentes al Solio Pontificio, Protonotarios Apostólicos, Comendador del Santo Espíritu, Regente de la Cancillería Pontificia, Abades y Superiores Generales de los Canónigos Regulares y de las Ordenes Monásticas, de las Ordenes Mendicantes, Magistrados, Prelados inferiores, Abogados consistoriales, Capellanes de Su Santidad, Procuradores de diversos órdenes y otros componentes de la familia pontificia. Además se enumeran los Ministros asistentes a las sagradas funciones y otros servidores de las mismas.

La referencia, para no resultar enfadosa, ha sido deliberadamente abreviada. Pero bien se comprende cómo el ordenado paso del cortejo pontificio representa la solemnidad más magnífica que puede imaginarse. Cada uno de estos grupos desfila con su hábito propio. Su variadísima policromía es digna de la esplendidez imponderable de las naves vaticanas.

LA SANTA IGLESIA JERARQUICA

El peregrino del Año Santo entrará en Roma para conocer mejor a la Santa Madre Iglesia y saldrá de la Ciudad Eterna purificado en su espíritu y con el deseo de emplear el resto de su vida en amarla y servirla, difundiendo el mensaje de Jesucristo, que es mensaje universal. Los peregrinos españoles sentiremos allí las imperecederas palabras de nuestro Obispo barcelonés San Paciano, dirigidas a Sempronio en victoriosa polémica: "Mi nombre—decía él y diremos nosotros—es el de *cristiano* y mi apellido el de *católico*. Aquél me da el ser; éste me propaga. Con aquél se me reconoce; con éste se me señala". Nosotros viviremos en Roma una vez más el destino de España, que fué servir a la catolicidad y propagar el Evangelio.

EL GRAN PERDON 1950

COMO todos los ríos van al mar, todos los caminos—de la tierra, del mar y del aire—conducen a Roma. Y también los caminos del espíritu.

Todos los hombres somos romeros. Y todos los pueblos. Todo el que sale de la barbarie para ir hacia la civilización y cultura se dirige hacia Roma. Todo el que intenta salir del error en busca de la verdad está caminando hacia Roma. Todo peregrino de lo Absoluto va dando pasos—consciente o inconscientemente—hacia la Ciudad Eterna. Y la Historia eclesiástica nos demuestra con infinidad de casos concretos que a Roma han ido los peregrinos de la Fe, los peregrinos de la Santidad, los peregrinos de la Belleza, los peregrinos del Imperio y de la Política; finalmente, los peregrinos del Amor desde los tiempos legendarios de aquella noble y enamorada pareja cervantina, Persiles y Segismunda.

A Roma van también los peregrinos que anhelan la indulgencia y el perdón de Dios. Y en los Años Jubilares, en los Años Santos—que son los del Gran Perdón—, no ya individuos sueltos, sino multitudes en masa confluyen torrencialmente a la Ciudad de las siete colinas.

Fué el 1300 EL "PRIMER AÑO SANTO de que se tiene noticia cierta. Pontificaba en Roma el gran Bonifacio VIII, el último Papa medieval, el que vió en Anagni derrumbarse el ideal de la Cristiandad hermanada bajo la autoridad paternal y pastoral del Vicario de Cristo, ideal que a veces ha sido inexactamente denominado "teocrático" y que sucumbió bajo los golpes del nacionalismo laico de Felipe el Hermoso, nieto de San Luis de Francia.

Se aproximaba la Navidad de 1299. El 25 de diciembre se empezaba a contar el nuevo año. Muchedumbres abigarradas, movidas de un fervor espontáneo, corrían de los campos y de las ciudades, aglomerándose en torno del sepulcro de San Pedro, en el Vaticano. Rebosaba la Basilica de tal forma, que el primer día del año no fue posible cerrar las puertas. Y casi otro tanto sucedió en los días sucesivos. Maravillado Bonifacio VIII de aquel fervor multitudinario e imprevisto, interrogó la causa. Respondiéronle que esto acaecía cada cien años, y que era una antiquísima costumbre tradicional el venir a Roma en los comienzos de cada siglo para celebrar el Jubileo y ganar una plenísima indulgencia. Encargó el Pontífice una investigación en los archivos de la Curia, mas no se halló ningún documento fehaciente. Con todo, determinó proclamar el Jubileo con la indulgencia plenaria. Hubo un viejo de ciento siete años de edad que testificó haber venido él—niño de siete años—con su padre, y prometido volver a los cien años, si Dios le conservaba la vida. Ahora cumplía la promesa. Otros dos viejos de más de cien años, de la diócesis de Beauvais, en Francia, afirmaron haber oído a sus padres que en Roma se ganaba indulgencia plenaria los años centenarios.

Es de advertir que el ganar una indulgencia plenaria era entonces cosa muy rara, y por lo mismo muy estimada, sobre todo para aquellos hombres de arraigada fe, que pecaban pero se dolían sincerísimamente de su pecado y ardían en deseos de quedar limpios y libres, no sólo de la culpa y de la pena eterna, sino también del reato de la pena temporal, que suele quedar aun después de confesado el pecado, y que se debe expiar aquí o en el purgatorio. Indulgencias plenarias no se conocían en la antigua Iglesia. Parece que fué en el siglo XI cuando los Sumos Pontífices empezaron a otorgarlas a los cruzados que partían a luchar contra los enemigos del nombre cristiano. Por eso marchaban a la guerra con tan decidido ardor, en la persuasión de que si morían por la fe alcanzarían de Dios el perdón total de sus culpas. Inocencio III, a principios del siglo XIII, extendió la indulgencia plenaria a cuantos favoreciesen la empresa de las Cruzadas. San Francisco de Asís obtuvo del Papa, como privilegio muy extraordinario, indulgencia plenaria para los que visitasen la iglesia de la Porciúncula. Mas todavía, al finalizar aquel siglo, tal indulgencia era cosa rara y difícil. Por eso se llenaron de júbilo los fieles de todo el mundo cuando oyeron la promulgación del Año Santo (1300), hecha por orden del Romano Pontífice.

Por la bula *Antiquorum habet fida relatio* concedía para cada cien años indulgencia plenísima de todos los pecados a cuantos sinceramente arrepentidos y confesados durante el Año Jubilar hiciesen determinado número de visitas a las basílicas de San Pedro y de San Pablo.

Apenas promulgado el Gran Jubileo desde el balcón de Letrán, reencendiéndose el fervor de las multitudes, y comenzaron a venir de todas las naciones largas caravanas de romeros, anhelantes de redención, de gracia, de perdón. Aquellas peregrinaciones no tenían nada de viaje turístico. No las impulsaba la curiosidad, sino el ansia de expiación y de pureza espiritual. Quién a pie, quién a caballo, los enfermos en carro, venían a hacer penitencia y vestidos muchas veces con el áspero saco de los penitentes. Cuenta un contemporáneo, el Cardenal Gaetano Stefaneschi, que viejos centenarios eran guiados por sus nietos, y no faltó algún joven que, semejante a Eneas con Anquises, llevó sobre sus hombros a su anciano padre.

El cronista Guillermo Ventura de Asti calcula que en la pequeña ciudad que era entonces Roma llegaron a entrar en aquel año dos millones de peregrinos. Aun suponiendo exagerada la cifra, ya podemos imaginarnos las incomodidades del alojamiento y de la alimentación. Bien es verdad que las cofradías y hermandades de caridad hacían milagros. Juan Villani, otro testigo coetáneo, se excede en ponderaciones del número infinito de los que hormigueaban constantemente en las angostas calles y en amplias basílicas de la ciudad. En la literatura española tenemos las más antiguas indicaciones acerca del Año Jubilar de 1300, en el prólogo de la *Historia del caballero de Dios que había por nombre Cifar*, nuestro primer libro de caballerías, ya que se remonta a los principios del siglo XIV, y acaso fué escrito por Ferranz Martínez, presente en Roma durante el Jubileo.

Asomados apenas, desde la cima del monte Mario, sobre el panorama romano, los romeros besaban la tierra y, arrebatados de entusiasmo religioso, gritaban: "¡Roma! ¡Roma!" y entonaban el *Oh Roma nobilis*, himno del siglo IX, cuya música medieval ha sido recientemente descubierta por nuestro compatriota Mons. Higinio Anglés, presidente del Instituto de Música Sagrada.

Traduzco la primera estrofa:

*¡Oh Roma noble, Emperatriz del mundo,
la más insigne de las urbes todas,
de sangre martirial bermejeante,
de azucenas de vírgenes nevada!
¡Vaya por siempre a ti nuestro saludo!
¡Te bendecimos! ¡Salve, eternamente!*

Uno de los peregrinos de aquel primer Jubileo parece probable que fué Dante, que se hallaba "en la mitad del camino de su vida" y había de peregrinar en el caballo de su fantasía hasta la Roma Eterna y Celestial, pasando por el infierno y el purgatorio. Tampoco consta con certeza de los dos grandes pintores Cimabué y Giotto. Alguien ha notado que con este primer Año Santo coincide una espléndida primavera del nuevo arte italiano: Dante, el divino poeta; Giotto, el sumo pintor; Andrés Pisano, el escultor florentino; Villani, el cronista, etc. También puede decirse que aquella explosión de fe y de penitencia señaló en toda Europa, no una primavera de rejuvenecimiento religioso—se entraba entonces en el Otoño medieval—, pero sí un momento crítico de exaltación espiritual y mística, una especie de confesión general de Europa pecadora, que la disponía para atravesar la tempestuosa oscuridad de los siglos XIV y XV.

SEGUNDO JUBILEO, el del Petrarca. Era demasiado largo el período de cien años. ¡Cuántos hombres morirían en el intermedio, sin alcanzar el año del Gran Perdón! Y esto era muy doloroso para aquellos cristianos de ardiente fe y ansiosos de purificación moral. En 1342, una Comisión presidida por el Cantor de Laura se dirige a Avignon, residencia de los Pontífices, rogando a Clemente VI que retorne a Roma y promulgue un nuevo Año de Perdón. No volvió el Papa a su ciudad, pero concedió el Jubileo, reduciendo para en adelante el período de cien años al de cincuenta. Así se asemejaba más el Año Santo de los cristianos al Año Jubilar de los antiguos judíos. La misma palabra "Jubileo" se deriva del hebreo *Yobel*, que significa el clangor de la trompeta. A son de trompeta se pregonaba en Palestina el Año Jubilar, año de liberación y de reconciliación. Había Dios mandado en el Levítico: "El día décimo del séptimo mes harás que resuene el sonido de la trompeta, el sonido de la expiación; haréis resonar el sonido de la trompeta por toda vuestra tierra, y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis la libertad por toda la tierra para todos los habitantes de ella. Será para vosotros Jubileo, y cada uno de vosotros recobrará su posesión, que volverá a su familia... El esclavo tendrá derecho a su rescate... Si no es rescatado por sus parientes, quedará libre el año del Jubileo, él y sus hijos consigo." Era año de redención, año de reintegración social, año de paz y descanso. Y año de júbilo. No es el Jubileo cristiano una continuación del judío, ni siquiera una imitación intencionada, aunque innegables son sus analogías y semejanzas. Ya en el siglo XII llamaba San Bernardo al año en que se predicaba la Cruzada *annus remissionis*, pensando en el Jubileo judaico, y Humberto de Romanis, predicador de la Cruzada (1237) anunciaba un "Jubileo, no de los judíos, sino de los cristianos".

Sin la presencia del Papa hubo de celebrarse el segundo Jubileo en Roma el año 1350. No fué menos concurrido que el anterior, y eso que Roma—viuda abandonada y llorosa—no contaba entonces más de 20.000 habitantes. Cola di Rienzo, el tribuno popular, el musoliniano soñador del Imperio, había gritado en una de sus arengas de tono demagógico: "Romanos, el Jubileo se aproxima." Petrarca escribía a un amigo: "¿Qué haces? ¿No te dispones ya a visitar Roma?"

Por RICARDO G. VILLOSLADA, S. I.

Viene gente de todas partes: cimbrios, iberos, griegos, britanos, cipriotas, irlandeses, dacios, suavos; y tú, italiano, ¿no te moverás? ¿Acaso podemos aguardar a otro Jubileo? En cuanto a mí, adiós mundo y adiós todos los placeres de mi juventud, ahora que a duras penas he domado mi carne."

Por las calles de Roma se vió al rey Luis I de Hungría visitar diariamente y a pie, durante medio mes, con grandes muestras de piedad, las Basílicas de los Apóstoles y ofrecer durante la misa de San Pedro la limosna de 4.000 escudos de oro. Y con las grandezas de la tierra, las del espíritu. Allí estaba la gran "Mística del norte", Santa Brígida de Suecia, acompañada de su hija, Santa Catalina, futura amiga de su homónima de Siena.

Transcurridos cuarenta años, cuando la Iglesia y la Cristiandad se hallaban escindidas por el funesto Cisma de Occidente, y eran dos los Pontífices que se arrogaban el título de Vicario de Cristo, deseó Urbano VI, Papa de Roma, anticipar el TERCER JUBILEO al año 1390. No se celebró sino bajo su sucesor, Bonifacio IX, porque Urbano VI falleció en 1389, después de haber reducido el plazo a treinta y tres años en honor y recuerdo de la vida terrestre de Nuestro Señor. Las ilusiones del Papa se vieron frustradas. De los reinos de España y Francia, así como de otros países que seguían la Obediencia avinonesa (Clemente VII), nadie tomó el camino de Roma; abundó, en cambio, la afluencia de alemanes, húngaros, polacos, bohemios, según testifica Teodoro de Niem, y entre los más ilustres figuraron el rey Wenceslao de Bohemia y el Marqués de Este con una comitiva de cuatrocientos caballeros en hábito de peregrinos.

El mismo papa Bonifacio IX juzgó conveniente a los diez años, en 1400, o sea, al cumplirse el siglo del primer Jubileo, proclamar de nuevo el Año Santo. Pontificaba todavía en Avignon, aunque ya prisionero de Francia, el papa o antipapa aragonés Pedro de Luna, firme en sus trece (Benedicto XIII). Esto no impidió que llegasen a Roma grandes multitudes francesas, principalmente de la Provenza. Cinco mil romeros pasaron un día la frontera italiana en interminable procesión, de dos en dos, cubierta la cabeza con capuz blanco en el que resaltaba una cruz bermeja. Iban precedidos de cantores que entonaban la secuencia *Stabat Mater dolorosa* y otros cánticos religiosos, acompañados de un redoble de disciplinas con que aquellos penitentes se flagelaban las espaldas ensangrentadas. Otros caminaban con los pies descalzos y con cruces de gran peso sobre los hombros. Eran la expresión más dramática de la Cristiandad de entonces, dolorida y descoyuntada por el Cisma. Imploraban la luz, la piedad y la misericordia divinas sobre los pueblos desorientados en tormentosa noche...

Un movimiento muy semejante a este de Provenza se suscitó en el Piamonte. Catervas de ascetas, que impresionaban el ánimo del pueblo con sus hábitos blancos, empezaron a congregarse en las plazas, clamoreando: ¡Paz! ¡Paz! ¡Paz!, ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia! Y el contagio religioso cundió por la Liguria, la Emilia, la Toscana y el Lacio. Y aquellos países de tan armoniosa placidez y luz risueña vieron pasar entre sus viñas y sus pinos y sus olivos a miles y miles de flagelantes que sembraban rosas de sangre a lo largo de los senderos. A las puertas de Roma, una procesión de 1.500 cofrades salió a recibirlos. No cabían en la Basílica de San Pedro. Al ver al Vicario de Cristo, rompieron a gritar: ¡Misericordia! ¡Misericordia! ¡Misericordia! con desgarradora compunción. El Papa, conmovido, alzó la mano para darles la bendición. La multitud cantó de tal manera, que hizo llorar al Pontífice, interrumpiéndole en su gesto hierático. La carta que escribió uno de los allí presentes nos dice que "las mujeres de Montefiascone cantaban las laudes con tanta dulzura, que era cosa del paraíso".

¿A qué seguir con la serie de Jubileos que se han ido solemnizando hasta nuestros días? Baste decir que Paulo II determinó que se celebrasen cada veinticinco años, y así sucedió desde 1475, que parece fué el primero en ser llamado "Año Santo". Con frecuencia los Papas han promulgado Jubileos o Años Santos extraordinarios en diversas fechas, para conmemorar acontecimientos de importancia. Así, Pío IV (durante una semana), en 1560, con ocasión de la tercera convocatoria del Concilio de Trento; Gregorio XVI, en 1842, con el fin de implorar la paz para la Iglesia española; León XIII en 1881 y 1886; Pío XI, en 1929 y en 1933 (Centenario de la Redención). Además de los Jubileos generales, se conceden también en ocasiones Jubileos reducidos en cuanto al tiempo y Jubileos extrarromanos, circunscritos a un lugar, a una institución, a un país. Suelen llevar consigo, además de la Indulgencia plenaria, facilidad de absolución de ciertos pecados reservados, de censuras eclesiásticas, irregularidades, etc. Las condiciones requeridas para disfrutar de estos beneficios espirituales son, generalmente, la confesión y la comunión, determinadas visitas a alguna iglesia (en Roma, a dos, cuatro o siete Basílicas) y el rezo de ciertas oraciones que se señalan con precisión en cada caso.

El solemne ceremonial litúrgico con que se realiza modernamente la inauguración y clausura del Año Santo, principalmente el místico rito de la apertura de la Puerta Santa, se debe al Papa Alejandro VI. El 24 de diciembre de 1499, antes del atardecer, el Papa Borja, escoltado por un vistoso séquito de Prelados y de Cardenales, con candelas encendidas, se hizo portar en la silla gestatoria hasta el pórtico de San Pedro. De frente a la Puerta áurea oyó cómo los cantores entonaban la antifona, y terminada ésta, se dirigió a la Puerta tapiada con ladrillos; los golpeó con un martillo precioso, y el muro obstructor, preparado de antemano, cayó fácilmente por tierra. El Papa,

con un cirio en la mano, se arrodilló en el umbral, y tras breve oración, entró por la Puerta Santa en la Basílica.

Desde entonces apenas han cambiado nada las ceremonias. Y el actual Pontífice Pío XII repitió las mismas formalidades de rúbrica en la radiante mañana del 24 de diciembre de 1949. Presenciaba el acto, en sitio de honor, como representante del Jefe del Estado Español, el Ministro de Asuntos Exteriores, Excmo. Sr. D. Alberto Martín Artajo.

Al día siguiente, Pío XII bajaba otra vez a la Basílica Vaticana para comenzar las visitas a las cuatro Basílicas, según las condiciones por él prescritas. Le acompañaba el clero secular y regular de Roma, incluso los estudiantes de Seminarios y de Universidades eclesiásticas—varios miles de sotanas y de hábitos multicolores—, entre los que se veían rostros atezados y negros del Africa y de la India, rostros blancos de todas las naciones de Europa y América, rostros amarillos y cobrizos del Asia y de las más remotas islas y continentes, y se escuchaba el murmullo confuso y vario de los más diversos idiomas, unido en la oración a Dios con el Padre común de todos los fieles. ¿Qué más hermosa imagen de la catolicidad de la Iglesia?

Los efectos santificadores de los Años Santos aparecen tan relevantes, claros y manifiestos, que no solamente los percibe la conciencia individual de cada cristiano, sino que salen al exterior de una manera colectiva y los reseña la Historia. Traen la paz del alma a muchos pecadores alejados de Dios; son causa de que muchos fieles se purifiquen y santifiquen más y más con actos de penitencia, de fe, de oración; despiertan en los miembros de la Iglesia un sentimiento más hondo e íntimo de hermandad cristiana, de pertenencia y adhesión consciente al Cuerpo místico de Cristo; excitan el sabor de la Catolicidad, de la Romanidad y de la Apostolicidad, al encender la misma llama y provocar la misma reacción en todos los países del mundo, al hacer confluir a Roma todos los caminos del mar, de la tierra y del aire, por los que peregrinan hacia la Ciudad Eterna todos los fieles, unos personalmente, otros con el pensamiento y el corazón, y al congregar a tantos hijos en torno del sucesor del Príncipe de los Apóstoles.

Son los Años Santos como una ráfaga de espiritualidad y un viento celeste que purifica, de tiempo en tiempo, el ambiente corrompido y materialista que pesa sobre la tierra; como un sacudimiento saludable que nos invita a levantarnos del sueño perezoso del pecado y de las distracciones mundanas. Y no son los individuos particulares los únicos que lo sienten; son también las colectividades como tales. De ahí su eficacia social.

Cuentan—y bien pudo ser—que ante los resultados del Año Santo de 1750—de aquel Año Santo, predicado durante quince días en la Piazza Navona por aquel elocuente y santo capuchino que se llamó Leonardo de Porto Mauricio, y al que asistieron peregrinos hasta de las lejanas Antillas—, exclamó Voltaire, despedido: "Encore un Jubilé, et c'en est fait de la philosophie." De la filosofía, es decir, del filosofismo enciclopedista y ateo.

En la bula de indicción de este Año Santo de 1950, leída el 26 de mayo anterior—fiesta de la Ascensión—en el atrio de la Basílica de San Pedro, decía el Papa: "El gran Jubileo que se celebrará durante el próximo año en esta urbe de Roma pretende sobre todo impulsar a todos los cristianos no sólo a la penitencia de sus pecados, sino también a la consecución de las virtudes y de la santidad, según aquellas palabras: *Santificaos y sed santos, porque yo soy el Señor, Dios vuestro*. Por lo cual fácilmente se ve cuánto sea el provecho de esta antiquísima institución, porque si los hombres escucharen esta voz de la Iglesia y, apartándose de las cosas terrenas y pasajeras, se volvieran a las imperecederas y eternas, entonces, sin duda alguna, lograrían aquella deseada renovación de las almas, por la cual las costumbres, tanto privadas como públicas, se acomodarían a los preceptos y al espíritu cristiano, ya que cuando las rectas normas morales guían las convicciones de los particulares y las dirigen sincera y eficazmente, entonces se sigue necesariamente que una especie de fuerza y de impulso nuevo penetra hasta lo más íntimo de toda la sociedad humana para orientarla hacia una ordenación mejor y más feliz."

Existe en nuestros días un peligro que no se daba en los tiempos antiguos, cuando ni los trenes, ni los automóviles, ni los transatlánticos, ni los aviones, ni los lujosos hoteles eran conocidos: el peligro de que la peregrinación, que debe ir impregnada de devoción y espíritu de penitencia, se vaya transformando en un viaje de turismo.

Por eso continúa diciendo Pío XII: "Hemos de pensar también, amados hijos, que estas peregrinaciones no habrán de realizarse con la misma mentalidad con que se hacen viajes de puro placer, sino con aquel espíritu de piedad que en tiempos pasados animaba a los fieles de todas las clases y de todos los pueblos a superar frecuentemente dificultades de toda especie y a venir a Roma para lavar sus pecados con las lágrimas de la penitencia, pidiendo a Dios el perdón y la paz."

Para los romeros, mas también para todos los católicos que, sin venir a Roma, se unen a ellos espiritualmente, será el Año Santo un año de oración, de expiación, de perdón e indulgencia, de reconciliación, de santificación, y ojalá sea, para todo el universo, de concordia y de paz. Concordia entre todos los hombres y paz con Dios. Que el divino arco-iris de la paz y de la reconciliación—como hermosamente expresó el Papa en su plegaria del Año Santo—cubra a toda la tierra "bajo la curva de su luz serena".



LA OFRENDA DE SANGRE DEL CATOLICISMO HISPANICO EN * LA * GUERRA * ESPAÑOLA

Por SANTOS BEGUIRISTAIN

AYER, hoy, siempre, la conciencia católica española es entusiasta y proselitista. No nos comprenderán jamás los que asientan la convivencia de los más heterogéneos credos en una tranquila concepción de la ciudad, tolerante y aséptica. La cruz es, entre nosotros, bandera. Y el testimonio de Cristo, necesidad. No sabemos desnudar el engranaje político de sus hábitos sagrados. Ni entendemos que se pueda renunciar a la verdad religiosa en las Instituciones de la cultura, de la beneficencia, de la justicia... No nos arredra la lucha cuando el horizonte amenaza borrasca; ni el oleaje del odio o de la sangre nos hace recular. Y vamos ofreciendo al cielo, siglo a siglo, nuestras rosas de pasión, sellando con vidas el claro ideal.

En la contienda española de 1936 cabía estudiar la motivación religiosa del gesto viril lanzado a la palestra para devolver la orientación sagrada a la vida:

"Yo moriré porque el combate es duro y el arma desigual. Pero viviréis vosotros, otra vez en la calma regida por las campanas; dando a los niños esperanza y a la existencia sentido. Bien vale la pena de adelantar la hora de gozar el cielo, para que el mundo siga floreciendo a la sombra de la Cruz..."

Con toda la limitación de las humanas empresas, aun las más altamente entonadas; con las intersecciones de elementos bastardos que no cabe elidir en esta tierra fangosa; pero así fué la conmoción española que nos tocó vivir.

Con todo, el tema martirial debe desentrañarse, por su



peculiar grandiosidad. Ha de quedar constancia en los anales del catolicismo español de este nuevo riego de sangre, que dieron sus mejores a la vieja planta cansada de cosechas.

Queremos exaltar más que a los que sucumbieron, arma al brazo, gritando la alabanza de Cristo, a los que soportaron pacientes el tormento, la mutilación, la agonía, exclusivamente por llamarse discípulos del Crucificado.

Como en los días romanos, cuando Prudencio tejía las primeras coronas. Como cuando Almanzor hacía hervir de sangre los claustros tranquilos. Como en el trepidante siglo XIX, tantas veces entretenido en matanzas de frailes. Pero más, mucho más. Porque ahora el infierno concentró su esfuerzo y agarró en tenaza a la Patria casi entera, desde Asturias hasta Málaga, desde Gerona hasta Toledo... Y se enfrentó con el hecho religioso español, en su soberano conjunto, anhelando arrancarlo de cuajo. Primeramente con la grandiosidad de los templos, para hacerlos montonera de ruinas sacrílegas. Hacinando retablos de maravilla, imágenes de pasmo, todo el tesoro litúrgico de un pueblo saturado de la pasión artística sagrada. Y todo ardió en piras espantables.

La serena majestad de la iglesia medieval o barroca, hecha establo maloliente, o sala de espectáculos, o garaje. Los muros gritando blasfemias. El fuego de las cocinas en el recinto del presbiterio. Y las bestias acomodadas en las naves...

Pero lo que conmueve el corazón hasta las lágrimas es la procesión española de las víctimas consagradas. Presidiendo los múltiples testimonios hasta la sangre, que dieron por Cristo legiones de varones esforzados, van trece obispos fulgurantes, casi cinco mil sacerdotes diocesanos, más de dos mil religiosos, doscientas vírgenes de Cristo...

No cabe hablar aquí de azares de la contienda, ni de un afán defensivo contra la posible acometida de la retaguardia enemiga. Se pretendía precisamente aniquilar el catolicismo, por eliminación colectiva de sus representantes más gloriosos.

Y así los hombres de la Iglesia fueron cazados con perros y buscados con engaño; desposeídos de todo, perseguidos, maltratados, solicitados a la apostasía y al prostíbulo, asesinados, crucificados, quemados vivos; y resistieron las pruebas inverosímiles, en alabanza de Cristo, Rey de los mártires.

Abren el cortejo victimal los prelados... El obispo de Barbastro, cruelmente mutilado, ofició en el cementerio una pontifical de martirio, con acompañamiento sacerdotal copioso, desangrándose, sin acabar de morir, dos horas largas...

El de Jaca consiguió ser ejecutado el último de una larga teoría de sacerdotes, para atenderles a todos cuando sucumbían, en fosas que tuvieron previamente que cavar...

"Sé que me vais a matar—decía a sus verdugos el obispo de Cuenca—. ¿Creéis que no hay cielo? Hay cielo, hijos míos. ¿Creéis que no hay infierno? Hay infierno, hijos míos... Os dejaré el cuerpo; pero el alma volará a gozar de Dios."

A los setenta y dos años de edad fué objeto de las más vergonzosas injurias el santo obispo de Sigüenza. El ensañamiento culminó en la hora final, pues lo arrojaron del coche en plena marcha, rompiéndole una pierna... Lo asesinaron en la carretera, y luego le cortaron las manos y los pies, y rociaron sus despojos con gasolina, prendiéndoles fuego...

Del obispo auxiliar de Tarragona se cuentan detalles semejantes, también espantosos.

Preso en las bodegas del "Jaime I", qué larga cadena de sufrimientos soporta el de Almería, hasta que de rodillas, y en oración, la madrugada del 30 de agosto, recibe la corona del martirio...

Y así el de Guadix, y el de Barcelona, y el de Segorbe, y el de Teruel, y el de Ciudad Real, y el de Jaén, y el Administrador-Apostólico de Orihuela, dejándonos el ejemplo de su primacía.

Diócesis por diócesis, van publicando sus dípticos gloriosos, que rezuman la más policroma heroicidad de virtudes.

Espanta, en primer lugar, el número de las víctimas. Trecentos cuarenta y nueve sacerdotes sucumben en la Diócesis

LABRA

de Madrid. En la Diócesis primada de Toledo, doscientos ochenta. Pasaron del ciento en Ciudad Real. De doscientos en Oviedo. Cifra semejante en Málaga. Mucho mayor en Valencia y Barcelona...

Las familias religiosas ordenan también sus martirologios. Van en cabeza los Padres Escolapios, con doscientos setenta y siete. Siguen de cerca los Religiosos del Padre Claret, con doscientos setenta y dos. Doscientos siete franciscanos. Ciento setenta y tres Hermanos Maristas. Ciento doce Salesianos. Y Jesuitas, y Operarios diocesanos, y Paúles, y Trinitarios, y Dominicos, y Benedictinos...

Los padecimientos soportados son indescriptibles. Hay quien crepita quemándose vivo con la boca henchida de bencina, en su propia parroquia, sobre la montonera de retablos y confesonarios y benditas imágenes. Hay quien fué arrojado vivo a un pozo y aun se pudieron escuchar sus gemidos a los dos días interminables. Todos los refinamientos más sádicos, soportó aquel cura manchego de Torrenueva, expuesto desnudo al sol canicular, alimentado con salazones, privado de una gota de agua refrigeradora, a quien le mostraron un Crucifijo, provocándole a blasfemar del nombre santo del Señor, y al bendecir a Jesús y abrazar su imagen sagrada, fué con ella golpeado groseramente, hasta que le saltaron los ojos y le hicieron tragar la dentadura.

Y otro, cosido a pinchazos de aguja por sus propios feligreses, y muchos crucificados, y aquel párroco de Griens encerrado en una capilla luego incendiada, y a medio chamuscar atado a un árbol, y allí desnudado y bárbaramente mutilado, y vuelto a encender de nuevo y después rematado a balazos...

Y seminaristas sin otro crimen que su castidad, ofrecida al Santuario, y su vida escondida. Y aquellos estudiantes de Barbastro, con la Salve florecida en los labios, hasta el momento mismo de la descarga. Los treinta y tres lirios del jardín de San Vicente, esas Hijas de la Caridad, única sonrisa para tantos pobres...

Y en todos exulta el espíritu, con un gozo nunca superado en este valle de las lágrimas. Allí se iba el Superior General de los Operarios diocesanos, D. Pedro Ruiz de los Paños, aplaudiendo enardecido al Señor, "que todo lo hace siempre muy bien". Y el cura de Vallecas, D. Emilio Franco, que cantó el Prefacio de los Difuntos como un clarín de resurrección, junto a su fosa abierta en Paracuellos de Jarama. Y D. Guillermo Plaza, Superior del Seminario de Toledo, que preguntaba a los verdugos quién debía fusilarle a él, para lanzarse de rodillas a sus plantas y besarle las manos en un paroxismo de agradecimiento. Y aquel Padre escolapio, Alfredo Parte, que no podía caminar sin apoyarse en su bastón, y, privado de él, corría animoso escala arriba, en el "Alfonso Pérez", para arengar felicísimo desde cubierta...

El Santo Padre Pío XI no dudó en calificar la epopeya española con los nombres más enaltecedores:

"Todo esto es un esplendor de virtudes cristianas sacerdotales, de heroísmos y de martirios; verdaderos martirios en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra, hasta el sacrificio de las vidas más inocentes, de venerables ancianos, de juventudes primaverales, martirios hasta la heroica generosidad de pedir un lugar en el carro entre las víctimas que el verdugo conduce a la muerte." (Discurso del 14-IX-1936.)

Y hace eco la voz augusta del Pontífice reinante cuando escribe: "Nos, con piadoso impulso, inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y fieles de todas edades y condiciones que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la religión católica: no hay mejor prueba de amor." (Radiomensaje del 16-IV-1939.)

Cuando pudiera creerse que el espíritu había sido definitivamente anegado en materia; en la época de la eficacia, de la prisa, del confort, legiones incontables prefieren el cielo a la tierra y rimen, con la muerte, una vida de santidad.

Aún no está el mundo podrido. Sigamos confiando.





ODOS los conocedores de personas y lecturas pertenecientes a otros pueblos han quedado asombrados siempre al pensar lo alejado que se encuentra el pensamiento extranjero de todo cuanto el mundo hispánico es y representa en la vida. Decía un día Foxá que ese mundo ajeno a nosotros semeja ser protestante en su totalidad, (aunque no en su raíz en lo que a Francia se refiere), ante el sentido hondo y católico de España.

Tal vez se deba, como Foxá expresaba, a que el pensamiento de aquéllos es lógico y el nuestro ins-

tintivo, y a que ellos entronizaron a la diosa Razón, que es la última que el español coloca en sus altares, pues no olvida jamás lo que de hondo y misterioso atesora el alma del hombre. "Aquellos pueblos contemplan la Vida y el Mundo; nosotros, la Muerte y el Ultramundo."

España es difícil e incomprensible para los más. Dos actuaciones *sui generis*, en su vida de pueblo civilizado, han conseguido llevar su incomprensión a los otros: El sentido católico, incorporando a su modo de vida la esencia del catolicismo, y el descubrimiento del nuevo mundo, como aplicación práctica de aquel pensamiento, en su sentido evangelizador. España defendió, ante el mundo roto de la Reforma, la unidad de todos los católicos. España, gracias a esa concepción católica, logró que en las rosadas madrugadas de América sonara, junto al clarín jubiloso del primer gallo, la dulzura metálica de bronce o plata de la esquila de la hacienda y la campana de la capilla, que con voz religiosa llamaban al trabajo y a la oración.

Una y otra actuación no han sido enjuiciadas en su verdadera importancia por la gente extranjera. Pero aún se oyen por los ámbitos del mundo muchas voces que, al estimar el catolicismo español, proclaman, generosamente, su valor y sus consecuencias. Justo es, pues, que en este Año Santo acudan a las páginas del MUNDO HISPANICO esas voces hermanas para conocimiento de todos. Serán expuestas por naciones, con el fin de comprender mejor el pensamiento que a cada una de ellas caracteriza.

Inglaterra, por boca de Heyelock Ellis, en "El Alma de España", proclama:

"España representa, ante todo, la suprema actitud de una manifestación primitiva y eterna del espíritu humano, una actitud de energía heroica, de exaltación espiritual, de profundo catolicismo, no ya encaminada a fines de comodidad o de medro, sino a los hechos fundamentales de la existencia humana."

La pluma colonista de Petters escribe en su "Vindicación de España en Filipinas" (1931):

"No hay nación alguna, fuera de España y de su hermana en espíritu apostólico, Portugal, que, como nación, haya entendido y practicado una vocación misionera, fruto de su sentido católico... Casi todo lo que queda de pueblos católicos fuera de Europa se debe a la evangelización ibérica, y, cosa digna de observar, sólo esos pueblos son libres e independientes. Verdad es que España y Portugal han perdido sus colonias; pero sólo después de haberlas incorporado a la civilización y cultura cristianas, realizando a la letra el programa de sus Reyes Católicos: "No venimos a vosotros para conquistar, sino para evangelizaros."

Muchas son las voces inglesas y americanas que hacen coro a lo expresado por los anteriores autores. Christopher Hollis, en su "Monstrous Regiment", proclama:

"En todo el siglo XVI sólo hubo un pueblo, España, y un hombre, San Ignacio, que vió y combatió sin cesar el peligro de nacionalizar el catolicismo. Gracias a su triunfante iniciativa, la Compañía de Jesús no se convirtió en una sociedad exclusivamente española, y todos nosotros—el ateo, el católico o el protestante—le debemos que se salvara Europa del caos en el que, de haber perecido la Iglesia, nos hubieran sumido las desenfrenadas exageraciones nacionalistas."

Chesterton, en la "Autobiografía", nos deja estas deliciosas ideas:

"Mi impresión de España fué la de ese calor de la religión. Esta les permite demostrar emociones espontáneas y cálidas. La emoción más evidente es el orgullo que tienen los padres con sus hijos. He visto correr a lo largo de una avenida bordeada de árboles en una gran calle a un niño para saltar en brazos de un pobre obrero que lo ha abrazado con un delirio más que maternal... Eso es catolicismo. Nuestro puritanismo no es más que una parálisis que se convierte en estoicismo cuando pierde la religión."

Para tales autores, pueblo y patria española estaban y están dentro del mismo sentimiento religioso. Sentimiento consciente y razonado, no fanático. El mismo J. Borrow, tan poco amigo de lo católico, lo escribe en el prólogo de "The Bible in Spain: "España no es un país fanático, ni lo ha sido nunca." Y Wyndam Lewis añadirá, en "Carlos de Europa":

"Si todavía hay una civilización en Europa, su supervivencia se debe, precisamente, a la religión católica que inspiró a España durante siglos. Y esa religión no ha caído en desuso. No es pintoresco residuo fanático de la Edad Media. Es de nuestra Edad y de todas. Europa tiene enemigos interiores, como lo es el neopaganismo destructor, y otros exteriores, como la asoladora anarquía oriental que avanza. Mas el antiguo punto de encuentro está donde estaba... España sigue en pie para Europa."

También el norteamericano ha visto la verdad de nuestro sentido religioso, con valor práctico en relación con América. Teodoro Roosevelt, en el "Discurso a los americanos", dijo:

"A España su religión movióla a hacer lo que ningún otro pueblo ha hecho: descubrir un mundo y ofrecérselo a Dios que se lo concedió, a Dios como altar de su trono..."



Los alemanes justiprecian igualmente el sentido católico de España. El conde de Keyserling, en "La Revolución mundial y España" (1935), dijo estas palabras, hoy proféticas:

"Presenciamos ahora una revolución de las fuerzas de la Naturaleza que se han desencadenado. Para protegerse frente a estos movimientos, el espíritu no tiene otros medios de defensa que precaverse con sus propias energías espirituales. Gran ocasión es ésta, para España, de formarse y fortalecerse, porque sus cambios o trastornos no forman parte de la revolución mundial. No ha cambiado la entraña católica de España.

Las principales potencias del espíritu no son la inteligencia y la razón, sino el valor y la fe. Hay pueblos que tienen más desarrolladas ciertas características; por ejemplo, aquellos que han mantenido virtudes o principios que viven fuera del tiempo, como la nobleza del espíritu, o aquellos que rinden culto a la amistad o a la fe, cualidades que se dan reunidas en la tradición ibérica. España vive en esos principios tradicionales, por lo que no será arrastrada en esos grandes movimientos. España conserva sus valores eternos, y en esa repagанизación que se inicia en el mundo, esta nación puede influir de manera muy decisiva y llegar el momento de que dentro de esa forma nueva, esa eternidad "ibérico-española", adquiera con el tiempo un sentido más neto y más profundo."

Rematará este clavo otra mentalidad alemana, Karl Vossler, en su "Trascendencia europea de la cultura española, al decir:

"Ningún país europeo antes que España ha engendrado el espíritu de la lucha por la fe, y ningún otro lo ha conservado ni tanto tiempo ni de una manera tan tenaz."

Y hasta con humorismo lo expresa Rudolf Lothar, en "Die seele Spaniens" (1916), cuando escribe:

"Creo que Dios, en el Paraíso, habló ya con Adán de la tierra española, teniéndose por pueblo elegido, y por ello vuela su pensamiento en sentido religioso, y en el mismo vuelve a recogerlo, de tal modo, que su carácter no se puede comprender sino a través de la Iglesia. Su arrogancia y humildad le hacen exclamar de dos maneras distintas, por otra parte muy comprensibles, ¡Soy católico!"

Francia ha usado siempre el escalpelo volteriano contra el sentimiento católico español; pero las voces que nos defendieron esgrimen el amor como espada y la razón como puño. Jacques Madaule, en "Le drame de Paul Claudel", al comentar "Le soulier de satin", escribe esta bellísima página, que conservamos en su idioma original:

"Voilà pourquoi l'Espagne a été choisie pour être le centre de l'action. Après s'être forgée elle-même, par l'effort de nombreuses générations, ...voici qu'elle déborde ses frontières de toutes parts; elle réunit à l'Eglise et à la Civilisation les deux Amériques; elle continue sur les rivages africains le combat traditionnel contre le vieil ennemi assiégé dans ses retranchements; elle fait flotter ses couleurs sur les terres basses de Flandres...; elle lance contre la réforme sous le monogramme du Christ cette milice qu'Ignace de Loyola discipline comme une armée; elle domine l'Italie de Palerme à Milan; elle plante son étendard catholique au cœur de l'Europe, à Vienne sur le Danube, que menacent les hordes ottomanes; à Prague où la Réforme un instant put sembler victorieuse; elle fixe à Lepante pour toujours la limite que l'Islam ne franchira plus; et cependant, dans la Péninsule, qui se vide peu à peu de ses hommes appelés aux plus gigantesques entreprises, sainte Thérèse de Jesus plante les Carmels d'où l'imploration vers Dieu ne cessera pas de monter; saint Jean de la Croix s'élance plus haut que l'esprit de l'homme n'était encore allé vers les sommets de la montagne mystique. Jamais une nation n'a donné pour la Foi un effort aussi total.

La devise de cette Espagne héroïque et folle semble être celle même des héros. Il ne sert à rien de s'épargner soi-même et d'accumuler des richesses périssables, si elles ne doivent pas servir. Mais l'unique devoir d'un cœur catholique est de s'oublier soi-même, et de se donner à pleine poitrine, de répondre à l'appel de Dieu, et de fermer ses oreilles aux misérables calculs de notre égoïsme.

En fait, malgré les apparences contraires, l'Espagne ne s'est pas trompée le jour qu'à retenti pour elle le grand appel. Si elle n'en a pas recueilli le bénéfice temporel, nous vivons encore des bienfaits spirituels que nous en avons reçus. Si la coupole de Saint-Pierre continue de se dresser inébranlable au-dessus des nations, il y a des soldats espagnols qui sont morts pour cette victoire; si la Réforme a été confinée dans les plaines basses de l'Europe du Nord, c'est grâce aux combattants de la Montagne Blanche; si l'Europe Orientale a vu peu à peu refluer l'Islam jusqu'aux rives du Bosphore, c'est grâce aux canons de don Juan d'Autriche; si les deux Amériques complètent aujourd'hui magnifiquement la figure de l'Univers, c'est grâce aux efforts de Christophe Colomb; si les missionnaires catholiques peuvent planter la croix en Chine, au Japon et dans l'Inde, c'est parce que Saint François-Xavier a mis le siège devant la vieille Asie."

Paul Claudel, con grandezas de salmo, comprende nuestra razón en el "Himno a los mártires españoles":

"¡Santa España, en la extremidad de Europa concentración de la Fe, cuadrada y masa dura, y atrincheramiento de la Virgen Madre!



Última rancada de Santiago, que no se detiene sino donde concluye la tierra;
Patria de Domingo y de Juan, de Francisco el conquistador y de Teresa;
Arsenal de Salamanca, Pilar de Zaragoza, raíz abrasadora de Manresa,
Inquebrantable España, que ningún término medio has aceptado jamás;
Empellón contra el hereje, paso a paso rechazado y repellido;
Exploradora de un firmamento doble, la oración y la sonda razonando;
Profetisa de aquella otra tierra, allá, bajo el sol, y colonizadora del otro mundo;
En esta hora de tu crucifixión, Santa España en este día, hermana España, que es tu día,
Yo te envío mi admiración y mi amor con los ojos llenos de entusiasmo y de lágrimas.
¡Cuando todos los cobardes te traicionan, una vez más tú transiges!
¡Como en tiempos de Pelayo y el Cid, una vez más blandiste la espada!
Ha llegado el momento, el momento de escoger y de desenvainar el alma.
Los ojos en los ojos, ha llegado el momento de encaramarse con la infame proposición;
Ha llegado, por fin, el momento de que se conozca el color de nuestra sangre.
¡Ah!, muchos se figuran que su pie va solo al cielo por un fácil camino complaciente.
Pero he aquí, de pronto, planteada la opción. ¡He aquí la intimación y el martirio!
Nos ponen el cielo y el infierno en la mano, y tenemos cuarenta segundos para elegir.
¿Cuarenta segundos? ¡Es demasiado! Hermana España, Santa España: tú ya elegiste.
Once obispos, dieciséis mil sacerdotes asesinados y ni una sola apostasía.
¡Ojalá pudiera yo, como tú, a voz en grito, dar mi testimonio en el resplandor del mediodía!
Decían que dormías, hermana España; dormías como quien finge un sueño.
Y he aquí de repente la interrogación, y he aquí de una vez esos dieciséis mil mártires.
¿De dónde me llegan tantos hijos?, exclama la que suponía que era estéril.
Las puertas del cielo ya no bastan a ese tropel atropellador.
¿Habláis de desierto? Pues mirad. ¿Decíais que era el desierto? Pues ahí tenéis el manantial y la palmera.
Dieciséis mil sacerdotes: el contingente de una sola hornada, ¡y el cielo como una sola llamada colonizado!
¿Por qué tiembles, alma, y por qué te indignas contra los verdugos?
¡Yo solamente junto las manos y lloro, y digo que así está bien y que es hermoso!"

Más modernamente, en 1945, Henri de Montherlant, reconoce, en "El Maestre de Santiago", la empresa española en ultramar, a pesar del jansenismo portroyalista de la pieza:

"El mismo año en que fué abatido en España el poder de los infieles, Colón descubrió San Salvador, y es también un puñado de españoles el que marcha a la conquista de un imperio, como un puñado había sido también, en sus tiempos, el alma de la reconquista. ¡Sí, el mismo año! El Dios que reina en los cielos no quiso que hubiera un fallo en esta grandiosa continuidad: un eslabón se encadena a otro. Si hubo nunca algo sublime en el mundo fué esto." (Acto I, esc. IV.)

De los italianos, y por no hacer interminable esta relación, citaré a Farinelli, que escribió:

"Hay que aprovechar las prendas naturales, católicas, sobresalientes en España, tal vez más que en otras naciones, y desarrollarlas con perseverancia, fortaleciendo la energía individual y la conciencia, su conciencia católica, trabajando, trabajando siempre con ardimento, con fe y constancia."

Las muestras expuestas son suficientes para conocer lo que el mundo inteligente piensa del catolicismo español y sus empresas. Bien merece esa comprensión generosa, en medio de tanta voz deprecadora, y así lo reconoce un gran escritor francés, Morel Fatio, en "Etudes", que estudió España con amor y nobleza:

"La nación que en teología y en misticismo elevó las almas a prodigiosas alturas..., merece que se la tenga en estima y que se intente estudiarla seriamente, sin necio entusiasmo y sin injustas prevenciones."

Que sepa el mundo, y también los españoles, que el camino elegido por España lo han reconocido muchos ingenios, los más objetivos, como loable y acertado en la marcha diversa de los pueblos y de su historia. Así se confirma aquello que escribió un poeta: "Si el destino del hombre es estar y pasar por la tierra, todo el mundo que hoy manda habrá tenido razón, y España no habrá triunfado. Mas si nuestra finalidad, por el contrario, es trascendente; si llevamos una ráfaga de eternidad en nuestras frentes, en la lucha de la vida habrá ganado España."

SANTIAGO MAGARIÑOS

EDICIONES

CULTURA



HISPANICA

COLECCION DE FUENTES DEL DERECHO INDIANO

- Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias.* (Tres volúmenes, 150 pesetas.)
Notas a la recopilación de Indias, por Manuel Josef de Ayala. (Dos volúmenes, 100 pesetas. La obra constará de cinco volúmenes.)
Cedulario Indiano, por Diego de Encinas. (Cuatro volúmenes, 400 pesetas.)
La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla, por Juan Manzano Manzano. (Un volumen, 70 pesetas.)

COLECCION DE INCUNABLES AMERICANOS

- Doctrina cristiana en lengua española y mejicana,* por los Religiosos de la Orden de Santo Domingo. Prólogo de D. Ramón Menéndez Pidal. (Un volumen, 50 pesetas.)
Dialéctica resolutio cum textu Aristótelis, por el P. Alfonso de la Vera-Cruz. (Un volumen, 40 pesetas.)
Provisiones, cédulas, instrucciones para el Gobierno de la Nueva España, por el doctor Vasco de Puga. (Un volumen, 50 pesetas.)
Vocabulario en lengua castellana y mejicana, por Fr. Alonso de Molina. (Un volumen, 40 pesetas.)
Ordenanzas y Compilación, por D. Antonio de Mendoza. (Un volumen, 40 pesetas.)
Arte de la lengua mejicana y castellana, por Fr. Alonso de Molina. (Un volumen, 40 pesetas.)
Diálogos militares, por Diego García del Palacio. (Un volumen, 40 pesetas.)
Instrucción náutica para navegar, por Diego García del Palacio. (Un volumen, 40 pesetas.)
Problemas y secretos maravillosos de las Indias, por Juan de Cárdenas. (Un volumen, 40 pesetas.)
Tratado breve de medicina, por Fr. Agustín Farfán. (Un volumen, 70 pesetas.)
Arauco domado, por Pedro de Oña. (Un volumen, 60 pesetas.)

COLECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

- Imagen del mundo hacia 1570, según noticias del Consejo de Indias y de los tratadistas españoles,* por Gonzalo Menéndez Pidal. (Un volumen, 60 pesetas.)
Semblanza espiritual de Isabel la Católica, por el P. Feliciano Cereceda, S. J. (Un volumen, 30 pesetas.)
Diego Laínez en la Europa religiosa de su tiempo, por el P. Feliciano Cereceda, S. J. (Dos volúmenes, 100 pesetas.)
Hernán Cortés: estampas de su vida, por Santiago Magariños. (Un volumen, 80 pesetas.)
Expediciones españolas (siglo XIX), por el General Esteban Infantes. (Un volumen, 65 pesetas.)

COLECCION DE VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

- Relación que escribió Fr. Gaspar Carvajal, fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, del famoso Río Grande, que descubrió por muy gran ventura el Capitán Francisco de Orellana, desde su nacimiento hasta salir a la mar,* por José Toribio Medina. Prólogo de D. Antonio Ballesteros. (Un volumen, edición limitada, 75 pesetas.)

COLECCION AMBOS MUNDOS

- Las huellas de los Conquistadores,* por D. Carlos Pereyra. (Un volumen, 8 pesetas.)
El dorado fantasma, por el P. Constantino Bayle, S. J. (Un tomo, 15 pesetas.)
Historia de la Leyenda Negra hispanoamericana, por Rómulo D. Carbia. (Un volumen, 15 pesetas.)
El sentido misional de la conquista de América, por Vicente D. Sierra. (Un volumen, 20 pesetas.)
La aportación extranjera a las misiones del patronato Regio, por Lázaro de Aspúrz, O. F. M. (Un volumen, 15 pesetas.)
Problemas de las migraciones internacionales, por Teodoro de la Torre Recio. (Un volumen, 35 pesetas.)
Manual de dialectología española, por Vicente García de Diego. (Un volumen, 30 pesetas.)
Viaje a Nueva Castilla, por Juan Bernia. (Un volumen, 12 pesetas.)

- El inca Garcilaso,* por Aurelio Miré Quesada. (Un volumen, 30 pesetas.)
Un caudillo: El General Fructuoso Rivera, prócer del Uruguay, por José G. Antuña. (Un volumen, 25 pesetas.)
Cuando los dioses nacían en Extremadura, por Rafael García Serrano. (Un volumen, 50 pesetas.)
México en la Hispanidad, por José Fuentes Mares. (Un volumen, 30 pesetas.)
El Occidente y la Hispanidad, por Bernardo María Monsegu, C. P. (Un volumen, 40 pesetas.)

SECCION JURIDICA

- Relaciones económicas entre España y los Estados Unidos,* por José Miguel Ruiz Morales. (Un volumen, 15 pesetas.)
Los principios del Derecho Público en Francisco de Vitoria. Selección con introducción y notas, por Antonio Truyol Serra. (Ediciones en francés e inglés. Un volumen, 15 pesetas.)
El Estado según Francisco de Vitoria, por el P. Emilio Naszalyi, O. C. (Un volumen, 45 pesetas.)

COLECCION PUEBLOS HISPANICOS

- Uruguay, el Benjamín de España,* por Ernesto La Orden Miracle. (Un volumen, 70 pesetas.)

COLECCION HOMBRES E IDEAS

- El africanismo en la cultura hispánica contemporánea,* por José María Cordero Torres. (Un volumen, 20 pesetas.)
La cultura española en los últimos veinte años: el teatro, por Nicolás González Ruiz. (Un volumen, 15 pesetas.)
Vida de la Avellaneda, por Mercedes Ballesteros. (Un volumen, 20 pesetas.)
Emoción y recuerdo de España en Filipinas, por el doctor D. Carlos Blanco Soler. (Un volumen, 30 pesetas.)
Breve historia del Brasil, por Renato de Mendonça. (Un volumen, 25 pesetas.)
Razas y racismo en Norteamérica, por Manuel Fraga Iribarne. (Un volumen, 25 pesetas.)
Política española y política de Balme, por José María García Escudero. (Un volumen, 25 pesetas.)

CUADERNOS DE ARTE

SERIE A:

- La ruta de Colón y las torres del Condado de Niebla.* (Un volumen, 65 pesetas en rústica, y 85 encuadernado.)
Jerez y los puertos. (Un volumen, 65 pesetas en rústica, y 85 pesetas encuadernado.)
Trujillo. (Un volumen, 100 pesetas en rústica.)

SERIE B:

- Elogio de Quito,* por Ernesto La Orden. (Un volumen.)

PUBLICACIONES DEL SEMINARIO DE PROBLEMAS HISPANOAMERICANOS

COLECCIÓN DE MONOGRAFÍAS.

- Misión de los pueblos hispánicos,* por Juan Ramón Sepich. (Un volumen, 15 pesetas.)
La independencia de América en la Prensa española, por Jaime Delgado. (Un volumen, 25 pesetas.)
Visión política de Quedo, por Osvaldo Lira, SS. CC. (Un volumen, 25 pesetas.)
España como problema, por Pedro Laín Entralgo. (Un volumen, 15 pesetas.)
El Seguro social en Hispanoamérica, por Carlos Martí Bufill. (Un volumen, 25 pesetas.)
Amor a México, por Ernesto Giménez Caballero. (Un volumen, 15 pesetas.)
Directrices cristianas de ordenación social, por Fr. Albino G. Menéndez Reigada, Obispo de Córdoba. (Un volumen, 25 pesetas.)

- Sociología de la política hispanoamericana,* por Julio Icaza Tijerino. (Un volumen, 25 pesetas.)
Orientaciones internacionales del Cinema, por el Congreso del O. C. I. C., de Bruselas. (Un volumen, 40 pesetas.)
Amor a Portugal, por Ernesto Giménez Caballero. (Un volumen, 25 pesetas.)

COLECCION SANTO Y SEÑA

- Viaje a Suramérica,* por Pedro Laín Entralgo. (Un volumen, 12 pesetas.)
Pasado, presente y porvenir de la Gran Argentina, por J. Evaristo Casariego. (Un volumen, 12 pesetas.)
Las doctrinas políticas de Eugenio María de Hostos, por Francisco Elías de Tejada. (Un volumen, 20 pesetas.)
Perfil cultural de Hispanoamérica, por Angel Alvarez de Miranda. (Un volumen, 12 pesetas.) Premio MVNDO HISPÁNICO 1949.
Mensajes de Hispanidad, 1949. Discursos de los Excelentísimos e Ilmos. Sres. Sánchez Bella, Raffo de La Reta, Marín Balmaceda, Belaunde y Martín Artajo. (Un volumen, 12 pesetas.)

COLECCION LA ENCINA Y EL MAR

- Escrito a cada instante,* por Leopoldo Panero. (Un volumen, 30 pesetas.)
Antología tierra, por Manuel del Cabral. (Un volumen, 30 pesetas.)
La espera, por José María Valverde. Premio Nacional de Literatura 1949. (Un volumen, 30 pesetas.)
La casa encendida, por Luis Rosales. (Un volumen, 30 pesetas.)

COLECCION DE ANTOLOGIAS POETICAS

- Nueva poesía nicaragüense.* Introducción de Ernesto Cardenal; selección y notas de Orlando Cuadra Downing. (Un volumen, 50 pesetas.)
Panorama y antología de la poesía americana. Estudio y traducción de José Coronel Urtecho. (Un volumen, 50 pesetas.)
Oficina Iberoamericana de Información Económica.
Industria algodonera en el mundo hispánico, por E. Conos. (Un volumen.)

VARIOS

- Catálogo de revistas españolas.* (Un volumen, 100 pesetas.)

OBRAS EN PREPARACION

- El Romancero,* por D. Ramón Menéndez Pidal.
La Crónica general de 1344, por D. Ramón Menéndez Pidal.
Reliquias de la poesía épica española, por D. Ramón Menéndez Pidal.
Los caminos en la Historia de España, por Gonzalo Menéndez Pidal.
Tablas cronológicas de la Literatura Española, por Gonzalo Menéndez Pidal.
Alabanzas de España, por Santiago Magariños.
Mapa de Juan de la Cosa.
Manual del investigador hispanoamericano, por Joaquín de Entrambasaguas.
Bibliografía científica del Ecuador, por C. M. Larrea.
Centros de investigación hispánica en los Estados Unidos, por Ronald Hilton.
Cuatro clásicos americanos, por Gonzalo Zaldumbide.
El Salvador, país de lagos y volcanes, por Alberto de Mestas.
El chapín de raso, por Paul Claudel.
Cervantes en el país de Fausto, por J. J. A. Bertrand.
Vindicación de España, por Maurice Legéndre.
Vecindad histórica (españoles y franceses), por François Pietri.
Antología de elogios de la lengua española, por Germán Bleiberg.
Coros y danzas de España en América, por Rafael García Serrano.
Antologías poéticas de Argentina, Puerto Rico, Perú, Cuba, Colombia, Brasil, Ecuador, Méjico, Chile, Santo Domingo, y Poesía indígena precolombina americana.



EL AÑO QUE ES DOMINGO

Por EUGENIO MONTES

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA)

EL JUBILEO
EN ISRAEL

«Tú contarás siete sábados de años, siete veces siete años, y los días de esos siete sábados de años harán cuarenta y nueve años. El décimo día del séptimo mes tú harás resonar el Jobel; el día de las Expiaciones harás vibrar el Jobel en todo vuestro país. Y santificaréis el año de la cincuentena. Y en todo el país, y para todos sus pobladores, publicaréis la liberación.»

(LEV., XXV, 8.)

palabra que en hebreo designaba primeramente cordero; después, el cuerno; por último, el instrumento resonador. Todo tiempo del *Jobel*, o Jubileo, era, pues, para los hebreos, el año de la gran llamada, que convoca a expiación y liberación.

Todo él tenía luz de sábado, porque no se trabajaba la tierra, dejándola en barbecho, a la buena de Dios. El son del *Jobel*, el Jubileo, eximía, por tanto, de la suma pena a que fuimos condenados por la adámica culpa. Recordemos el explícito texto, incontrovertible y decisivo. ¿O ya somos todos tan protestantes, tan calvinistas, tan mentirosos, que, con sacrilega

Con la crin a la siniestra y a la diestra la pluma, San Jerónimo aclimató en la «Vulgata» el vocablo *jubilaens* para designar este tiempo del *Jobel*.



Su Santidad el Papa, Pío XII da los golpes de ritual sobre la Puerta Santa.



Solemne momento de la apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro.



Su Santidad el Papa, derrumbada la Puerta, atraviesa solemnemente el santo umbral.

ficción, vamos a seguir llamándole hipócritamente virtud a lo que el Todopoderoso llamó castigo?

Para herejes anglosajones y holandeses martillantes, el trabajo no sólo es en sí virtuoso, sino que constituye la única, exclusiva y absolutoria virtud, el propio Sumo Bien. Ya lo sabes. Si ardiendo en caridad no exaltas pornográficamente la oficina, eres inmoral y precito como doña Etica te enseña; mientras si laboras veinticinco horas al día, mereces el arzobispado anglicano de Canterbury o el deanato de Kansas City, aunque se te haya empedernido el corazón. Todo te será justificado y absuelto si sudas, no si amas. Así le corregimos la plana al Creador, quien, por lo visto, se equivocó de medio a medio al darle a Adán el trabajo por pena, en vez de dárselo como premio, dicha, señal de elección, diploma paradisíaco y no sé cuántas cosas más. Pero, con permiso de cuáqueros y con licencia ordinaria de Mr. Ford y Mr. Truman, el Levítico dice: «No sembraréis, no cosecharéis lo que la tierra produce por sí misma, ni vendimiaréis la viña no podada. Porque el Jubileo será para vosotros una cosa sagrada», un Año Santo (XXV).

Y dice más, mucho más. Que al oír el son del *Jobel*, al primer toque de la trompeta jubilar, se liberarán tierras y personas. O sea: se restituirán los patrimonios familiares y se declararán finiquitos los contratos de quienes hubiesen vendido sus bienes queridos o sus propias personas bajo el acoso de la pobreza. Porque la tierra no pertenece al hombre, sino a Dios. El la distribuyó

a los hijos de Israel, es decir, a sus hijos, por tribus, clanes, familias; y quiere que esta distribución subsista. En consecuencia, si mordido por el hambre alguien vendiera su prado o su hogar, solamente lo habría cedido hasta el año del Jubileo, en que el bien familiar retornaba a la familia, como la oveja al rebaño. Esto hacía inalienable el bien de la familia, poniendo coto al latifundio y a la excesiva desigualdad social.

La sabiduría de la Ley se revelaba hasta en el pormenor concreto de los casos particulares, distinguiendo entre casas urbanas y campesinas. Las de entremuros no volvían necesariamente al dueño antiguo: sólo las casas aldeanas o de extramuros eran parte, miembro, de la persona. «En el Año Santo la propiedad volverá a cada uno de vosotros...; pues no se enajenan las tierras para siempre, ya que el país es mío, y vosotros sois en mi país como extranjeros y gentes de paso», sentencia del Altísimo. «Si, empobrecido, tu hermano vendiera su propiedad y pudiera luego pagar el rescate, cuente los años transcurridos desde la venta... Si no puede pagar el rescate, quede el bien vendido en las manos del comprador hasta el Año Santo; pero entonces vuelva a su propiedad, y que el comprador lo deje.» (Lev. XXV, 23-27.)

Así, restituidos cada medio siglo a sus personas y sus cosas, en oyendo el *Jobel* los hebreos acudían jubilosos a los lugares de piedad, peregrinando de donde Isaac cumplió el sacrificio, a la tumba de Abraham; o del pozo de Jacob, a Jerusalén.



El Ministro de Asuntos Exteriores de España señor Martín Artajo, que presidió la misión española.



El Ministro español y el Sr. De Gasperi, Presidente del Gobierno italiano, asisten al solemne acto.



Terminada la ceremonia, S. S. Pío XII es conducido en la silla gestatoria.

ROMERIA MEDIEVAL

«Es mi quinto viaje a Roma,
y quién sabe si el último.»
(PETRARCA, «Epist. seniles», VIII, 1.)

Porque el planeta no es nuestro país humano, y somos en él «extranjeros y gentes de paso», cristiandad equivale a peregrinación. Propiamente, la Iglesia se define como el Reino de Dios en misteriosa condición peregrinante. Entre polvareda celeste y polvareda terrestre pasa el Medieval por el Milagro y la Historia. Europa nació andando al lento ritmo de infatigables bordones. Iba a Jerusalén, con la esperanza de rescatar el sepulcro del Señor. Y a Compostela, con el no sabido impulso de pontificar sobre el Océano. Y

«O Roma felix, quae duorum Principum
.....
Horum cruore purpurata, ceteras
Excellis orbis una pulcritudines.»

Color de púrpura martirial y cardenalicia, te vi en atardeceres cercanos, desde el Palatino, mientras mis labios repetían el madrigal sin noche del Thesauros. Al pie, rumor de fuentes claras y de sandalias sordas. «Cuantos caminos van a Roma, resuenan de confusos ruidos», cuenta, canta en-

vuelto en multitud de esclavinas, nuestro Prudencio, allá en el siglo IV.

¡Qué de estupores, leyendas y prodigios narraban los romeros al retorno, calentando sus manos ateridas al fuego hogareño! Santa Ursula nada pudo contar, porque al regreso la asaltaron y martirizaron en un bosque los bandidos —gente tal vez de los Orsini—, como bien nos dice el Carpaccio en una de las más bellas crónicas pintadas por pincel humano. Pero a otros, las horas se les pasaban embebidas contando de las cadenas apostólicas y de marmóreas ruinas ilustres. Ya circulaban guías: los *Mirabiliaeurbis*. Delanteros eran entonces los anglosajones. Y tantos, que para ellos se hizo la primera hospedería, *Schola Saxonum*, a mediados del VIII. Y tan hermosos, que ya sabéis cómo, al ver unos mancebos querubines, dorados y rosados, un Papa preguntó:

—¿De dónde sois?

—Angli.

—Non angli, sed angeli—les corrige, sonriente y paternal, la voz acariadora con tiara.

¡Bella era Europa cuando era azul el cielo! ¡Hermosa Inglaterra, antes de la parda, avinagrada, herejía! Entonces sentenciaba el venerable Beda aquello de «mientras haya Coliseo..., habrá mundo». Y a San Moluca, pidiéndole permiso para despedirse y desertar, su maestro San Moedoc se lo rehusaba así: *Nisi videro Romam, cito moriar*.

¿Pero había jubileos propiamente dichos en las centurias más remotas de



Su Santidad el Papa, Pío XII, recibe al Ministro de Asuntos Exteriores de España, Excmo. Sr. D. Alberto Martín Artero.



El Cardenal Alejandro Verde, Arzobispo de Santa María la Mayor, de Roma, abre la Puerta Santa de la citada Basílica con el martillo donado, siguiendo antigua tradición española, por Su Excelencia el Jefe del Estado español.

la Edad Media? ¿O acaso sólo recomenzaron cuando del otoño gótico resurgió la luz feliz del Renacimiento? Unicamente esta segunda hipótesis explica la conmoción que recorrió todo el cuerpo del ecúmeno al saberse, a finales del doscientos, que Bonifacio VIII iba a conceder remisión absoluta de pecados a cuantos, *urbi et orbe*, acudieran a arrodillarse ante las tumbas apostólicas. ¿Indulgencia plenaria? En superlativo *Non solum plenam et largiorem imo plenissimam*, confirma la bula *antiquorum*. Esa romería jubilante en la raya de los siglos XIII y XIV, dejó huella. ¡Y qué huella!

Un florentino de gran nariz, queriendo prolongar la peregrinación, trasciende por caminos de tercetos al otro mundo.

De mano de Virgilio franquea Dante la puerta infernal el lunes santo, 4 de abril de 1300, *l'anno del Giubileo*.

*«Veramente da tre mesi ha tolto
chì a voluto entrar con tutta pace.»*

(Purg., II, V, 33.)

Tenía el más trinante y pajolero rui señor aretino diecisiete años al morir Dante en 1321. Su alma, en contrapunto de tierno vidrio herido, sufre lo que, con palabra neutral o peyorativa, llamamos «crisis», pero que él llamó, certeramente, «renovatio». Esta Renovación o Renacimiento florece de dicha al pisar, con peregrino paso, la urbe jubilante y laterana del 1350. Una carta a Boccaccio describe cuánta salud le dió a su espíritu el Jubileo: «Vine fervorosamente a poner fin a mis pecados juveniles, que me cubrían de sonrojo.» De esquina a esquina busca Petrarca por la urbe un amigo entrañable que vivía borde al Tíber. Le desazona no encontrarlo; pero, a la larga, su soledad se consuela y felicita porque si no «en vez de visitar las basílicas con devoción católica, hubiesen callejeado con curiosidad de poetas». (Epist. de Rebus, fam. XI.) Yendo de Esquilino a Aventino con Dionisio Ruidrejo, esas palabras me acudían a la memoria como reproche y aviso, temiendo que la *curiositate* poética ante cada fontana, cada arco y cada columna, me distrajesen de la *devotione catholica*. Pero, más sincero que el aretino, me atreví a confesarme que la curiosidad es el atrio, la belleza, las jambas, y la poesía, el pórtico por donde, católicamente, mis trémulos pasos acceden a la devoción. Los caminos de Dios son infinitos. Tomen otros los de la fealdad; a mi me mueven e impulsan los de la Hermosura. Si yo fuese al Paraíso, creo que pasaría antes por ese paisaje de mármoles antiguos entre Esquilino y Aventino, y me gustaría, Señor, me gustaría ir así, con Dionisio al flanco —y con Samuel al fondo—, bajo pinos romanos escarchados por la pajarería petrarquesca.

LA PUERTA SANTA

¿Verdad que no pequé, Padre, cuando al martillar Vuestra Santidad la Puerta Santa, mientras el pueblo fiel contenía el respiro, yo os ponía en contrapunto y eco

los endecasílabos del Tasso al Apóstol?

*«Chiaman a te che sei Petra e sostegno
Della maglion di Dio fondata e forte,
Ove ora il successor tuo degno
Di grazia e di perdono apre la porte.»*

Como gracia perfecciona naturaleza, así la inspiración permite y completa la respiración que se contiene. Recogían los «sanpetrini» el menudo polvo, entre la máquina menestrala del andamio y las cuerdas. Tradición, tradición. Las hojas de preciado metal se abrían como páginas del Vitruvio.

Luego, blanco, luminoso, fulgente, el Pontífice, desde la silla gestatoria, al casi extático aire de su vuelo, palomar del Altísimo, nevó su beatitud sobre nuestras cabezas. Era una rosa de brillos, deshojando, en palpables e ideales pétalos, la instantánea primavera de lo Eterno. Mediodía solar, tras Sol, dando en parousia, con la Vida el Espíritu, con la efusión radiante el reflejo.

Efusión: no supimos sujetarnos. En el arrebatado del

minuto, un transporte sin dueño, momento de privilegio, irrumpimos en voceros clamores con la clara algarabía de cien confusos idiomas. Y hasta, opacas palomas sordas, vuelo oscuro y terrestre, eco del esplendoroso campaneo, nuestras manos desalaban en aplausos la alada vibración del ámbito que El bendecía.

De esos vítores, uno, me atravesó el pecho, asaetadora esquirra de Europa herida. El oleaje de la muchedumbre me había encallado en un islote de peregrinos tudescos, hacia la nave izquierda de la Basílica. Difícilmente seguíamos desde allí el cabeceo de la barca pontifical, que, con su estela de arzobispos, abades mitrados, diáconos, «malteses» y suizos, lentamente bogaba rumbo al altar mayor. Ya nos resignábamos en ese archipiélago a recibir tan sólo las salpicaduras lejanas del itinerario divino, cuando, en propicia racha y por providencial maniobra, la bucentaura de Cristo onduló hacia nuestro litoral. Entonces la onda renana y bávara, en movimiento incontenible, se arrojó con suplicantes lenguas a la maternal playa, al seno hospitalario de la Santa Madre Iglesia, al arrecife y espuma del gran pecho de Dios. ¡Viva el Papa de todos. Hasta de los alemanes! Nunca voz humana me conmovió a tal punto. La bendición del Pontífice se repitió tres veces, con dilección amorosa, sobre esa grey sufrida. Y mis lágrimas cayeron, calientes y fraternas, sobre la raída solapa de un muniqués demacrado y transido. El cristianismo es llorar los unos *por* los otros; el catolicismo, alegrarse en común.

* * *

No acabaría nunca si contase todas las resonancias y alrededores de esos sublimes días en que se abrió el Año Santo. Aquel momento en que, al salir de la apertura, se enracimaba el pueblo en la Plaza de San Pedro, queriendo ver todavía una vez más al Papa. Y cómo éste, al asomarse a una ventana, dió su última bendición a la multitud y al aire. Bendición que una brisa sutil y delicada trajo, singular y conjuntamente, a los pliegues casi enlazados de una bandera española y otra argentina. Porque eso que la frivolidad llama Azar, la fatalidad llama Destino, y el cristiano debe llamar Providencia, nos reunió a todos los peregrinos hispanos, aun sin acuerdo taxativo, precisamente bajo esa ventana vaticana, con las piafantes fuentes del Bernini a la espalda.

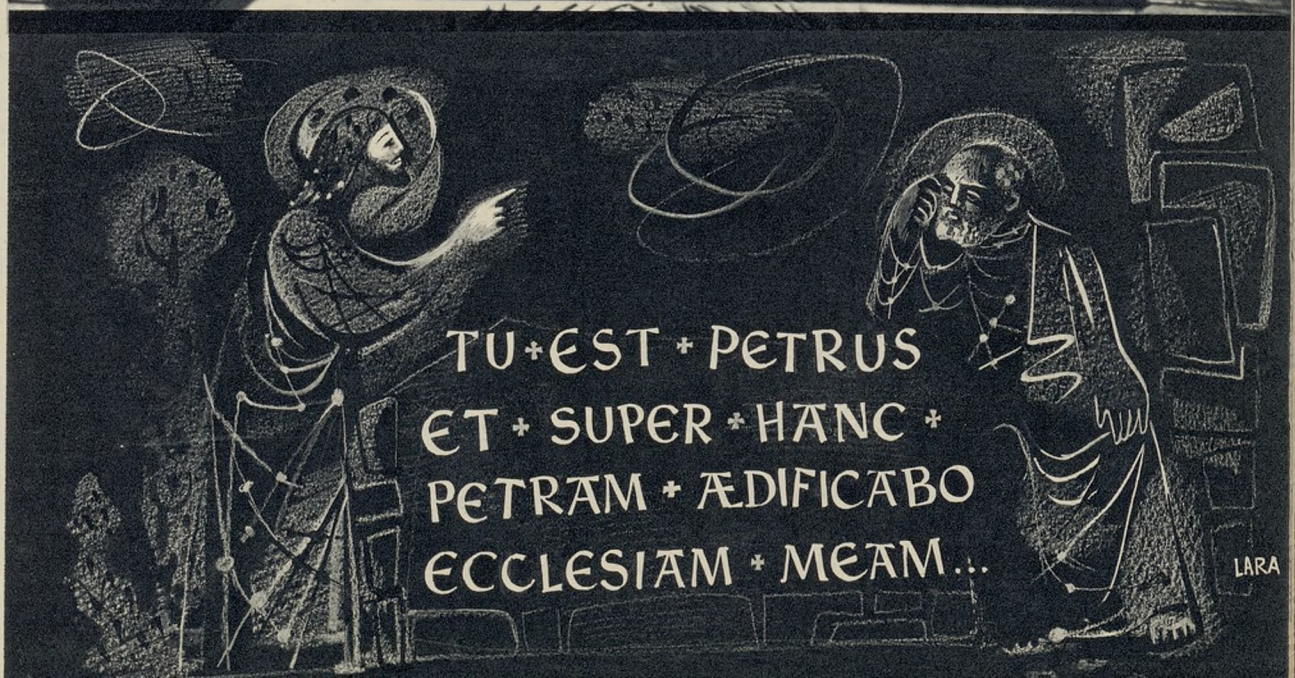
Emoción de la mañana en que Su Santidad recibió a la misión española. Sublime trance de arrodillarse ante El, de besar su mano, de oírle así, cerca, persona a persona. Fué en su biblioteca privada. Yo, mientras esperaba mi vez, tentado por el ángel, ya caído, ya enhiesto, de la curiosidad, miraba los lomos de sus libros íntimos. Mucha Teología, mucha literatura moderna —claro—, y, entre volúmenes aquinianos —¿lo digo?; ¿por qué no decirlo, si es verdad?—, abierta, la colección de esta revista *MUNDO HISPANICO*.

Alegría de la tarde en que Martín Artajo recibió en la Universidad Angélica, bajo el ala fornida de Santo Tomás, el doctorado «honoris causa», que sólo poseen en el mundo Maritain y Gilson.

Fervor —¿y orgullo?— del rosario que rezamos en nuestra Basílica más propia, en la del patronazgo hispano Santa María la Mayor. Está en el Esquilino, sobre los restos clásicos del huerto de Mecenas, que dió laureles para Virgilio y Horacio, Ovidio y Propertio. Dionisio Ridruejo es testigo de cómo, hallándonos los dos en este divino andurrial, y teniendo yo en la mano un libro abierto, una brisa graciosa, moviendo inadvertidos árboles, dejó delicadamente una hoja antigua en mis páginas, en prenda de nostalgia y amor.

Esta Basílica «in super agro» nos quiere, y es por nosotros, hispanos, querida. Ahí está contra el Pórtico, pomposo, retórico y apuesto, un Felipe IV de Lucenti. Y en el techo, con el toro de los Borgia, el primer oro que vino de América a Europa, regalo de Isabel y Fernando a Alejandro VI, que eso hizo España con la entraña indiana: llevarla a todo lo alto, al techo de la cristiandad.

Deber y privilegio de nuestros Reyes era donar el martillo para abrir la Puerta Santa de esa Patriarcal, a la vez que el Papa la de San Pedro. Franco asumió esa noble tradición de la católica Monarquía, y un martillo de la artesanía toledana dió este año los toques jubilares de lo Eterno. Fueron tres. ¿Pero quién contará nunca los de mi corazón en esos días romanos?





A la izquierda: «Santa Teresa de Jesús, en éxtasis», el famoso grupo escultórico de Bernini, que se conserva en la iglesia de Santa María de la Victoria, de Roma.—A la derecha: Detalle de la cabeza de Santa Teresa, de la citada escultura.

ción con que respiraba en aquella atmósfera de triunfo que la circundaba.

Las colosales estatuas de los santos que se contemplan en los nichos de la nave central representan precisamente las figuras más características que en el decurso de la Historia han contribuido a dar al rostro de la Iglesia ese aspecto de juventud, de triunfo y de gloria; entre ellos se encuentran unos cuantos nombres que suenan con acentos de hispanidad: Domingo de Guzmán, Pedro de Alcántara, José de Calasanz, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola. La presencia de estas figuras en estos pedestales gloriosos es la confesión hecha por la Iglesia, a quienes sirvieron, de la parte habida en esa labor de construcción y defensa, por el «mundo hispánico», cuyo era el espíritu que los animaba.

* * *

Un día será un peregrino que vuelve de Roma con dirección a la Patria y descubre, en un alto del camino, la tragedia de la Iglesia, que está sufriendo en el sur de Francia el desgarramiento de la herejía; siente que aquel fuego de celo apostólico, de que se le ha inundado el alma al contacto con el espíritu de Roma, le empuja a dar su trabajo y su vida, y a comunicar este mismo entusiasmo de lucha por Cristo a cuantos quieran escuchar su invitación apasionada: una invitación a arrancar las más íntimas raíces de la herejía por medio de una instrucción religiosa, que pueda oponer al error un baluarte inexpugnable. Fruto, la Orden de los Padres Predicadores; aquel peregrino, Santo Domingo de Guzmán.

Otro día, en la gran corriente de reforma de las viejas Ordenes religiosas, que aun era posible sacar de su anquilosamiento para una nueva eficaz siembra de santidad, revolucionándolas hacia el ideal de la perfección primera, se presentará la persona de aquel santo asceta, hecha de raíces de árboles, reformador de la Orden franciscana: San Pedro de Alcántara.

Al pensar en José de Calasanz, pasará ante vuestra vista una ingente muchedumbre de niños pobres, que han recibido en sus Escuelas la luz de sus inteligencias y el sentido religioso que ata sus vidas a Dios.

Y cuando el mundo necesite ser recreado por el soplo vivificante de una nueva espiritualidad, que sepa impregnar de vida interior a todo el universo, tendrá que acudir a una mujer, una monja castellana, la «fémina andariega» de nuestros siglos de oro: Teresa de Jesús.

Y si lo que se necesita es un moderno ejército aguerido para librar las más duras batallas, en todos los campos en que sea necesario batirse, para hacer ondear a todos los vientos el estandarte triunfador de la Iglesia, se mirará a la figura, caballerescamente enamorada de las glorias de la Madre, de un caballero hispánico. Su nombre es león: Ignacio de Loyola.

* * *

Domingo de Guzmán, Pedro de Alcántara, José de Calasanz, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola: lucha contra la herejía, educación religiosa, santidad, vida interior, apostolado integral... ¿No serán estas imágenes de nuestros santos en la Basílica de San Pedro una lección de urgente actualidad para el mundo hispánico de nuestros días?

Si siempre se ha podido afirmar con plena justicia que «toda verdad política o social se convierte forzosamente en una verdad teológica», nunca se podría decir con más razón que en la hora presente, de profunda crisis total de nuestro mundo, en que se ha llegado a tal extremo, que las únicas posiciones posibles quedan incluidas dentro de este dilema pontificio: «O con Cristo, o contra Cristo.» La lucha se halla en la actualidad entablada inequívocamente entre el comunismo y el anticomunismo, sin darnos cuenta de que, si no se llega a un planteamiento más positivo del problema, terminará irremediablemente por vencer el ímpetu arrollador de la nueva invasión del Oriente, como termina siempre por vencer la afirmación a la negación pura. Oímos hablar continuamente de defensa, de lucha contra el enemigo de la civilización y de la libertad; pero esas voces sabemos que se levantan en nombre de los intereses materiales y de la propia hegemonía nacional, amenazada por un poder, que aspira a hacer del universo su Imperio.

De hecho, sólo hay en el mundo una fuerza, una idea, con vitalidad irreprimible, capaz de contrarrestar ese avance del ateísmo y de la impiedad, que se traducen en el organismo de un sistema económico, social, político y religioso: es la fuerza, la idea del Catolicismo, que no está gastado por la labor de veinte siglos, como quisieran pensar sus enemigos, y que puede, por lo mismo, dar las auténticas soluciones a los problemas que aquejan al mundo moderno. Y sería hora de preguntarnos si no está llegando, o ha llegado ya, la nueva hora del «mundo hispánico», que no es un imperio político, pero que constituye un bloque de pueblos en los que continúa alentando vigorosamente esa idea católica, en la cual hay que ir a buscar el remedio definitivo de la angustia actual. Dígame lo que se quiera, la solución ha de ser una solución de santidad, teológica; hay que llenar otra vez el mundo de santos, revalorizar la teología para la vida. Sólo de esta manera será hacedera la actuación del ideal de una «nueva Cristiandad»; de una Cristiandad con fundamentos teológicos, impregnada de santidad. El ideal hispánico: católico.

SANTOS HISPÁNICOS EN PIEDRA ROMANA

Al llegar a la vista de la plaza y de la Basílica de San Pedro, mientras se camina a lo largo de la Via della Conciliazione, son siempre los mismos pensamientos los que vienen a ocupar la mente: veinte siglos de historia, que señalan una indefectible continuidad de la Iglesia de Cristo, en el cumplimiento de la misión a ella confiada por su divino Fundador. Y es aquí donde tienen su mejor símbolo y su más hermosa expresión, en esta Roca que el mismo Cristo declaró inmovible, como fundamento de su Iglesia. Veinte siglos de historia, que, con aureolas de triunfo o con púrpuras de martirio, son la realización perfecta de aquella promesa: «Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.»

Aquí, donde ahora se alza el templo más grandioso de la Cristiandad, fué un día con su sangre testigo de su Maestro, aquel pescador de Galilea, que fué llamado «Piedra»; aquí, en ese lugar que podemos señalar con nuestra mano y sobre el cual podemos arrodillarnos, estuvo y está, como nos ha dicho el Papa, el lugar de su sepulcro: ese sepulcro que desde los primeros tiempos pacíficos de la vida de la Iglesia fué centro de culto y de peregrinación de todo el orbe católico, que veneraba en él el recuerdo del Príncipe de los Apóstoles y la institución divina del Pontificado, de donde procede la luz indefectible de la verdadera fe, y de donde nace la unidad de la Iglesia. No es de extrañar, por consiguiente, que la Ba-

sílica que a los contemporáneos del primer emperador cristiano parecía tan grandiosa, no la creyeran bastante los cristianos de aquella época de la vida de la Iglesia, que sólo con una evidente impropiedad se puede describir bajo el signo negativo de la Contrarreforma. Son los tiempos de una inmensa ebullición interna por la Reforma, los tiempos de Trento, de la purificación y fundación de las Ordenes religiosas, y de las beatificaciones y canonizaciones de los santos; época en que por toda Europa se esparcen las corrientes de una nueva mística, que tiene sus fuentes en los conventillos del «mundo hispánico», donde se alza también, sostenida por mano gigante, la espada de la Cristiandad, empuñada en conquistarle nuevos mundos vírgenes y en defender de los ataques de la herejía sus antiguas posiciones en el Viejo Continente.

Y siendo como es el verdadero arte la expresión más fiel del ambiente y del espíritu de una época, no podía menos de plasmarse en la nueva Basílica, que se alzaba sobre el sepulcro del Pescador, como en el centro de la Catolicidad, la exuberancia y la gloria de la Iglesia, que cobraba en aquellas coyunturas caracteres de apoteosis; y éste es, precisamente, el espíritu del arte de la Basílica de San Pedro: la idea, plásticamente expresada con las formas barrocas, de la confianza con que la Iglesia volvía los ojos al mundo, creado y consagrado por Dios, a quien todas las criaturas deben cantar y servir, y de la exulta-



«Vi a un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal; lo que no suelo ver sino por maravilla. Aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la visión pasada, que dije primero. En esta visión quiso el Señor le viense así; no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido, que parecía de los ángeles muy subidos, que parece

todos se abrasan. Deben ser los que llaman cherubines, que los nombres no me los dicen; más bien que en el cielo hay tanta diferencia de unos ángeles a otros, que no lo sabría decir. Véale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Este me parecía meter por el corazón algunas veces...» (Santa Teresa: «Vida». Capítulo XXIX.)



Columna del Emperador español Trajano, coronada hoy por la efigie de San Pablo.



La puerta (atribuida a Formigoni) del Colegio de España, en Bolonia.



El Papa Inocencio X, obra magistral del pintor Velázquez.

HVELLAS HISPANICAS EN ITALIA



EN este año del Señor de 1950 toda la Cristiandad puede llegar a Roma para ganar las grandes indulgencias de la Iglesia. Año de gracia, la Iglesia permite a todos los pecadores del orbe conquistar inmensos beneficios espirituales y confirmar su fe, con el esfuerzo del camino de Roma. Con la presencia física en la Ciudad Eterna y el recorrido, con devoción religiosa, de las Basílicas madres de la Cristiandad. La Iglesia remedia en este Año Santo, no solamente los pecados, sino los abandonos y negligencias, el olvido en que la propia Cristiandad suele tener a la patria común, a la Ciudad Eterna.

Por feliz coincidencia, cuando todos los ojos del mundo miran hacia Roma, para ganar su espiritual jubileo, y los españoles muy especialmente, España está ganando otro jubileo especial en la Ciudad Eterna y en lo que Roma refleja dentro de Italia.

España, con evidente intervención de la Providencia, ha conservado milagrosamente en Roma

infinidad de recuerdos, edificios, instituciones e iglesias; conjunto derivado todo él de una conciencia, sistemática y pensada política religiosa, realizada durante la Monarquía austriaca, que alternaba, en un perfecto equilibrio, una maravillosa defensa de los intereses del Estado católico de la Península Ibérica con una sincera sumisión a Roma.

Esta política empezó a quebrarse a partir del regalismo borbónico, completamente diferente del austriaco, coordinado, ecuanime y lógico. Ya en los primeros tiempos del cambio de dinastía, juntamente con la crisis de tantas otras cosas de España, vino también la crisis de las cosas de Italia de nuestros antiguos Virreinos, a causa, principalmente, de las personas que encarnaban instituciones y representaciones. En una triste carrera de obstáculos, en la que, en vez de superarlos, se iban eliminando constantemente las cosas españolas de Roma y de Italia—pues no hay que olvidar que, en una gran parte, nuestras institu-

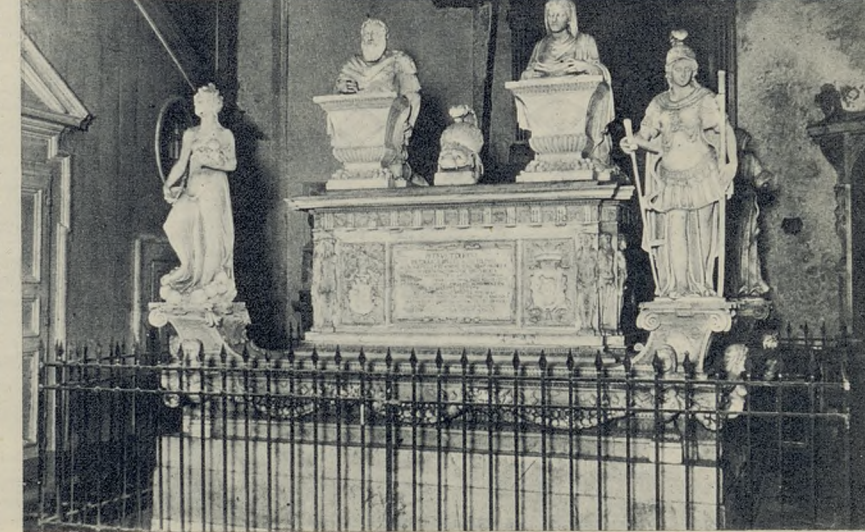
ciones de Nápoles y de Sicilia estaban en estricta relación con Roma—, se fueron desmoronando casi completamente. El momento más agudo fue aquel de los últimos años del reinado de Isabel II, en el que la iglesia nacional española en Roma, Santiago de los Españoles, de plaza Navona, fundada, según dice la tradición, por aquel senador de Roma, Infante Don Enrique, hijo de Fernando el Santo, fue vendida en pública subasta, por el motivo, según decían los de aquel tiempo, de que estaba ruinosa, siendo comprada por una Congregación francesa.

Por fortuna, a fines del siglo XIX, hubo una mente inteligente y una mano capaz de salvar lo salvable de todas nuestras viejas cosas de España. Se rehicieron de la mejor manera iglesias, obras pías e instituciones benéficas; se concentraron cosas dispersas y, aunque también se olvidaron otras, hubo como un pequeño resurgir general, que luego fué deshaciéndose poco a poco, dando lugar a un nuevo completo abandono y vacío, en el

que nos encontrábamos hasta hace unos años.

Tres grandes núcleos espirituales podemos señalar en Italia que reflejan la presencia española. Roma, naturalmente, con su iglesia de Santiago y Montserrat (a la de Montserrat se unieron los restos materiales y espirituales de la iglesia de Santiago, la basílica de San Pietro en Montorio y tantas otras iglesias españolas, en su totalidad o en parte). En el viejo Reino de Nápoles y en Sicilia; después, con sus basílicas, iglesias, instituciones pías y religiosas, en Nápoles y Palermo, y, por último, la huella espiritual y material que en el Norte de Italia, es decir, en la Emilia y la Umbria, dejó nuestro gran Cardenal Albornoz, gracias al cual se conservan todavía el colegio por él fundado, los castillos por él levantados y, seguramente, por el ambiente derivado de todo ello, la iglesia de Asís, obra de nuestros Reyes Felipe III y su mujer.

El más viejo recuerdo de España en Roma, subsistente todavía, es San Pietro en Montorio.





La iglesia se eleva en el Monte Gianicolo, donde la tradición quiere que fuese martirizado San Pedro. Los Reyes Católicos dieron a los franciscanos los medios necesarios para la construcción de iglesia y convento, y en él todavía subsisten como testimonio las águilas de San Juan con las armas de España. El donativo lo hicieron los Reyes como acción de gracias por el nacimiento del Príncipe Don Juan.

La iglesia y convento son de estilo transición del gótico al primer Renacimiento; el tiempo añadió maravillas a la obra inicial: el Bramante, por encargo especial de los Reyes, construyó su famoso *tempietto*, una de las más grandes bellezas arquitectónicas de Roma; la famosísima *Transfiguración*, de Rafael, adornaba el altar mayor (hoy día, sin saber el motivo, está en la Pinacoteca Vaticana), y la iglesia toda está llena de frescos, estatuas y adornos de excelsa belleza y de artistas famosos. La iglesia, un tanto abandonada a fines del siglo XVIII, en el XIX volvió milagrosa y plenamente a España. En una parte del antiguo convento se eleva hoy la Academia de Bellas Artes, y en la iglesia, ocupada por franciscanos italianos, apenas hay una mano o una voz españolas. Los españoles entramos tímidamente en esta iglesia (es de esperar que las cosas cambiarán pronto) para contemplar las arenas doradas—Monte de Oro—del lugar donde fué crucificado el Apóstol.

Bajando del Gianicolo, atravesamos el río por el viejo puente Sisto, y, a mitad de la Vía Giulia, el viejo Corso, y entramos en el patio posterior de la Casa de Montserrat. Pero recordemos antes que, desde Roma hasta Palermo, en toda Italia, las «naciones castellana y catalana», como se decía entonces, pugnaban por elevar iglesias, fundar cofradías, dejar hospitales: Santiago, San Ildefonso, la Virgen de Guadalupe, para los castellanos; Montserrat, Santa Eulalia de Barcelona, para los catalanes.

Casi coetánea de San Pietro en Montorio era la iglesia de Santiago, en plaza Navona, medio gótica, llena de monumentos florentinos con severas caras hispánicas; la gran estatua del Santo titular, por Sansovino, hoy, por fortuna, en Montserrat; tantas memorias, tantos monumentos, cuadros. Todo, o casi todo, desapareció, por la incuria o quizá por la mala voluntad.

En el patio de Montserrat, entrando por Vía Giulia, hoy existen una buena parte de los sepulcros de Santiago; la iglesia es hoy de Santiago, San Ildefonso y Montserrat. Se concentra en ella toda la tradición religiosa española en Roma. Todavía hay buenas cosas: cuadros, estatuas, enterramientos. En la primera capilla de la derecha reposan, en tres sencillos monumentos, los Papas Borja y Don Alfonso XIII; en la casa religiosa hay como restos de grandezas pasadas y algún que otro buen cuadro solamente.

Hoy la iglesia de Santiago y Montserrat resurge: rector y capellanes la llevarán de nuevo a sus tiempos gloriosos. La restauración material y espiritual camina rápidamente. Biblioteca, salón de conferencias; todo va saliendo de entre la ruina.

Después, Roma está toda llena de cosas españolas. Los Padres Dominicos de Vía Frattina; los Trinitarios, en San Carlino la Colina, alejada del Aventino, con la presencia del Santo de Guzmán, y tantos otros lugares.

El siglo XVI es todo un esfuerzo vertiginoso; los grandes Virreyes se suceden: Toledo, Zúñiga, Maqueda, Lemos. Más tarde, por doquiera se alzan iglesias, fundaciones y monumentos. Todavía son españoles muchos de ellos: Santiago, en Nápoles, maravillosa basílica, que está asistiendo a su propia resurrección, con privilegios extraordinarios; el beaterio de la Soledad, también en Nápoles; la maravillosa capilla de Guadalupe y Santa Eulalia, en Palermo, que esperan manos españolas para revivir.

Y ésta es nuestra tarea, volver a pisar donde hay huellas, volver a vivir donde la vida está casi moribunda. Reunir Iglesia y Estado, culto y cultura, oración y estudio.

Y éstos son los criterios con los cuales esta España grande, silenciosa, apartada, cuya presencia se perfilaba tímidamente en esta Ciudad Eterna y en esta Italia hermana, madre e hija nuestra, vuelve de nuevo paso a paso, con tenacidad y con amor.

A la derecha: el famosísimo *tempietto* (Bramante) de la iglesia y convento de San Pietro en Montorio.

A la izquierda: la Catedral de Amalfi, en la Campania (siglo XI).





La visita a las cuatro Basílicas Patriarcales es preceptiva para obtener el Jubileo. Para San Pedro debe ser la primera visita, aunque la Catedral de Roma sea San Juan, porque San Pedro es San Pedro, esto es: un principio, un símbolo, una meta. El: «Tu es Petrus» ronda por los oídos. Está escrito allá arriba, en el ábside, con letras de a metro. Las proporciones son una prerrogativa de San Pedro, pero el peregrino no ha llegado hasta allí para esto; ha llegado para tocar con sus propias manos como toda una religión se ha hecho, epopeya arquitectónica, materia vivida y viviente mediante la voluntad solitaria de generaciones que con su esfuerzo han dado figura y función plástica a su fe.

De San Pedro, a Santa María la Mayor. Para un hispánico hay un recuerdo im-

LAS 4 BASILICAS JUBILARES



presionante. Allí está el primer oro que llegó de América, ofrendado a la Iglesia por la voluntad soberana de los Reyes Católicos de España.

De Santa María la Mayor, a San Pablo de Extramuros, alejado del mundanal ruido y cerca de los restos del «Doctor Mundi». Por fin, y al fin, a San Juan de Letrán, que es la Catedral de Roma: «Urbi et orbe Ecclesia mater et caput.» En ella se reunieron nada menos que treinta y tres Concilios. Es la iglesia de la Caridad; para los peregrinos, la visita a San Juan de Letrán debe ser el mejor incentivo para despertar en sus almas la virtud evangélica, la más querida del Apóstol, que la tradición representa apoyando amorosamente la cabeza sobre Jesús, después de la última Cena.





EL P. CLARET

Por AUGUSTO A. ORTEGA, C. M. F.

FUNDADOR DE MISIONES.—El 16 de julio de 1849, funda en Vich la Congregación de Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María. Quería dar continuidad a su obra apostólica. Quería dejar herederos y apóstoles de su entrañable devoción al Corazón de la Madre de Dios. De esta devoción que él había sabido aliar tan admirablemente con la del Santo Rosario. Las revelaciones de Fátima han venido después a ser confirmación plena del anticipado mensaje del gran misionero español. Hoy esta Congregación—con dieciocho provincias religiosas—se extiende por todo el mundo. Es el Instituto que tiene más españoles esparcidos por el extranjero en las Misiones—África, Asia, Oceanía y, sobre todo, América—. Está extendida, además, por casi todas las naciones de Europa.

ARZOBISPO EN CUBA.—El Beato Antonio M.^a Claret es rigurosamente un santo hispanoamericano. Perteneció a España, pero también a América. ¡Con qué ilusión cultivó esa «viña joven», como gustaba de llamarla él! Por espacio de siete años fue Arzobispo de Santiago de Cuba. Era también metropolitano de Puerto Rico.

La caridad del Arzobispo era inmensa y se desbordaba con los pobres. El fué quien introdujo en Cuba las Cajas de Ahorro, a las cuales ayudó pródigamente; quien fundó una gran Casa de Beneficencia, donde se enseñaban a los niños recogidos oficios diversos; en ella se instaló una Granja Modelo, para el vario cultivo de la agricultura. Con este fin benéficosocial redactó dos obras: *Reflexiones sobre la Agricultura y Delicias del Campo*.

CONFESOR DE ISABEL II.—El año 1857, Isabel II le elige para su confesor. Fué decidido empeño de la pobre Reina, hastiada de tantas intrigas, decepcionada por continuas deslealtades. Había menester alguien en quien pudiera confiar y de quien tomara consejo sincero. Nadie mejor que un santo. Ella sabía que lo era el P. Claret. Lo sabían también los políticos. Pero a ellos no les convenía. El Gobierno en pleno se opuso a esta elección. Sin fruto alguno, porque era irrevocable la decisión de Isabel. El P. Claret ejerció su cargo con celo y discreción inigualables. Supo hablar a la Reina con cristiana libertad. No se metió en política, pero le hizo ver siempre a lo que su conciencia la obligaba. Floreció entonces la Corte española en piedad y en honestas costumbres. Cuando Isabel II—contra su voluntad—reconoció el Reino de Italia, el Padre Claret se apartó de su lado. Volvió de nuevo, por mandato de S. S. Pío IX, y en la hora aciaga del destronamiento, cuando la revolución del 68, fué casi el único que acompañó al destierro a la «Reina de los tristes destinos». El bien que el P. Claret hizo desde este cargo es incalculable, sobre todo para la buena marcha de la Iglesia española.

PRESIDENTE DE EL ESCORIAL.—Mientras ejercía su cargo de confesor real, el Padre Claret desplegaba en Madrid y en toda España—aprovechando los viajes de los Reyes—una actividad apostólica verdaderamente asombrosa. Pero aquel hombre, de portentosa actividad, no parecía conocer el límite. Ahora—sin abandonar sus ministerios—se hace cargo, por voluntad de Isabel II, del Real Monasterio de El Escorial. Era una vergüenza insufrible que aquella maravilla—símbolo no sólo de una España, sino de la eterna España—estuviera en trance de perderse. Veamos ahora su gestión, tal como nos la cuenta su biógrafo:

«No restaban al Monasterio más que una tercera parte de sus fincas, con cuyas rentas apenas podían remediarse las más urgentes atenciones de sus ruinas. Sin embargo, el P. Claret, después de repoblar el Monasterio con una comunidad de capellanes, con un coro de cantores, con un seminario y un colegio, y la conveniente servidumbre; después de procurarse todo el menaje escolar y doméstico que estas funciones requerían, como un gabinete de Física, que costó medio millón de pesetas, una biblioteca moderna de 6.546 volúmenes, ornamentos por valor de 6.000 duros, salones de estudio, de gimnasia y de recreo, dormitorios y clases, 10.000 árboles frutales y muchos otros de adorno; un palomar, con 15.000 nidos, y mil otras adquisiciones, cuya enumeración sería enfadosa; al cabo de un año, ponía a disposición de la Reina un remanente de 20.000 duros. Sin ninguna de estas obras, tenía antes que desembolsar anualmente la Soberana 6.000, para cubrir los gastos a que no alcanzaban las rentas.»

PERSEGUIDO E INFAMADO.—Y este hombre, que no vivió sino para quemar su alma, como un perfumado incienso, en el amor de Dios y del prójimo, fué vesánicamente odiado y perseguido. Es difícil hallar en toda la historia de la Iglesia santo alguno que pueda, en este aspecto, comparársele. Apenas se concibe que pudiera llegar a tan bajo nivel la vileza humana: sátiras de mal gusto, chistes soeces, irreverentes caricaturas, escritos y grabados pornográficos, aireados en artículos de periódicos, en coplas y cantares callejeros, en libelos injuriosos, en textos claretianos calumniosamente falsificados, en caricaturas insultantes y obscenas, en rumores profusamente difundidos. ¡Hasta las cajas de cerillas servían de vehículo indecente a caricaturas y chistes infamantes!

El odio se cebó en él hasta tal punto, que, desterrado en Francia, ni allí pudo encontrar algún sosiego. Anciano y enfermísimo, buscó refugio en la Abadía de Fontfroide. Los monjes le acogieron con caridad edificante. Pero hasta allí alcanzó la saña de sus enemigos. Moribundo y todo, los revolucionarios de Narbona, azuzados por los revolucionarios españoles, quisieron asaltar el Monasterio y arrancarle del lecho en que yacía...

Así murió en tierra extranjera, lejos de la madre Patria—tan amada de él—, confortado con el amor y la presencia de sus hijos y la hospitalidad exquisita de los monjes del Cister. Sobre su sepultura pusieron, como epitafio, justamente las conocidas palabras: «Muero en el destierro por haber amado la justicia y aborrecido la iniquidad.»

Hoy, mientras sus enemigos son polvo estéril y olvidado en el sepulcro, la gloria de Claret resplandece en el cielo y en la tierra. El día 7 de mayo próximo (D. m.), Su Santidad el Papa Pío XII proclamará ante el orbe entero la gloria definitiva de su CANONIZACIÓN.

CUANDO, en la mañana del 25 de febrero de 1934, las campanas de San Pedro, en Roma, repicaban la gloria y el gozo recién nacidos de la beatificación del P. Claret, Su Santidad Pío XI pronunciaba estas palabras: «Tenemos el nuevo Beato..., una figura verdaderamente grande..., apóstol infatigable..., y, además, organizador moderno... Gran precursor de la Acción Católica, casi como es hoy... Particularmente de la prensa... Había comprendido su inmenso valor. Para una maquinaria moderna, para el libro, para el periódico, pensaba ser pocos todos los sacrificios. Y, además, era un escritor muy fecundo... Es una cosa especial, acaso única; el amor a la gran difusión, a los opúsculos, a los folletos, a las hojas volantes...; quería que la prensa llegase a todo y a todos.»

TEJEDOR EN SALLENT.—Nace en Salient (Barcelona), el año 1807. Nace en hogar humilde. Su padre posee un modesto telar. En él trabaja Antonio de muchacho y es hábil obrero. Es, sobre todo, ejemplar cristiano. Lo son sus padres, con aquella fe recia y aquella piedad ungida de las antiguas familias españolas. A los cinco años—cuenta su autobiografía—era para él una honda preocupación el problema de la eternidad. Esta palabra y su sentido le desvelaban congojosamente. Aquí tuvo principio su santidad y su celo apostólico: salvar el alma, salvar las almas.

A los veintidós años pensó en la Cartuja. Pero no había nacido él para el sosiego. Se le revela ahora su vocación sacerdotal. Quería ser sacerdote, pero andariego, apóstol caminante, misionero entre infieles. Luego, jesuita, para mejor lograrlo. Fué novicio en Roma. Por poco tiempo. La voluntad divina le marcaba otros rumbos.

Por derecho propio es llamado el P. Claret «Apóstol de Gran Canaria». También en aquella isla floreció el milagro. Por espacio de un año, la recorre toda sin dar paz al cuerpo ni al espíritu. Tal fué la siembra, que hasta ahora dura.

SACERDOTE Y MISIONERO.—En su España le quería Dios. Empezó siendo párroco cuando lo era el de Ars, San Juan Bautista Vianney. Empezó en Viladrau, haciendo maravillas. Pero llevaba demasiadas brasas en el pecho, y los pies se le movían como alas. Los caminos eran para él invencible incentivo. ¡Había tantas almas que salvar...! No hay en toda Cataluña senda que él no hollase en aquellos siete años de apóstol peregrino. Caminaba a pie, bajo el sol inclemente, e bajo la lluvia, azotado de cierzos, o entre celliscas, por campos nevados, con la humilde sotana y un grueso capote—viejo y limpio—para todo tiempo. En una mano, una pértiga daba seguridad a sus pasos, y en la otra, un amplio pañuelo anudado portaba pobremente sustento y ajuar. Luego, la predicación encendida y avasalladora, las iglesias abarrotadas, las conversiones sin cuento, los milagros, los pueblos corriendo tras él.

ACTIVO PROPAGANDISTA.—Por ahora hace el Beato Claret algunas fundaciones. Primeramente, la Librería Religiosa, en Barcelona. Quería inundar a España de libros y folletos. Para las almas sencillas y para las mentes cultivadas. Difundir la verdad de Dios en todos los estilos. Pongamos algunas cifras: el primer año edita 127.000 volúmenes. En los ocho meses siguientes, 200.000. Luego, cada año, no bajaba del medio millón. En los diecinueve años primeros alcanzó la cifra de 9.569.800 ejemplares. La mayor parte de ellos los distribuía él. Por supuesto, gratis. Era un enamorado de la propaganda. Cuando arzobispo y confesor de la Reina, dedicaba a ella anualmente, de su propio peculio, unas 50.000 pesetas.



MARIANA DE QUITO

LA AZUCENA CRIOLLA QUE ROMA VA A CANONIZAR

Por AUGUSTO ARIAS



En el Quito del siglo XVII —31 de octubre de 1618— nace Mariana de Jesús.

Por las veredas de Quito de hace tres siglos, que contrastaban su tono casi agreste con las primicias de la flor de piedra de sus fábricas religiosas, en este solar de virreyes y de oidores, de encomenderos y escribanos, transitaba Mariana de Jesús, en su breve viaje desde su casa, cobijada por el Arco de la Reina, hasta la iglesia jesuítica, en cuyas naves se tendían, con un realismo de fuego, los lienzos de Hernando de la Ribera.

Mariana no fué monja de celda clausurada. Se daba al cilicio, pero sabía sonreír en el concierto del mundo. Curó heridas físicas y remedió enfermedades espirituales. Su carne estaba rota por la disciplina, pero milagrosamente aparecía en su faz el color de la salud y del bienestar. Amasaba pan para los pobres y servía en la mesa de sus familiares. Sentíase así en una más dulce comunicación con los suyos y con los menesterosos. Las palabras de San Agustín cobraban en

tonces en su pensamiento la seguridad lograda de lo que se ofrece a los otros, dejando en el que da una complacencia mayor que la de la posesión o el regalo.

Una vez quiso ser misionera, ir hacia el Oriente para regar fe en las almas broncas de los infieles, y en otra se sintió atraída por la soledad eremitaña para consagrarse al culto de la Virgen del Pichincha.

En esa época propicia al saber de clerecía y al cultivo de «la ciencia del alma» se atribuye, sin embargo, al decrecimiento de la fe, según el acento profético de los oradores de entonces, el flagelo de las epidemias y el largo bostezo del viejo Pichincha. En tal escena Mariana pone la nota de su claridad. Es la primera alfabetizadora. Su bondad comunicativa se distingue por un ingénito don de magisterio, y le acompañan, por el dulce imán de su palabra, sus sobrinas Juana y Sebastiana y las sirvientes de su casa en las procesiones que organiza para pasear la imagen de la Virgen de Loreto y para llevar a cuestras los maderos de cruz en una enamorada imitación de Cristo. Mariana enseñó el alfabeto y la doctrina cristiana, pero más la verdadera lección del amor al prójimo y del consuelo al desvalido.

La quiteña sabe además de la pulcritud de la letra. Es seguro que fuera una lectora constante. Escribiría algunas páginas que destruyó después, respetuosa de la palabra. Admiró a la doctora de Avila, y uno de los ejercicios más de su gusto fué el de seguir a Teresa, asida del cordón de la guía carmelitana, por las moradas de cristal del conocimiento y la santidad, en busca de la rosa perfecta a cuya vista ya no pudo expresarse más en lengua humana el divino terceto del Dante. Como ella, floreció en alegría rutila, mientras se dolía del pesar o de la negación de los otros. Como la Santa de la pluma valerosa y fina, desgarrada y subjetiva, pintoresca y devota, Mariana también quiso llamarse de Jesús; pero en la propia confesión, por humilde conciencia, rompió la pluma de gavilán del siglo antiguo, quebró el acento que le parecía sin color, dejó temblando en el aire su voz de piedad para los hombres, y su coloquio, sin palabra, con los ángeles.

Glosaba la guitarra para acompañarse en los cantos religiosos por ella misma compuestos, acaso romances a la Eucaristía y al Jesús niño, villancicos y oraciones que buscaban la rima del antifonario.

Se hacen por ella los extraordinarios perfiles del milagro. En la edad infantil se levanta del río de su hacienda de Granobles, a cuyas aguas cae, resbalando de una piedra, y como sólo ocurriera con Jesús, marcha sobre la corriente. Salva de la muerte a una india que la invoca fervorosamente. Las golondrinas esquivas acuden a picotear migas de pan en sus manos angélicas. Interviene en favor de los menesterosos. Cuando ha muerto, se desprende un suave aroma de su fétro de virgen. Los poetas de la colonia dicen su elogio en verso latino y castellano y el quiteño José Murillo escribe su vida en «rima azucénica», al tiempo en que el padre Morán de Butron fija la fama de sus virtudes. El padre Alonso de Rojas acierta a definirla en una frase de versículo: «Largos siglos de santidad en breves años de vida.»

Pero no es menos eficaz el milagro de la persuasión cotidiana, el servicio suavizante, el agua de la caridad samaritana, el lienzo con el cual, nueva Verónica, copia, libre del sudor de sangre de la tierra, la faz del espíritu, que se liberta gracias a su ayuda.

No hay en Mariana de Jesús falsa humildad de tercias reclusiones ni se evade de la fiesta del mundo por temor o por disgusto. La operación del desposamiento es en ella corriente, natural, de satisfacción como predestinada y fácil. En las noches de los viernes se ata, pendiente de la alta cruz que en un ángulo del patio familiar se platea con la fuga de los últimos luceros, para aprender a morir, pues nada merece y todo quisiera dar por sus hermanos. Despoja de adornos su aposento. Sólo el pequeño altar mira a su cama dura. Cadenas, disciplinas y cilicios se bañan de su tibia sangre. Con las tijeras de acero corta el pabito de la vela colonial que proyecta la sombra del ataúd que retiene la forma de su cuerpo yacente, envuelto en el sayal franciscano.

Tiempo de asolaciones y fieros males para repetir la imagen del clásico español aquel por el que atraviesa Mariana de Jesús. Decece la fe y se rompen las ramas de la esperanza. La caridad es un corazón vacío apuñalado por la soberbia. Y como en la víspera de todos los tiempos, al lado de la fatuidad de los nobles está el rencor de los plebeyos, y si puede esculpirse en piedra la sordera de los poderosos, no es raro que las lágrimas de los oprimidos se cristalicen en agujas de cólera. El Pichincha ha levantado de nuevo su cabeza y la ciudad de Quito se agita en una oblicua sacudida. Mariana eleva su alma a Dios desde su ángulo de oración de la iglesia de la Compañía. Y ofrece su vida a cambio de la salud de los quiteños. De la sangre de su penitencia ha nacido la azucena trifolia en el jardín de su casa. Quito será desde entonces la ciudad sin caída y el retablo guardará las cenizas salvadas de la Santa Mariana.

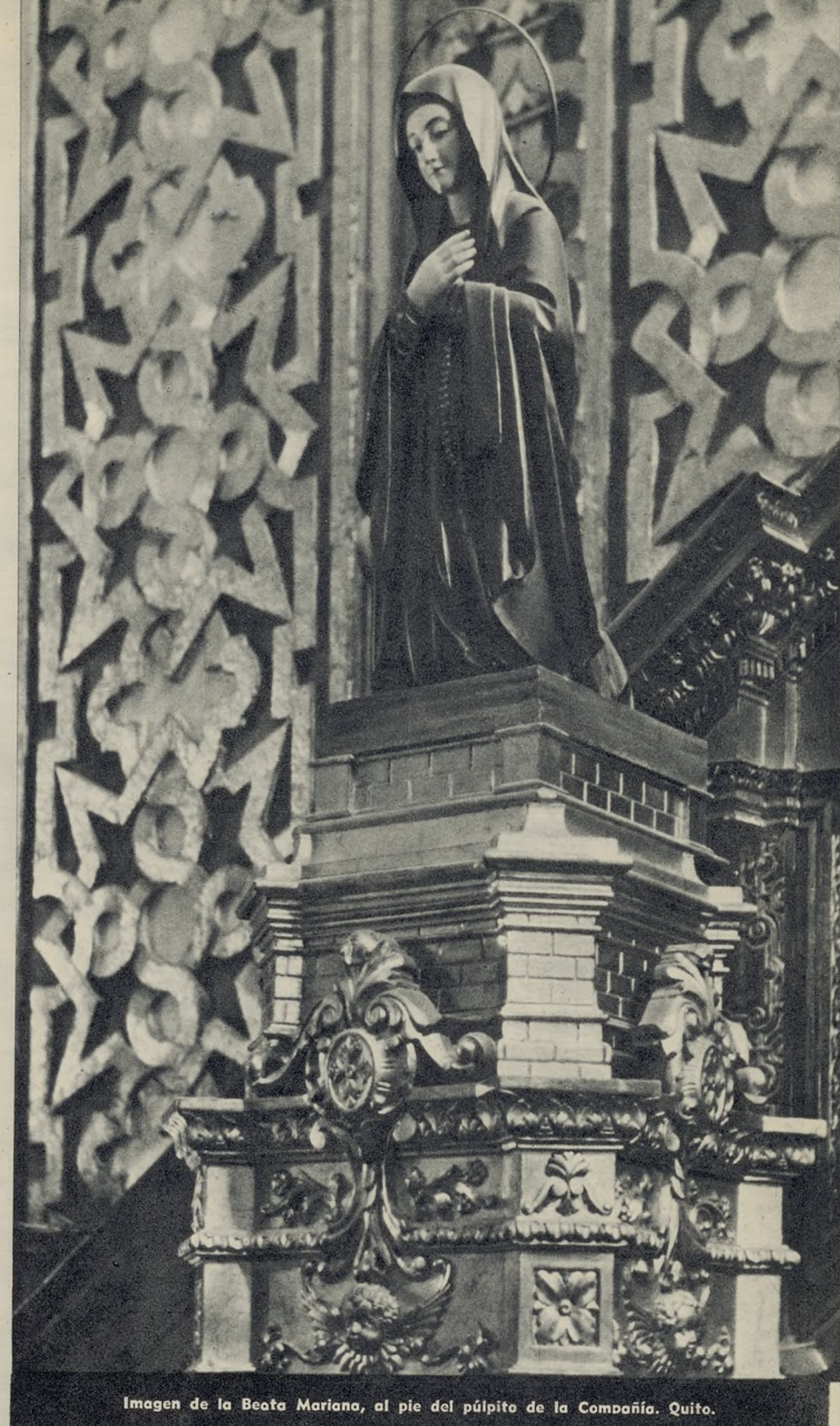


Imagen de la Beata Mariana, al pie del púlpito de la Compañía. Quito.

En la próxima Pascua, el Padre Santo, Pío XII, va a proclamar la canonización de la Beata Mariana de Jesús, santa doncella quiteña del siglo XVII, llamada la «Azucena de Quito», proclamada recientemente en su país, de manera oficial, «heroína nacional del Ecuador». La nueva santa, hija criolla del capitán toledano don Jerónimo de Paredes, fué una flor de Cristo en la América recién descubierta y cristianizada por España, mística azucena de Quito, que recuerda mucho a otra flor hispanica, Santa Rosa de Lima. Confinada en su casa solariega, entregada a los arrobos, la penitencia y la caridad, la «beata Marianita», como fué llamada durante su misma vida, atrajo desde el momento de su muerte la veneración de sus paisanos, que ven en ella la celestial protectora de Quito contra los terremotos, puesto que ofreció a Dios su vida por salvar a su ciudad. Carlos III, Rey de España y de las Indias, inició como regio protector la causa de beatificación de la virgen quiteña. Isabel II, Reina de España, tomó también bajo su patronato la causa, que llegó felizmente a la beatificación en el siglo pasado. Últimamente, a petición de las Damas Ecuatorianas, el Jefe del Estado español, Generalísimo Franco, ha auspiciado también la canonización de la gloriosa bienaventurada de nuestra estirpe, hija de España y orgullo del Ecuador. El día ya próximo de la glorificación de la «Azucena de Quito» Mariana de Jesús va a ser día de júbilo para su patria ecuatoriana, pero también para la Madre España y para todos los pueblos de la Hispanidad.



A la izquierda: La casa solariega de la Beata Mariana, dentro del Carmen Alto de Quito.—A la derecha: Jardín de la Beata, en el claustro del citado Carmen Alto.



Su Santidad el Papa ora ante la imagen de la Beata López y Vicuña, en la Basílica de San Pedro, el mismo día de la beatificación.

MADRE TORRES-ACOSTA



En la plaza madrileña de Chamberí tienen en la actualidad su Casa Madre las Religiosas Siervas de María. Madrileña ha sido la fundadora de esta piadosa institución y en el corazón del castizo barrio de Chamberí nació la Congregación para dedicarse a una de las más difíciles y piadosas misiones humanas, como es la asistencia a enfermos en los propios domicilios.

Es el día de la Asunción de Nuestra Señora (15 de agosto de 1851) cuando el virtuoso párroco de Chamberí, un joven sacerdote aragonés, don Miguel Martínez Sanz, tuvo la feliz idea y celeste inspiración de fundar la Institución de las Siervas de María, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Salud, que sería invocada como Madre y Patrona de la nueva Congregación con el título inequívoco de «Salus infirmorum».

Siete jóvenes aspirantes, en memoria de los siete Dolores de la Madre de Dios, son las que se congregan inicialmente en torno al benemérito sacerdote de Chamberí. Pero entre ellas está Bibiana Antonia Manuela Torres Acosta, que no es aún más que una joven fervorosa y llena de anhelos de santidad, pero que por ella iba a cumplirse en la naciente Congregación la parábola evangélica del «grano de mostaza que un hombre sembró en su campo». Entre aquellas siete primeras Siervas de María está ya la «mujer fuerte» que iba a convertir la semilla sembrada por el párroco de Chamberí en «árbol frondoso en cuyas ramas vendrían a posarse las aves del cielo». Entre aquellas siete mocitas madrileñas, dispuestas a sacrificar su juventud y ofrecer su vida a Dios por el alivio de los que sufren, está la que al recibir el hábito toma el nombre de Madre Soledad, con el que realizará toda su obra y ahora acaba de subir a los altares.

Sólo cuatro años después de aquella primera fundación, y con motivo de ausentarse de Madrid el párroco de Chamberí, a quien su vocación y celo apostólico lleva al Golfo de Guinea, recibirá la Madre Soledad Torres Acosta, con sus buenos treinta años, el difícil cargo de dirigir aquella naciente Congregación.

Y ahora, en este Año Santo de 1950, en que ha sido solemnemente beatificada la Madre Soledad Torres Acosta, la capital de España se siente orgullosa de contar entre sus hijos a esta sierva de Dios, delicada y humilde criatura, que alcanzó casi en nuestros días excelsa santificación por haber consagrado su vida heroica a cumplir una de las más bellas obras de misericordia: la de curar y asistir a enfermos.

La Madre Torres Acosta había nacido en el número 3 de una calle tan cas-

tiza como la de la Flor Baja, el 2 de diciembre de 1826. Cortada la calle años después por la apertura de la Gran Vía, la casa en que naciera la fundadora quedó en pie y existió hasta que, hace unos cuantos años, fué derribada para construir el bloque de nuevos edificios en que hoy se encuentra el hotel Emperador.

Pronto la Institución gobernada por la Madre Soledad empezó a prosperar, gracias a sus desvelos, que el cielo empezaba a bendecir. Pese a su escasa salud, la fundadora se ocupa de los cargos más difíciles. Al mismo tiempo que cuida personalmente de los enfermos, adiestra a las novicias para cumplir su difícil misión y funda nuevas casas en distintas ciudades de España.

En el año 1874 van a Ultramar las primeras Siervas de María. Un año después se funda la primera casa en Santiago de Cuba, a la que siguen otras en distintas capitales de la isla y en otros diversos países.

La nueva Congregación fué aprobada por tres Papas. Primero, por Pío IX, que le dio los decretos de Alabanza en 1867 y de aprobación del Instituto. Después, Su Santidad León XIII aprobó definitivamente las Constituciones. El Sumo Pontífice Pío X la enriqueció con muchos privilegios, indulgencias y jubileos. El 13 de abril de 1913 la Sagrada Congregación de Religiosos aprobó la ampliación de las dichas Constituciones y, por último, en diciembre de 1921, la misma Sagrada Congregación las adaptó al Derecho Canónico.

En la actualidad el Instituto de las Siervas de María se compone de cien casas, una residencia para la tercera Aprobación, cinco noviciados y cuatro escuelas apostólicas, además de una escuela de enfermeras. Está dividido el Instituto en casa general en Roma y casa madre en Madrid. Las demás casas están repartidas en la provincia de Madrid, provincia de Andalucía, provincias de Castilla y de Cataluña. Tiene asimismo casas en París, Marsella, Biarritz, San Juan de Luz. También tiene varias en Inglaterra y las tiene en Estados Unidos, las Antillas, Argentina y otros países.

Tal es la enorme difusión que alcanzó la fundación de la Madre Torres Acosta, a pesar de que ella moría en Madrid el 11 de octubre de 1887, es decir, a los cincuenta y un años. Pero la familia espiritual por ella fundada en Chamberí continúa su obra de apostolado para bien de la cristiandad.

La reciente beatificación en Roma de la Madre fundadora de las Siervas de María llenará de gozo a sus hijos, esparcidos por tan diversos países, y les comunicará nuevos impulsos espirituales para continuar con fe y abnegación tan piadoso apostolado.



PRIMERA fecha.—22 de marzo de 1847. Un suceso, en apariencia, corriente: acaba de nacer una niña, hija del abogado don José María López y Sanz y de doña Nicolasa de Vicuña, dama con escudo heráldico en su palacio solariego de Estella.

Pero aquella niña, de ojos azules, blanco color y cabello dorado, había sido elegida por Dios para llevar a cabo una obra excepcional, tanto en virtud como en heroísmo, piedad y amor al prójimo.

Pusiéronle de nombre Vicenta María Deogratias Bienvenida. A los dieciocho meses, un día que su niñera la llevó a la iglesia del pueblo, se desprendió de sus brazos para caer de rodillas ante uno de los altares, impulsó secreto y acto revelador de su destino.

Crece bonita y revoltosa, muy charlatana y lista, y aprende rápidamente a escribir y leer. Vicentita, cuando tiene seis años, sabe ya la Historia Sagrada y el Catecismo.

A los once años es enviada a Madrid para completar su educación. Los tíos de la pequeña navarra—el gentilhombre de Su Majestad don Manuel de Riega, y su esposa, doña Eulalia de Vicuña—serán sus segundos padres. La tía Eulalia tiene carácter decidido y enérgico y se ocupa muy principalmente en asuntos de caridad. A su lado, Vicentita se va formando en la disciplina, la piedad y la vocación.

La tía Eulalia visita pobres, enfermos y presos, para llevarles limosnas, consuelos y palabras evangélicas, acompañada siempre de la sobrinita, que ya, por su parte, había creado en Carabanchel la Cofradía del Rosario entre las niñas del suburbio, organizando comuniones generales y fiestas religiosas.

La obra predilecta de doña Eulalia es «La Casita». Un hogar sostenido por ella, donde recoge sirvientas sin colocación, enfermas o convalecientes, sin familia ni apoyos en Madrid, mientras se reúnen y encuentran nuevo empleo. Muchachas jóvenes, acechadas por los mil peligros de la gran ciudad, que hallan en «La Casita» un honesto refugio. La niña Vicenta se aficiona con apasionamiento y vehemencia en la obra de su tía.

Segunda fecha.—11 de junio de 1876. Viuda doña Eulalia y de veintiocho años su sobrina, ésta realiza su primera fundación. Haciendo un solo piso de la vivienda familiar y «La Casita», nace el primer hogar religioso de las Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico. Las Constituciones de la nueva Orden fueron escritas por la fundadora inspirándose en las de la Compañía de Jesús.

Hasta este momento, la Madre Vicenta María tuvo que pasar un laraz y

MADRE LÓPEZ Y VICUÑA

penoso calvario. A los diecinueve años había consagrado su virginidad a Dios. Había vencido, antes y después, vanidades, acechanzas del mundo, obstáculos humanos y dudas divinas. Y había mantenido una esforzada y dramática lucha con su padre, opuesto con exasperación y arrogancia vehemencia a la llamada vocacional de su hija, ilusionado con verla casada y sentirse rodeado de nietos.

Pero Vicenta María venció en todo. Lleva ya su hábito, diseñado por ella misma para sí y para sus Hijas, y la naciente Orden recibe la sanción aprobatoria de S. S. León XIII, en 1888.

La Congregación prospera contra vientos y mareas, contra graves problemas económicos y poderosos inconvenientes de toda índole. La Madre Vicenta, impulsada por una fuerza sobrenatural, da cima a las Fundaciones de Zaragoza, de Sevilla, de Barcelona, de Burgos...

En sus andanzas, trabajos y sacrificios, adquiere una enfermedad penosa y mortal. Y el 26 de diciembre de 1890, a los cuarenta y tres años, entregó a Dios su alma pura en aroma de santidad. El cuerpo de la madre se conservó incorrupto e inasequible a los estragos de la descomposición de la materia.

Tercera fecha.—19 de febrero de 1950. Asciende a los altares la Beata Madre Vicenta María López y Vicuña. Aun no se ha cumplido un siglo desde que nació, para la geografía de la religión católica, un nuevo mundo de caridad y amor al prójimo, cuyos primeros balbuceos se inauguraron en una casita madrileña de la calle de Cañizares. Pero la Obra de la Madre ha proliferado ya en gigantescos frutos. Treinta y tres casas en España, dos en Francia, dos en Inglaterra, tres en Italia, una en África y quince en América. En todas ellas, con un promedio constante de veinte mil muchachas recogidas, las chicas de servir encuentran hogar, protección y cariño en sus enfermedades, convalecencia y vicisitudes de trabajo.

Y allí, además, se les instruye en las labores de su oficio con clases de cocina, costura, lavado, planchado y puericultura; reciben educación religiosa y se preparan, en fin, para ser buenas obreras del hogar, esposas y madres si llega el caso; incluso tomar un hábito cuando la vocación lo decide.

Los ojos color de cielo de la Madre Vicenta vigilan su grandiosa obra desde la gloria del Señor. Navarra y España tienen una nueva santa.





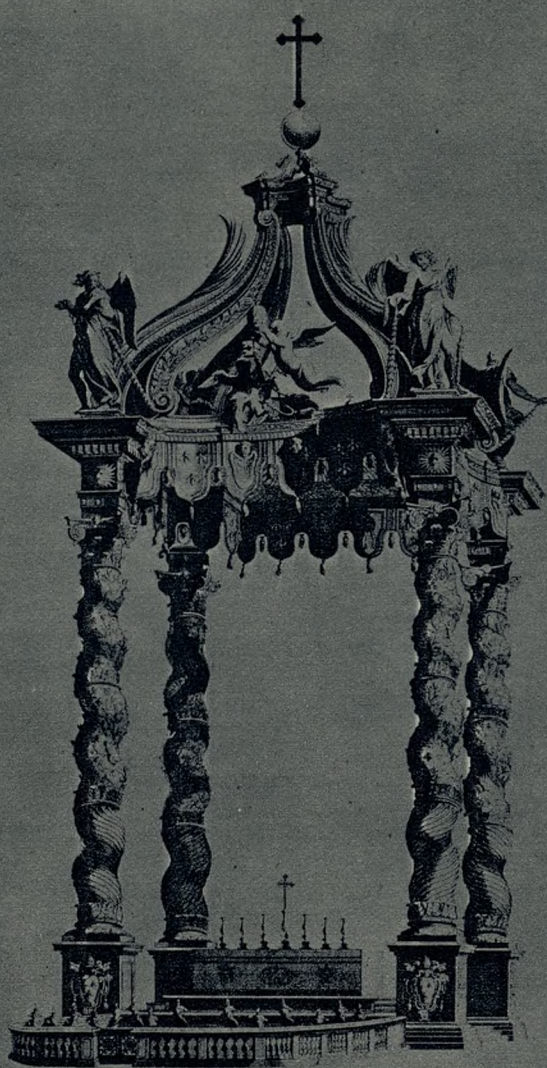


DE LA VIRGEN DEL ROSARIO, DE MURILLO, EXISTE UNA REPLICA —LLAMADA «MADONNA GITANA»—, OBRA TAMBIEN DEL CITADO PINTOR ESPAÑOL, EN LA GALERIA CORSINI, DE ROMA.



*A "Mundo Hispánico" con mis
mejores votos por su labor cultural.*

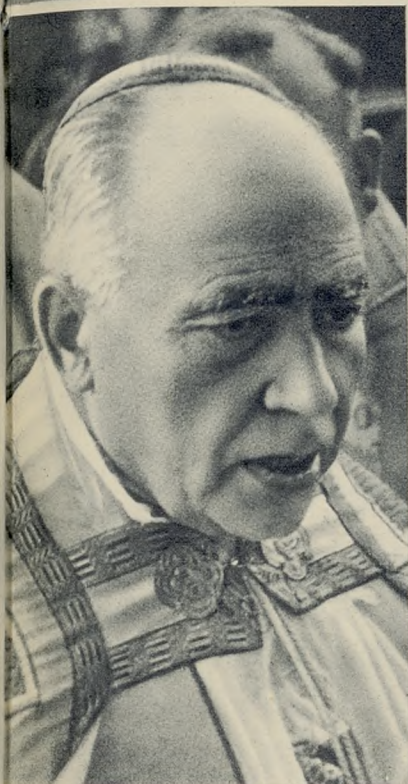
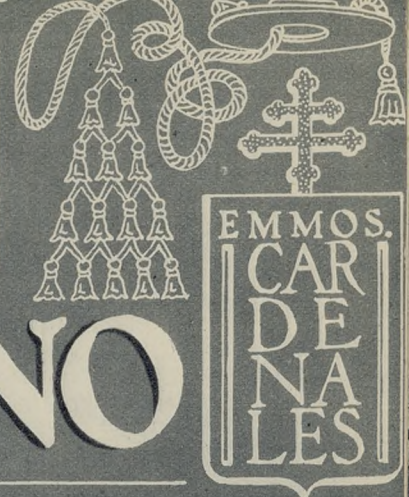
J.B. Montini



Domenico Fardini

14 Marzo 1950

HIERARQUIA del CATOLICISMO HISPANOAMERICANO



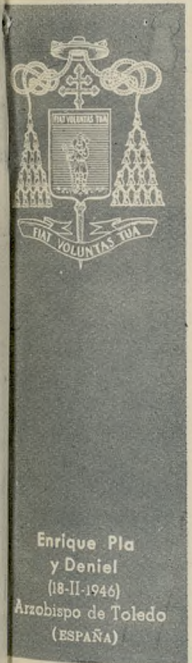
Pedro Segura Sáenz
(19-XII-1927)
Arzobispo de Sevilla
(ESPAÑA)



Santiago Luis Copello
(16-XII-1935)
Arz. de Buenos Aires
(R. ARGENTINA)



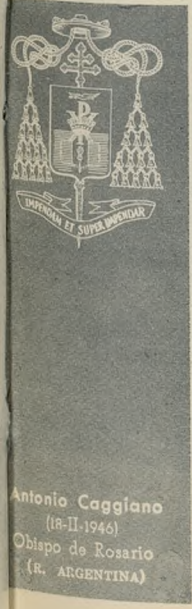
José María Caro Rodríguez
(18-II-1946)
Arz. de Santiago
(CHILE)



Enrique Pla y Deniel
(18-II-1946)
Arzobispo de Toledo
(ESPAÑA)



Manuel Arteaga y Betancourt
(18-II-1946)
Arz. de La Habana
(CUBA)



Antonio Caggiano
(18-II-1946)
Obispo de Rosario
(R. ARGENTINA)



Juan Gualberto Guevara
(18-II-1946)
Arzobispo de Lima
(PERU)

A invitación de la revista "Mundo Hispano" saludo y envío mi episcopal bendición con motivo del Año Santo a la pueblo católico de Hispano-América
Manuel Arteaga
Arz. de La Habana

MUNDO HISPANICO agradece vivamente a los eminentísimos Cardenales y reverendísimos Primados de Hispanoamérica que honran esta página y las dos siguientes, las dedicatorias autógrafas que han tenido la amabilidad de otorgarnos.

Nuestros Peregrinos van a Roma, en el Año Santo, en busca de los tesoros espirituales que el Santo Padre les ofrece, para traerlos convertidos en bendiciones del Cielo para nuestro amado Chile.
+ José María Caro Rodríguez
Arzobispo de Santiago de Chile
18 de Enero del 1950

Para todos los católicos de España e Hispanoamérica, por intermedio de la prestigiosa revista "Mundo Hispanico", con mis más fervientes votos para que en este Año Santo, pueda de gracias y consuelos para la humanidad angustiada y preciosa venturosa de una nueva era en la que brille la paz, se unan con sus fuertes brazos los pueblos que integran la gran familia hispanoamericana, bajo los auspicios de la caridad de Cristo.
Lima, 6 de enero de 1950, fiesta de la Epifanía del Señor.
Juan Gualberto Cardenal Guevara
Arzobispo de Lima



Anibal Mena Porta,
arzobispo de Asunción. — Primado
de Paraguay.

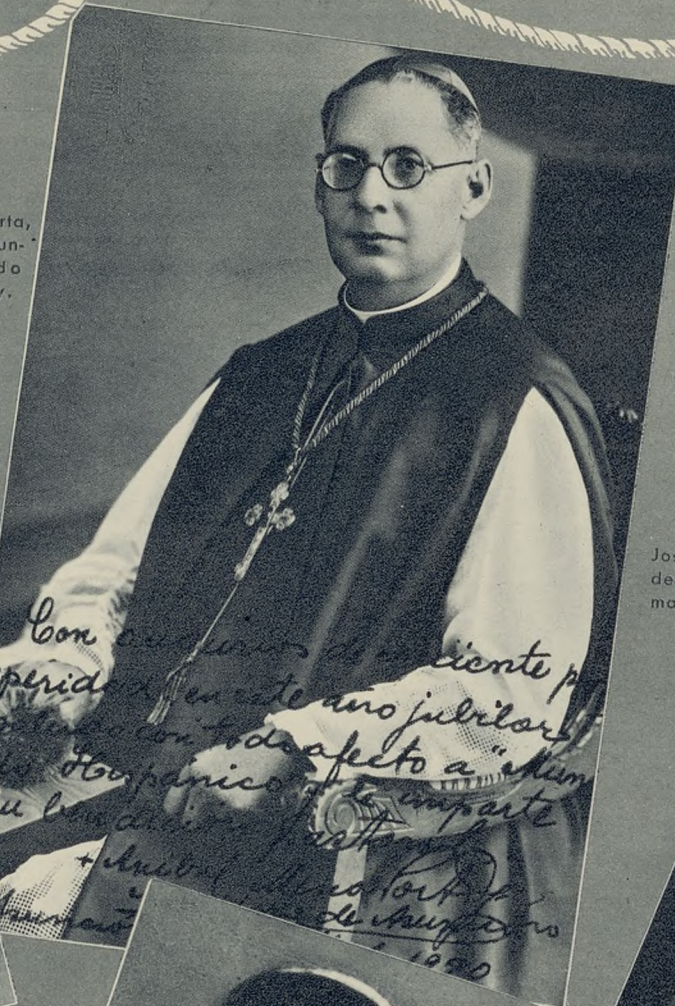
*Con la unión por la
preciosa Reunión
de la Madre y el hijo
+ Luis Ch. Pérez
D. de la...*

Luis Chávez González, arzobispo de
San Salvador. — Primado de El Salvador.

*Que el año Santo extienda más y más
los vínculos de religión y cultura
entre los pueblos hispano-americanos
+ Francisco Beckmann
Arzobispo de Panamá*



Francisco Beckmann, arzobispo
de Panamá. — Primado de Panamá.



José Turcios, obispo
de Tegucigalpa. — Pri-
mado de Honduras.

*Con la unión de los doscientos p
peridos en este año jubilar
de la Hispanidad a "Mun
de Hispania" y a parte
de la Unión de Hispanos
+ Luis Ch. Pérez
D. de la...*



Gabriel M. Reyes, arzobispo de
Manila. — Primado de Filipinas.



José Antonio Lacayo y
Ortega, arzobispo de
Managua. — Prima-
do de Nicaragua.



Carlos María de la Torre,
arzobispo de Quito. —
Primado de Ecuador.



Abel Anteña,
arzobispo de La Paz. — Pri-
mado de Bolivia.



Ismael Perdomo,
arzobispo de Bogotá. —
Primado de Colombia.



Lucas G. Castillo, arzobispo de
Caracas. — Primado de Venezuela.



Ricardo Pittini, arzobispo
de Santo Domingo. —
Primado de la
R. Dominicana.



Antonio María Barbieri, arzobispo de
Montevideo. — Primado de Uruguay.



José Antonio Lacayo y
Ortega, arzobispo de
Managua. — Prima-
do de Nicaragua.



Antonio María Barbieri, arzobispo de
Montevideo. — Primado de Uruguay.

REVD MOS. PRIMADOS

Y A no sólo desde el terreno de las realizaciones sociales del nuevo Estado español, sino desde el plano de la iniciativa privada, el esfuerzo hecho por el catolicismo en España para elevar el nivel medio de la formación religiosa del pueblo y multiplicar los instrumentos de apostolado es realmente extraordinario, sin que tenga precedentes en la historia del país. Un movimiento juvenil de inquietudes apostólicas, de hondo fervor religioso, de piedad sólida y creciente, se respira en la vida escolar y universitaria y se proyecta en la fábrica y en el taller. El joven obrero español de hoy ya no se parece en nada al de antaño, maleado desde su infancia por doctrinas corrosivas y prejuicios de lucha de clases. Gracias a los planes educativos de los Centros o Escuelas de Formación Profesional y Preaprendizaje, en los que la preparación del aprendiz está saturada de espíritu religioso y patriótico, el futuro obrero de España no puede presentarse más halagüeño. Los 4.000 aprendices que cursan sus estudios en las Escuelas Salesianas y las decenas de millares de pequeños acogidos en esta clase de Centros de formación profesional obrera, por los Jesuitas, los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los Patronatos de Acción Católica, no son más que el comienzo de los grandes planes con que los católicos españoles se han lanzado a una obra tan importante, que encuentra el más decidido apoyo oficial. Complemento de esta empresa son las Hermandades Obreras Católicas, los Institutos Sociales Obreros, para la formación de dirigentes, y las Escuelas Sociales Sacerdotales, creada, la primera, a iniciativa del actual obispo de Málaga, Dr. Angel Herrera Oria, con el fin de formar sacerdotes para el apostolado social. Todo esto, aparte de los Seminarios de Estudios Sociales que sostiene la Acción Católica española, a base de destacadas figuras de la investigación sociológica, y de las famosas Semanas Sociales de España, que cuentan ya con medio siglo de existencia, y que, después de fundadas, habían de ser imitadas por los sociólogos cristianos de otros países.

Los Patronatos creados en Córdoba, Valencia, Málaga y otras diócesis para ayudar a la solución del problema de la vivienda, mediante la construcción de casas de renta reducida, son cada vez más numerosos, y el ensayo, que han llevado a cabo con éxito, demuestra las enormes posibilidades y el entusiasmo con que la Iglesia y los católicos españoles se han dedicado, en estos últimos años, a una acción social amplia y profunda, que abarca desde la beneficencia hasta el apostolado por radiodifusión. Así, hoy existen unas 12.000 fundaciones benéfico-privadas, la mayoría de las cuales están regentadas por religiosos, y los sacerdotes, religiosos y religiosas tienen a su cargo también las de carácter público u oficial, en las que ejercen una acción de apostolado cada vez más admirable, frecuentemente premiada por el Gobierno y otras Corporaciones públicas. Esta misma influencia se hace sensible en los Patronatos de Protección a la Mujer, de Protección de Menores y en los Tribunales Tutelares.

Las grandes misiones diocesanas, en las que se movilizan centenares de religiosos y sacerdotes, constituyen todos los años renovados testimonios de fervor popular. Gracias a la obra «La Voz de Cristo en las Empresas», los obreros pueden escuchar todos los años la llamada a la oración y a la penitencia durante el tiempo cuaresmal. Y pasa de varios millones el número de niños de obreros que han desfilado por las catequesis parroquiales o auxiliares en estos últimos años.

Sin embargo, las obras más ricas en frutos y de mayor eficacia han sido las de los Ejercicios espirituales para obreros y la de la recristianización de los suburbios de las grandes ciudades. Solamente en Asturias, y para los trabajadores de las minas, funciona todo el año una Casa de Ejercicios, por la que han desfilado ya varias decenas de millares de ejercitantes, a quienes esta obra se encarga de gestionar económicamente todo lo necesario para ellos y sus familias mientras duran los días de retiro.

En cuanto a la obra de suburbios, es demasiado importante para reducirla a pocas líneas. Baste decir que en diez años se han creado en el cinturón de Madrid 30 nuevas parroquias, dotadas de toda clase de obras auxiliares y servicios, como escuelas, talleres, dispensarios médico-farmacéuticos, refugios, roperos, comedores, etc., donde reciben educación, trabajo y asistencia gentes modestísimas, que antes vivían en el abandono y en la miseria. Esta empresa está asistida por las Hermandades profesionales católicas y la Acción Católica en general, que auxilia a la jerarquía eclesiástica en las tareas especializadas. Destacan en tan magnífica labor las Hermandades de Médicos y Farmacéuticos de San Cosme y San Damián y la de Enfermeras «Salus Infirmorum», que prestan sus servicios gratuitamente en clínica y domicilio y facilitan también gratis los medicamentos, por costosos que sean. Un Secretariado Nacional de Caridad y varios diocesanos centralizan estas atenciones y llevan un fichero para evitar posibles fraudes en la prestación de la caridad. Sólo el Secretariado de Madrid ha invertido, procedente de las colectas entre los fieles madrileños, más de treinta millones de pesetas para cubrir las necesidades de los suburbios, donde se han construido ya 14 templos, se han creado 137 escuelas y se han montado 44 talleres de aprendizaje y confección.



Niños de los suburbios madrileños, acogidos a «Auxilio Social», hacen su primera comunión.

MIENTRAS la mayoría de las naciones esclavizan el espíritu, sometiénolo a la materia, dando un sentido temporal a la existencia, España se descarna y ahila, subiendo a las regiones altas de luz de un amanecer eterno. Nuestra hora presente es de amanecer. Buscamos lo ingrátido del aire para meternos en los resplandores de un sol que jamás se apaga. España ha sido espíritu siempre. Lo ha sido en la Teología, en la Filosofía, en el Derecho, en las gestas históricas, en la vida. A España le pesa la carne y el sentido. Huye del fardo de las concepciones dimensivas. No concibe sino la recta ascendente. Ese fué su ideario en San Isidoro, en Juan de Torquemada, en Juan de la Cruz, en Juan de los Angeles, en Malón de Chaide, en San Ignacio. La tradición se mantiene vital. El esfuerzo, en todo su potencial ascético. El hito, en la contemplación divina.

Nación espiritualista España, había de serlo en sus fuentes escriturarias y teológicas. Por eso, renueva España su tendencia espiritualista, organizando Semanas escriturarias y teológicas, a las que acuden los mejores pensadores y donde se estudian todas las cuestiones exegéticas y dogmáticas desde todos los terrenos: hermenéuticos, arqueológicos, históricos. Mientras la vulgaridad científica busca nuevas fuentes, alumbra nuevos venenos en la esencia de uno mismo para explicar los fenómenos místicos, la razón española se adentra por los vergeles de la Escritura, donde crecen las flores del misterio, y no hay más sino cogerlas. La Teología las compone, ordena y sitúa en su lugar. Por eso el espiritualismo español es permanente y se acrece en el correr del tiempo. Por eso la vitalidad espiritual de España vive pujante. Y si por un momento histórico lo penumbra las negaciones, se levanta con más fulgor y fuerza, como el sol tras la tormenta.

Las Universidades y Escuelas teológicas mantienen el rescoldo. Nos encontramos otra vez en nuestro camino. Profesores y alumnos respiran el mismo espiritualismo, fenómeno que no se da sino en España. España, que resistió la invasión del Renacimiento, alforjado de viandas pingües, y el luteranismo, asociado a Baltasar y Baco, no había de ceder su florido carmen a la pestilencia existencialista o a la tabla pitagórica. Su solar es el de las águilas. Vive arriba, cerca del cielo, del azul del cielo. Por eso se da en España el milagro de tantas vocaciones religiosas y sacerdotales. Llenos están los Seminarios, Escuelas y Noviciados de jóvenes que se entregan alegremente a renunciamentos y soledades, que sólo el espíritu puede sobrellevar. Entre esa juventud figuran los llamados de «vocación tardía»; robustos manebos que cargados de laureles universitarios, van a depositarlos a los pies del Señor, tomando su cruz para seguirle al reino de las contradicciones, al tribunal de los esbirros, al calvario de los ajusticiados. Roma, Lovaina, Friburgo de Suiza conocen a estos iluminados españoles, que mantienen el prestigio tradicional de España, en lo espiritual, frente a las «nuevas cristiandades mariténistas y al «progresismo comunistoide» de los enamorados del nihilismo.

El ascetismo y misticismo hispánicos recobran su viejo ritmo cenobita con la restauración y poblado de los monasterios, que fueron antes asilos de sanos pensamientos y virtudes heroicas y que las revoluciones los convirtieron en gloriosas ruinas para mostrárselas a los extranjeros. Bulle en aquellas celdas restauradas el sacro silencio de la codicia espiritual, y se despliega el sentido de lo místico en la salmódia alegre y regocijada, recitada en los templos. Los encapuchados monjes abajan el cielo hasta sus rincones y lo registran, como el ojo del astrónomo las estrellas. Aristócratas regalados y labriegos pardos visten cogullas amplias y oscuras y se dan a los martirios con la sed del que dijo: «Quiero disolverme en la carne para estar con Cristo.» El sortilegio ha cundido entre las juventudes femeninas. Se aprestan ellas a la reforma interior por las privaciones voluntarias; encierranse unas en los monasterios de mayor rigor, mientras otras se agrupan en comunidades ascetas, en comunicación más directa con el transeúnte, con el viajero de Emaús, para gritarle la próxima puesta del sol y la necesidad de buscar albergue para la noche. Hasta los niños intuyen su destino, por gracia de Dios, inscribiéndose en Asociaciones piadosas para gozar del ejercicio de las buenas obras.

Como antaño, las divinas locuras españolas de conquistadores de reinos para Cristo se han despertado. Las selvas americanas se han acercado a nosotros, y los grandes caminos de tigres y elefantes del Africa los recorren nuestros misioneros con mayor placer que los cazadores de los felinos y paquidermos. No existe punto lejano del globo donde no haya una cabaña misionera española. Las grandes Ordenes monásticas siguen el curso de los grandes ríos asiáticos, y otras que vinieron después rivalizan con ellas en las conquistas de los hombres perdidos en la ignorancia y la superstición. La vitalidad de la Iglesia Católica padece una nueva encarnadura en estos nuevos apóstoles, que han hecho del peligro un contrario para vencerlo.

En fin, España se renueva constantemente, buscando las vías difíciles de escalar las cumbres misteriosas de lo sobrenatural. El mundo comienza a agradecer el esfuerzo. Todavía tenemos para dar. El agua del ánfora judía da sed. España católica da a beber agua viva, agua que crea dentro de nosotros manantiales que saltan a las alturas.

LA historia intelectual del catolicismo español y de la heterodoxia en lo que va de siglo no ha sido aún contada, a pesar de que sin ella es difícil, si no imposible, explicar el desarrollo de los acontecimientos políticos. Las obras dedicadas a este período, incluso las más autorizadas y valiosas, prescinden de buscar el origen remoto de los hechos y se contentan con narrarlos, presentándolos como producto inmediato de los azares de la vida política y social. De este modo, la verdadera realidad histórica, la que se forja en la esfera del pensamiento, queda escamoteada.

Es imposible hablar de la vida intelectual católica desde 1939 sin mencionar la huella profunda que no sólo en las letras, sino en los espíritus y, consecuentemente, en la marcha de los sucesos ha dejado la llamada generación del 98—representada, en lo especulativo, por Unamuno y Maeztu—, y separadamente, la obra de don José Ortega y Gasset. Miguel de Unamuno y José Ortega han sido las dos fuerzas más eficaces de secularización de las ideas en la España moderna. Ramiro de Maeztu, vuelto a la Iglesia, trabajó, en cambio, fervorosamente por la fe y el magisterio eclesiástico, y fué él mismo un pensador y apologista católico. Sin contar con estos precedentes, más la obra de la Institución Libre de Enseñanza, por una parte, y por otra, la del Clero y las Ordenes religiosas, no se puede tener una visión exacta de la cultura española al estallar la guerra de 1936 y después de ella.

Los intelectuales y los hombres de ministerios liberales profesan su fe con una mayor profundidad y conocimiento de la religión que antes, y al decir antes nos referimos a un ayer que puede empezar muy bien hace dos decenios, cuando los españoles no habían pasado por la prueba de fuego que la Providencia les reservaba. Entre las figuras eclesiásticas de relieve que han desaparecido desde 1939, hay que citar al fecundo Cardenal Arzobispo de Toledo don Isidro Gomá, al arabista Asín Palacios, al profesor García Morente, al botánico agustiniano Fr. Luis María Unamuno, al dominico P. Alonso Getino, teólogo y escritor; al erudito benedictino Fr. Luciano Serrano, al físico Pérez del Pulgar y al orador sagrado Alfonso Torres, ambos jesuitas. En la historia, la erudición y las humanidades se distinguen, entre otros muchos, con acento católico, durante el ya largo decenio, el fallecido Llanos Torriglia, el académico González de Amezúa, Pemartín, Herrero García y González Ruiz, los agustinos La Pinta, Félix García y Custodio Vega, el redentorista P. Fernández Retana, los PP. Olmedo, Erradonea, Llorca y Hornedo, jesuitas; los dominicos Carro y Beltrán de Heredia, el sacerdote mallorquín don Lorenzo Riber, el benedictino Pérez de Urbel y los catedráticos de la Universidad de Madrid don Jesús Pabón y don Rafael Calvo Serer. El marqués de Lozoya es historiador del Arte, y don José Larraz, economista, cultivador de la sociología. En Teología, acaso el español más distinguido sea el dominico Santiago M.ª Ramírez, y hay nombres como el del P. Bover, S. J., y el del mariólogo don Gregorio Alastruey. Escriturarios son Benito Celada, O. P. (también egipólogo), y el propio P. Bover, traductor de la Biblia con el hebraísta y profesor de la Central don Francisco Cantera. Nácar, Colunga y Turrado han traducido asimismo los libros sagrados.

La Filosofía cuenta con los catedráticos de Madrid don Juan Zaragüeta y don Leopoldo Eulogio Palacios. Seglares, como este último, son Marcial Solana y los universitarios Angel González Alvarez, José Corts y Antonio Truyol. En la revista *Pensamiento*, de la Compañía de Jesús, sobresalen los PP. Hellín y Ceñal. El dominico Teófilo Urdanoz es tomista.

Anualmente se celebran en Madrid las «Semanas Bíblicas» y las «de Teología», y en San Sebastián, desde 1947, con autorizadas representaciones seglares, las «Conversaciones católicas internacionales», que han estudiado «El dogma del amor y los problemas actuales», «Los derechos de la persona humana» y «El dirigente de la opinión».

En el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, los Institutos «Francisco Suárez», de Teología; «San Raimundo», de Derecho Canónico; «P. Enrique Flórez», de Historia Eclesiástica, aparte otras actividades, cuentan con sus respectivas revistas.

También merece citarse la *Biblioteca de Autores Cristianos*, hermoso instrumento de recristianización intelectual. Entre la muchedumbre de revistas católicas sobresalen *Razón y Fe*, *La Ciencia Tomista* y *La Ciudad de Dios*, de jesuitas, dominicos y agustinos.

En Pintura anotaremos los lienzos murales con que José María Sert decoró por tercera vez la Catedral de Vich y el discutido Cristo de Prieto Coussent; en Escultura y Arte religioso, los nombres de Adsuara, Capuz y Félix Grandá, y en Arquitectura, la iglesia del Espíritu Santo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid), por Miguel Fisac.

La Poesía nueva y novísima está, en parte, transida de religiosidad, sobre todo en el sentimiento. De Adriano del Valle a José María Valverde, pasando por Luis Felipe Vivanco, puede comprarse la afirmación. Vena católica tuvo en sus últimas creaciones Manuel Machado, y poeta y escritor de acérrimo catolicismo es José María Pemán. Católicas son, en fin, las evocaciones de García Sanchiz y la poesía de Bartolomé Mostaza; y si entre las novelas más vulgarizadas tuviéramos que citar una donde, sin tesis, está presente el sentido católico de la vida, escribiríamos este título: *Mariona Rebull*, por Ignacio Agustí.

4 COLUMNAS DEL CATOLICISMO ESPAÑOL DE HOY



«La Ascensión del Señor», mural de la Catedral de Vich, por José María Sert.

PARA la integral reconstrucción de la religiosidad que reclamaba España al terminar su guerra civil, una de cuyas facetas más brutales había sido la persecución religiosa, con su consiguiente destrucción de templos, imágenes, obras de arte sacro y cuanto diese testimonio de la tradicional fe religiosa del pueblo español, fué preciso estudiar y abarcar los diversos aspectos que presentaba el problema, y uno de los principales era la reconstrucción material de edificios religiosos: catedrales, conventos, casas rectorales, capillas, ermitas y seminarios. Mal podía renacer el espíritu religioso si los pueblos seguían careciendo de iglesia para reunirse a rezar y ejercitarse en las prácticas de la piedad cristiana.

Convencido el nuevo Estado español de la importancia y trascendencia de estas obras en el conjunto de la gran tarea de reconstrucción nacional que planteaba la postguerra, tarea emprendida a partir de 1939, los edificios religiosos fueron incluidos con preferencia entre las obras a las que dedicó toda su actividad técnica y de acción a través de la recién creada Dirección General de Regiones Devastadas. Ya que no fuese posible devolver a las diócesis españolas la gran riqueza en obras de arte religioso y piezas de culto que les habían sido arrebatadas durante los incendios y saqueos padecidos por los templos y demás edificios religiosos, se les pondrían en pie los templos que admitiesen una reconstrucción o se construirían de nueva planta donde habían sido totalmente destruidos.

Así fué posible que, apenas terminada la lucha, y al mismo ritmo que se construían puentes derrumbados y otras obras de interés público, se iniciase la reconstrucción de las catedrales y conventos en las ciudades y, sobre todo, los humildes templos parroquiales y las ermitas en que la devoción tradicional del pueblo español encontraba sus más fervorosos centros de culto y oración.

El Estado español puso a disposición de Regiones Devastadas la tercera parte del coste de las obras de edificios religiosos, tanto reconstruidos como nuevos, y puso, además, cuantos elementos técnicos y facilidades oficiales fueron necesarios para que la reconstrucción de iglesias, tanto urbanas como rurales, se llevase con el ritmo acelerado que la religiosidad del país demandaba.

Más que todas cuantas palabras se pudieran utilizar para ensalzar la obra del nuevo Estado en orden a la satisfacción de esta demanda de la espiritualidad religiosa del país, tan duramente ultrajada durante la contienda; de esta labor reconstructora y constructora, tanto en el orden estético—puede hablarse ya de una nueva arquitectura religiosa española—como en el moral, de dar satisfacción a la conciencia religiosa del país, lo dirán con máxima elocuencia los números que hablan de la cantidad de templos reconstruidos y de la cantidad de millones de pesetas que en tan ingente labor han sido invertidos.

Para dar una idea aproximada, bastará decir que en estos diez años España ha invertido en la reconstrucción de templos más de mil millones de pesetas, de los cuales, como hemos dicho, el Estado ha aportado la tercera parte, correspondiendo las otras dos terceras a lo aportado por los Obispos y por los propios fieles de las diócesis beneficiarias, muchos de los cuales, al no poder aportar dinero en efectivo, han contribuido a la obra con prestaciones de trabajo personal.

Con este esfuerzo estatal y también de carácter privado se ha llevado a cabo, hasta esta fecha, la reconstrucción total de las Catedrales de Madrid, Sigüenza, Segorbe, Vich, Tortosa y Oviedo. Y se encuentran en vías de reconstrucción las de Santander, Lérida, Huesca, Teruel, Solsona, Cádiz, Basílica de Atocha (Madrid), Vitoria y Albarracín. Asimismo se han terminado, o están en vías de terminación, 1.276 iglesias, 69 conventos, en los que, además, se practica la enseñanza; 87 casas rectorales, 14 capillas, 19 ermitas y 12 seminarios. Aparte de las obras iniciadas con el apoyo oficial, la piedad y la generosidad de los fieles se ha demostrado con una largueza inusitada, ya que apenas hay pueblo o barriada suburbana en que los templos o capillas hubiesen sido destruidos o destruidos, que no cuente hoy con su nuevo templo, que, si bien carecerá de las ornamentaciones suntuosas que acaso atesoraba por una acumulación fervorosa a través de los años, tiene, en cambio, la gracia de una nueva arquitectura religiosa, limpia y desprovista de adornos, pero que también invita, por su simplicidad y gracia, a la oración. Puede asegurarse que en España ya no faltan templos para rezar. Pudiera decirse que la etapa de martirios y persecuciones sufrida por los católicos, y muy especialmente por sus sacerdotes y religiosos, ha determinado un florecimiento de los sentimientos religiosos, y que las más rancias tradiciones devotas del país, ante el ultraje sufrido, se han remozado en un afán de afirmación religiosa, casi de mística popular, que puede observarse tanto en las grandes ciudades como en las aldeas, en que, al lado de la restauración de la iglesia o la ermita o del santuario popular, se lleva a cabo la restauración espiritual por una activa educación religiosa de la juventud. En este sentido, es de notar que el incremento adquirido por la asistencia a los cultos ha alcanzado tal proporción en los últimos años, que también ha hecho necesario la construcción de nuevos templos, que se han realizado y se realizan actualmente por iniciativa de las diócesis y particulares.





LA PALMA DEL ARCHIPIELAGO

Por JOSE F. HIDALGO

TAMBIEN nosotros llevamos en este Año Santo nuestro humilde granito de arena, en veneración y oraciones, al Santo Padre de Roma. No faltará el aliento de esta isla, cuya Patrona, Nuestra Señora de las Nieves tuvo su primer templo en la bella basílica de Roma, Santa María Maggiore, «Santa María ad Nivem».

La isla de La Palma, 700 km², con sus setenta mil almas, está toda entera bajo el manto blanco de su milagrosa Virgen de las Nieves. Amada y venerada por todo palense, este año es para la isla dos veces santo. Santo, por la Iglesia católica, y santo porque Nuestra Señora de las Nieves baja procesionalmente desde su Santuario, de las altas lomas, hasta la ciudad capital de la isla, Santa Cruz de la Palma. Esta visita procesional se viene repitiendo hace casi tres siglos, cada cinco años. Tal vez, por esta ternura que nos embarga, sentimos los palenses más hondo este Año Santo.

La imagen parece del siglo XIV. En sus rizos de ritmo anguloso, que apenas asoman bajo la toca enmarcando el rostro, se nota la huella de la ancianidad del escultor. Un viejo artista mallorquín modelaría la devota efigie. Dios le dió inspiración y sus dedos de imaginero pusieron en el rostro virginal la gracia y la benevolencia del amor de la Madre ideal, buena y acogedora.

En esta isla, sacudida aún por el fuego de su juventud milenaria, Nuestra Señora es como una luz de esperanza en el pensamiento de todos. Cuando el fuego cósmico corre a torrentes, llevamos su imagen por los campos, y siempre ha cesado de correr la lava. Es muy antigua. El Papa Martino V habla de ella antes de la conquista. Tal vez Bentacaise, Agasencio y el mismo Tanausú la adorarían en la cueva austera que fué su primer santuario. Hace siglos que en la isla tiene su Esquilino.

Fernández de Lugo (1493) conquistó la antigua Benahoare guanche para España y La Palma entró en la Historia.

Bogad por las aguas azules del archipiélago canario, bogad muy a Poniente. Sola, en los linderos del temido «mar exterior», entre tenues celajes, aparece La Palma. Toda ella es un pinar. Verde, esmeraldina, recortada su silueta de pirámide en los oros y púrpuras del Poniente. Es isla singular, la única del globo que, en el menor perímetro,



Nuestra Señora de las Nieves, Patrona de La Palma.

Arriba, de izquierda a derecha: Ayuntamiento de Santa Cruz de la Palma, obra construida por orden de Felipe II.—Un paisaje de la isla de La Palma.—Portada renacentista de El Salvador, en Santa Cruz.—Abajo: los trajes de los catorce pueblos de la isla de La Palma.

alcanza mayor altura. Los picos de sus cumbres suben casi a 2.500 metros sobre el nivel del Atlántico. Es un rincón del huerto de las pomas de oro de las Hespérides, y en su suelo, frutos y flores de todos los climas de la tierra crecen, dulcísimos y fragantes, dándose en una eterna primavera.

La Palma es isla volcánica, formada por millares de erupciones que levantaron sus picos más altos a 7.000 metros de su base en los fondos abisales. Dos volcanes monógenos abrieron en su centro el mayor abismo de la Tierra: su Caldera de Taburiente, gran cráter, cuyo fondo se encuentra a más de 2.000 metros de profundidad del borde de la cumbre, que tiene un diámetro de unos 9 kilómetros. En el aspecto turístico, este abismo será de gran porvenir para la isla.

La isla es ubérrima. Maravillan sus regatos cristalinos; sus bellísimos panoramas y paisajes; la solemne paz de sus bosques, morada de ágiles cabras y tímidas palomas; su clima ideal; pero nada más grandioso que sus ciclos de fuego, sus ríos, sus cascadas y lagos incandescentes, fantásticos, cuya visión atrae a la isla numerosos extranjeros, pues ninguna erupción histórica ha causado víctimas.

La Palma ha dado notables hombres a la religión, a la política, a las armas, a las ciencias y a las artes. Su capital, Santa Cruz de La Palma, cuenta con numerosos centros culturales. Tiene interesantes obras de piedra, como el pórtico de la iglesia del Salvador, el Ayuntamiento, el castillo real de Santa Catalina, torres y espadañas, la bella fachada de la casa de los condes de Salazar y otros.

La isla está dividida en catorce pueblos, y cada uno vestía hasta el XIX de un modo particular. De ahí la riqueza de su folklore. Ella sola presenta mayor variedad de trajes tradicionales que el resto del archipiélago.

El forastero, el turista que visite La Palma no la olvidará jamás. El recuerdo de los encantos naturales de la tierra y el trato acogedor y caballeroso de sus moradores despertarán en él el deseo de volver a vivir los días felices que Radamante y otros héroes antiguos gozan eternamente en este Alizuth ideal del Jardín de las Hespérides.



ESPAÑA
CAMINO
DE
ROMA

ESPAÑA está en el camino a Roma. ¿Qué preludio mejor para los peregrinos de Hispanoamérica que un recorrido por España?

En las páginas que siguen se describen, a grandes rasgos, los principales santuarios de devoción que esmaltan las tierras españolas y perfuman con su fragancia tradicional la espiritualidad y el fervor de todo un pueblo. Recordándolos uno por uno se gozan las más puras esencias religiosas, las más elevadas emociones estéticas; se remueven las fibras más hondas del espíritu y se tiene la sensación única de contemplar uno de los más fecundos pilares de nuestra cultura cristiana y occidental.

España dará, por añadidura, al peregrino que va hacia la Sede Romana el regalo de su mejor hospitalidad, con el deseo de que al primer viaje sucedan otros y otros, en ininterrumpida serie, ya que a nuestra Patria toda hay que aplicarle aquella propiedad tradicional de la vieja y universitaria Compostela: que cuando el tañido de sus campanas ha resonado en nuestros oídos, toda la vida se piensa en volver a escucharlos otra vez.



El sepulcro del Apóstol Santiago, en Compostela.—La devoción al Apóstol Santiago, andariego discípulo del Señor y Patrón de España, está íntimamente ligada a toda la historia nacional. El fué el verdadero «animador» de la Reconquista del suelo patrio, y el grito de «¡Santiago y cierra España!» fué decisivo en todas las batallas.



SANTIAGO DE COMPOSTELA

Se celebra el Año Santo siempre que la festividad del Apóstol, el 25 de julio, coincide con domingo, y durante todo el año goza la visita a la Catedral compostelana de indulgencias y beneficios espirituales extraordinarios. El ambiente es de maravillosa evocación. Toda la ciudad es un emocionante poema labrado en piedra. Parece que aun resuenan las melodías de los peregrinos por las enlosadas calles («ruás») de Compostela, que parecen converger todas en la Catedral. Esta impresión se refuerza con los emotivos cultos, la liturgia brillantísima, la música de antiguas chirimías que acompañan al órgano y a los coros de voces en las solemnidades religiosas, las ricas vestiduras de los canónigos y el volteo impresionante del gigantesco incensario, llamado en la lengua del país «botafumeiro». Bajo el altar mayor, en una silenciosa cripta, reposan las cenizas del Santo Apóstol Mártir, encerradas en preciosa urna.

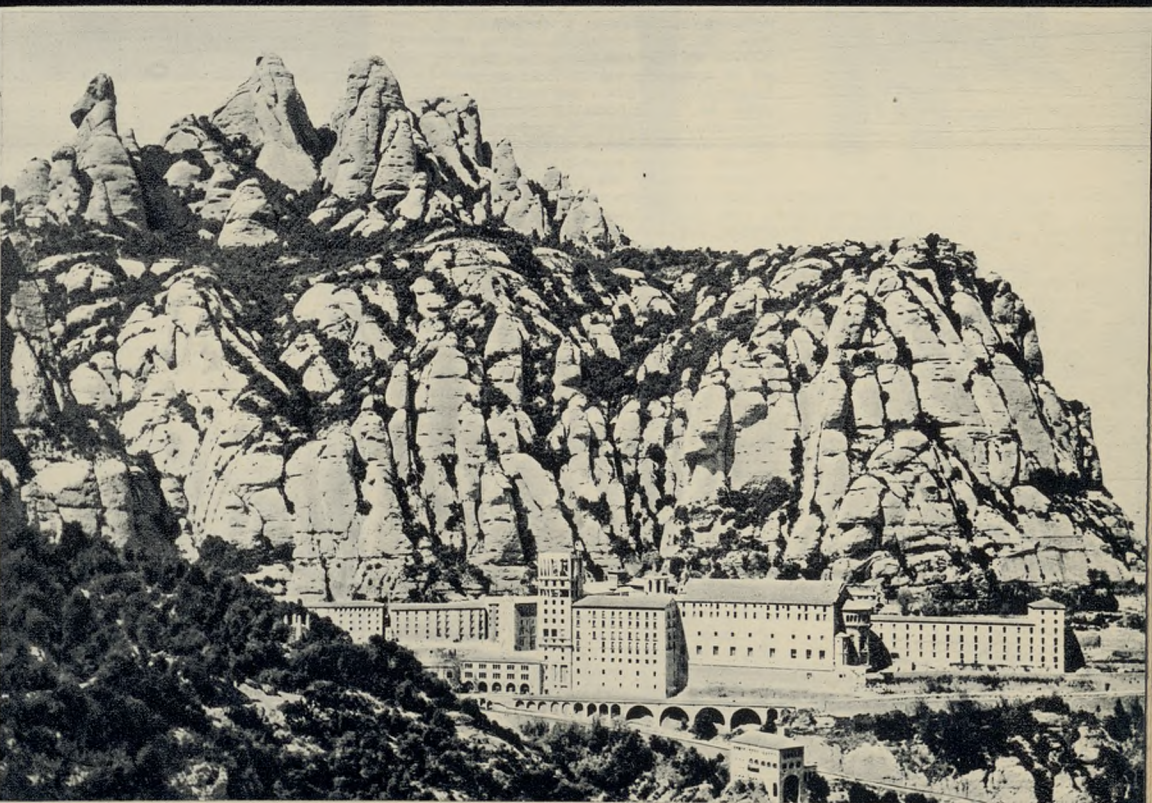
La ciudad de Santiago de Compostela es tan interesante, que, sin albergar el sepulcro del Apóstol, justificaría por sí sola la visita a España. Posee el título de «monumento nacional», que sólo ostenta, además, otra ciudad completa: Toledo. Paseando por sus calles se siente uno transportado a la mejor época del medievo español, y en todas partes se respira un ambiente de recogimiento y unión características. Monumentos notables de todos los



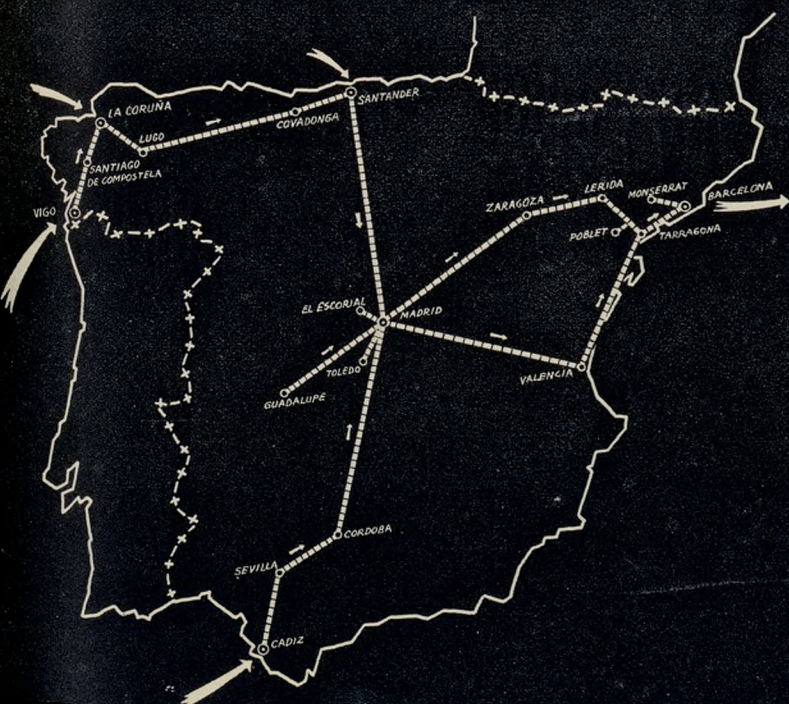
La Catedral de Santiago de Compostela.



Templo de Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza.



Vista del Monasterio de Montserrat.



estilos. Accesos por ferrocarril y carretera de primer orden. Está a unos 60 kilómetros del puerto de La Coruña y a unos 90 del de Vigo, ambos, frecuente escala en la travesía del Atlántico.



Nuestra Señora del Pilar, en Zaragoza.—La devoción al Pilar de Zaragoza no se ha interrumpido en los muchos siglos que lleva de existencia. Lo fastuoso de su basílica, que se refleja en las aguas del Ebro; la solemnidad del esplendoroso culto a la Virgen coronada, la riqueza fabulosa de su tesoro, todos son detalles que contribuyen a la atmósfera de excepcional interés que rodea a la Virgen del Pilar.

«Id a la cámara angélica, al Santuario de las hondas emociones, cuyos baldosas riegan con su llanto millares de peregrinos y devotos; doblad las rodillas, inclinad la frente ante la imagen milenaria, como el Apóstol Santiago lo hizo, y admirarla bajo dosel de plata, coronada de brillantes, radiante de luces como trasunto de la Gloria, y ved si es como la llevamos todos grabada en la mente y el corazón.»

«Inmóviles en el camarín de la Virgen, os faltará calma para ver sus estatuas y columnas, sus bronce y sus jaspes, la balaustrada de plata, la rasgada cúpula barroca, frescos, esculturas y adornos, porque todas las miradas, todos los anhelos, son para la Virgen, ante la cual no se apagan nunca los cirios ni cesan las plegarias.»

Como preciado blasón, luce el Pilar santo un hueco, labrado por millones de besos de centenares de peregrinaciones.

La festividad máxima se celebra el 12 de octubre, fecha en la que se conmemora también el descubrimiento de América por las naves españolas de Cristóbal Colón.

Zaragoza, una de las principales capitales españolas, es importante centro de comunicaciones, que aseguran un fácil y cómodo acceso al santuario, situado en el corazón de la ciudad.

Nuestra Señora de Guadalupe (Cáceres).

—En lugar consagrado por la Virgen, que allí se apareció a un humilde vaquero, creó Alfonso XI un priorato, convertido en monasterio jerónimo al finalizar el siglo XIV. El prior fray Fernando Yáñez lo rehizo totalmente y, con los años, Guadalupe llegó a ser un santuario nacional, cuyos resplandores han iluminado también con la luz de la devoción mariana a los países de América. Construido con idea gótica y factura morisca, es de los más bellos monumentos mudéjares españoles. El claustro, sereno y de gran originalidad, ofrece testimonios muy notables de la influencia ejercida por los alarifes moriscos que intervinieron en su construcción; tiene el centro un singularísimo templete. La iglesia, de tres naves, con espléndida esencia gótica y ornamentación mudéjar; el retablo mayor, de Gómez de Mora y Merlo; camarín de la Virgen; soberbias rejías y suntuosos sepulcros, dos de ellos debidos al magistral cincel de Egos. Guadalupe está lleno de singulares riquezas y pasa por ser el primer museo de ropas tales y preciosos códices; importante serie de esmaltes. De gran interés es la sacristía, decorada espléndidamente con pinturas de Zurbarán. Actualmente está ocupado el monasterio por frailes franciscanos.

El acceso más recomendable es por carretera, siguiendo la general de Madrid-Cáceres, de la que parte un corto ramal hasta el santuario.

Nuestra Señora de Montserrat (Barcelona).

—Son legendarias las obras que en este santuario efectuó el abad Wifredo, y no quedan restos del monasterio habitado en el siglo XI por los monjes de Ripoll, ni de las reformas posteriores, ni del templo comenzado en 1560 y consagrado en 1592. Hoy los edificios religiosos, la hospedería y dependencias, son modernos o modernizados. El verdadero valor de Montserrat, dejando aparte su biblioteca, su escolanía y su suntuosa liturgia, está en la Virgen morena, de tan hermosa tradición, que convierte aquel paraje en un santuario insigne, cuyo nombre hace palpitar el corazón de los devotos de María Santísima; y para los sentimentales del paisaje, «Montserrat es y será manantial de hondísimas impresiones, causadas por aquella singular naturaleza, donde lo material se hace ciclópeo; lo misterioso, místico, y lo pintoresco, sublime».

El santuario se halla situado en una inverosímil explanada, al pie de una montaña de rocas peladas y cortadas a pico. En su aspecto exterior se asemeja a los monasterios del monte Athos. Es maravillosa la vista que se goza de los valles circundantes. La imagen morena de la Virgen de Montserrat data del siglo XII. El acceso al santuario, que está a corta distancia de Barcelona, en las proximidades de la villa de Manresa, se efectúa fácilmente por ferrocarril y una magnífica carretera. Existe también un transbordador aéreo y otro para excursiones a las cumbres de la montaña, que salva barrancos de impresionante profundidad.

La Virgen de Covadonga, en Asturias.

—La Virgen de Covadonga —dicen los asturianos— es pequeña y galana, y afirman que, aunque bajara del cielo, no hay pintor que pueda reflejar su hermosura. La devoción a la «Santina» de Asturias es cariñosa y simpática. Su intercesión está asociada a las primeras luchas de los caballeros de Don Pelayo, en el comienzo de la Reconquista. En el laberinto orográfico de Asturias, suspendida en el imponente escarpe de una montaña, que sirve de pedestal a la basílica, está la Santa Cueva, donde el intrépido caudillo cristiano encontró la milagrosa imagen de la Virgen. La cueva

está convertida en capilla; la actual basílica, seudorrománica, fué edificada en el pasado siglo; es de tres naves, con dos torres gemelas de 40 metros. Sustituyó a la primitiva iglesia, levantada por Alfonso I, y que se incendió en 1777.

La Virgen de Covadonga fué canónicamente coronada en 1918. En la basílica se custodia un riquísimo tesoro de relicarios, coronas y joyas de gran valor artístico y material.

Un ramal del ferrocarril Santander-Oviedo enlaza la estación de Arriendas con el santuario. Hay también carretera, que marcha casi paralela a la vía férrea y con igual sistema de enlace con la carretera principal que va a Oviedo, capital de la provincia.

San Lorenzo de El Escorial (Madrid).

Quizá sea el monasterio español más conocido en todos los países. Ha sido llamado «la octava maravilla del mundo». Sabida es la historia de su fundación por el Rey Felipe II; la construcción se llevó a cabo con rapidez, teniendo en cuenta las proporciones de los edificios: comenzó en 1563 y terminó en 1584. Los primeros planos fueron de Juan Bautista de Toledo, que murió cuatro años después de empezar las obras. Las continuó Juan de Herrera, que amplió el proyecto primitivo por deseo del Rey.

Está emplazado en la falda de la Sierra de Guadarrama, y su aspecto general es grandioso. Es imposible detallar sus innumerables maravillas. A modo de índice, se citan: la iglesia; patio de los Reyes; patio de los Evangelistas, con su inspirado templete central; los aposentos reales; los panteones Real y de Infantes; la sacristía; el coro, sustentado por una admirable bóveda plana; las salas capitulares; la celeberrima biblioteca, con verdaderos tesoros manuscritos; las escaleras, y, además, un número extraordinario de pinturas, estatuas y joyas de las más diversas artes, acumuladas allí a través de los siglos por la generosa mano de los Reyes españoles.

La villa de San Lorenzo de El Escorial es una estación veraniega muy re-



Real Monasterio de Poblet.



Valencia: Nuestra Señora de los Desamparados.



Real Monasterio de El Escorial.



La Basílica de la Virgen de Covadonga.



Monasterio de Guadalupe.



comendable para excursiones desde Madrid. Dist. de la capital 49 kilómetros por carretera y 51 por ferrocarril. Hay un abundante servicio de trenes eléctricos.



produce una impresión de solemne severidad; tiene un magno retablo de alabastro, estilo renacimiento, obra del insigne escultor del siglo XVI Damián Forment. El claustro es muy bello; corresponde a los estilos románico y gótico. En el centro, un templete, que contiene la pila o lavabo de los monjes. Las dependencias monásticas son del mejor arte del siglo XIII. Palacio real inconcluso, levantado por el Rey Don Martín, el Humano. Notable serie de sepulcros reales y de nobles.

Hoy Poblet ha vuelto a albergar monjes del Cister, que tienen allí su noviciado.

El acceso a Poblet puede efectuarse por carretera y ferrocarril, dejando el tren en la estación de Espluga de Francolí, que dista cuatro kilómetros del santuario y está situada en la línea de Tarragona a Lérida. Viniendo desde Barcelona, hay que cambiar de tren en la estación de Plana-Picamoixons. La distancia de Poblet a Tarragona es de 43 kilómetros, y a Barcelona, de 120.



Santa María de Poblet (Tarragona).— Es el ejemplar más completo de arquitectura monástica de la Edad Media que conserva España. Comienza su historia en 1149, año en que Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, dió a los monjes cistercienses de Font Froide (Francia) un terreno cercano a la villa de Montblanch, llamado «Populetum» por estar plantado de «pobos» (álamos blancos). Las obras importantes se suceden desde mediados del siglo XII a principios del XV. Ocupa el monasterio enorme extensión y responde con exactitud al plan cisterciense de construcciones. La iglesia

La Virgen de los Reyes, en Sevilla.— En el recinto de la Catedral sevillana, la iglesia cristiana más amplia del mundo, después de la Basílica de San Pedro, en Roma, a la sombra de la garbosa Giralda, esa torre que, como dijo el poeta, «tiene cuerpo de mora y corazón cristiano», se abre a la devoción popular la Capilla Real, de la que es centro y joya la venerada imagen de la Virgen de los Reyes.

Tallada en madera, es obra maestra de la imaginaria del siglo XIII, y, según la tradición, fué regalo de San Luis, Rey de Francia, a San Fernando. La escultura del Niño es del siglo XV.

Está situada la Capilla Real a la cabeza de la nave central, en el sitio que corresponde al ábside del templo. Hizo la traza Martín Gámez, y trabajaron, además de él, en las obras, Fernán Ruiz y Juan de Maceda, discípulo de Diego de Siloé. La capilla es de arte fino y elegante, en contraste con la magnífica y pesada reja que la cierra, y que fué costeada por el Rey Carlos III.

Al pie de las gradas del altar se conserva, en urna de plata sobredorada, el cuerpo del Santo Rey Fernando III, conquistador de la ciudad, vestido con telas del siglo XVII. En la cripta se hallan los restos de don Pedro I de Castilla y de varios infantes. Pueden también admirarse en la capilla el sepulcro de Alfonso X el Sabio; la elevada cúpula con cabezas de reyes en relieve y hermosas figuras de ángeles, querubines y serafines; las doce estatuas de piedra, que representan reyes del Viejo Testamento; la espada que tradicionalmente se atribuye a San Fernando; la sacristía, con algunos cuadros de mérito, y las vidrieras, con escudos de estilo barroco.

No es preciso ponderar los encantos de todos los órdenes, que hacen imprescindible una visita a la maravillosa capital andaluza, llena de luz y gracia españolas. Sevilla es la cuarta ciudad de España por el número de sus habitantes. Posee importante puerto fluvial en el Guadalquivir. Comunicaciones por carretera y ferrocarril. Servicios aéreos regulares con Madrid y Marruecos español.



Nuestra Señora de los Desamparados, en Valencia.— Es esta capital, donde se venera la imagen de la Patrona de Valencia, un verdadero santuario de la más entrañable devoción popular. El día de su fiesta se desborda el sentimiento religioso de todo el pueblo, y el traslado procesional de la imagen, llevada por miles de manos devotas y enfebrecidas, ondula sobre un agitador mar de cabezas, acompañada de vivas entusiastas y clamorosas ovaciones, constituye un espectáculo de imborrable recuerdo, en el que se alía la fe sincera con el fuerte colorido y la exuberante vitalidad propios de los pueblos mediterráneos.

El origen de la basílica entronca con la fundación del primer manicomio que existió en Europa, el Hospital de «Nosta Donna Sancta Maria dels Innocents», en 1409, con cerca de ciento cincuenta años de adelanto sobre cualquier otro; fué obra de una cofradía inspirada por el mercedario valenciano fray Juan Gilabert Jofré. Atendía a la protección de los locos, asistía a los condenados a muerte y recogía los cadáveres de los que morían fuera de su domicilio. Estos eran los desamparados que dieron nombre a la imagen patrona de la cofradía. Se desconoce el autor de la efigie, que fué encarnada en 1416 por Vicente de San Vicente. Es Patrona de Valencia desde 1647.

La capilla no es una joya artística en cuanto a lo arquitectónico; su estilo corresponde al protochurriguerismo. Gallarda cúpula con linterna, pintada al fresco por Palomino en 1701. Rica colección de joyas para adorno de la imagen. Suntuoso camarín, capillas y cripta.

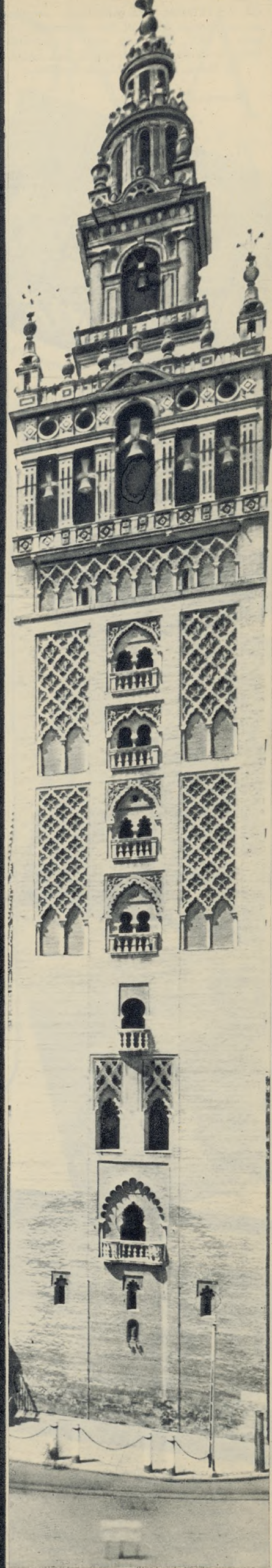
Situado en el centro de Valencia, no es necesario hablar de las comunicaciones con este santuario. La ciudad, a orillas del Mediterráneo, dispone de un magnífico puerto (El Grao). Frecuentes comunicaciones por carretera y ferrocarril. Servicios aéreos regulares con Madrid, Barcelona y Baleares.

Existen otros muchos santuarios que la fe popular ha consagrado en cada región y en cada comarca. La inmensa mayoría están dedicados a la Virgen en sus diversas advocaciones. Citaremos entre ellos el de Nuestra Señora de Begoña, Patrona de Vizcaya; el de Nuestra Señora de Estíbaliz, Patrona de Alava; el de la Virgen de Lidón, que lo es de Castellón de la Plana; el de Nuestra Señora de las Angustias, Patrona de Granada; el colombino convento de La Rábida, en la provincia de Huelva; el de la Virgen del Camino, cerca de León; el de la Fuensanta, en Murcia; el de la Fuencisla, en Segovia; la Virgen de la Cueva Santa, en Altura y Segorbe; la Vallivana, de Morella; Nuestra Señora de Nuria, en Gerona; la Virgen del santuario del Puig, en Navarra; el de Nuestra Señora del Rocío, en la provincia de Huelva; el de la Virgen del Valle, en Toledo; el de Santa María de la Cabeza, en Jaén; el de Nuestra Señora del Puerto, en Cáceres, etc., etc.

Sugerimos en el gráfico que ilustra estas páginas algunos itinerarios que, partiendo de los puertos marítimos y aeropuertos más frecuentados, pueden ser utilizados para recorrer los principales santuarios españoles dentro del camino a Roma.

España cuenta con líneas aéreas que unen directamente los aeropuertos de Madrid y Barcelona con las principales ciudades americanas; puertos en los que hacen escala los navíos de todos los pabellones que cruzan el Atlántico; servicios aéreos y marítimos regulares con Italia y otras naciones del Mediterráneo. Posee, además, espléndidos y variadísimos paisajes, una serie inigualable de monumentos artísticos de todas las épocas, clima ideal en las diferentes estaciones del año, una completa y bien cuidada red de carreteras, un servicio ferroviario que vuelve rápidamente a la normalidad, excelentes hoteles y restaurantes, de cocina justamente famosa; típicas fiestas a lo largo de todo el año, llenas de atractivo e interés, y, en fin, un nivel de vida económico y confortable.

Disposiciones oficiales han contribuido recientemente a facilitar los viajes en el país. Se ha simplificado notablemente el sistema para la importación temporal de automóviles; se ha creado un «cambio turístico» de moneda, favorable en grado sumo, y que se aplica a los gastos del viajero, incluida la adquisición de gasolina; se ha reducido el costo de los visados y el tiempo de su tramitación. La Dirección General del Turismo mantiene una extensa red de Oficinas de información gratuita en las principales ciudades de la nación y en diversas capitales extranjeras. Funcionan, además, los universalmente conocidos paradores y albergues de carretera. Y todo ello es un aliciente más para el espíritu, que, libre de cuidados materiales y de preocupaciones cotidianas, puede dedicarse por entero a la contemplación de todas las sublimes maravillas que Dios Nuestro Señor ha colocado en el largo y anchuroso camino que termina en Roma.



Sevilla: La Giralda.

EL AÑO SANTO DE ROMA

AVTO SACRAMENTAL DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

VERSION: LUIS GONZALEZ ROBLES



PERSONAS

El Hombre.	El Desprecio.
El Albedrío.	La Lascivia.
La Seguridad.	El Demonio.
El Mundo.	La Castidad.
El Amor.	El Honor.
La Obediencia.	El Perdón.
El Temor.	La Fe.
El Culto.	Músicos.
La Verdad.	Acompañamiento.

(Suenan instrumentos y
canta la Música dentro:)

Venid, venid, Peregrinos,
venid, venid, que este Año
la puerta se abre, que estuvo cerrada
por tantas edades, por siglos tan largos;
y pues que la vida es jornada de todos,
dichosos aquellos que peregrinando
merecen que el Año reparta con ellos
la acción de Piadoso, el renombre de Santo.

(Abrese el primer carro y aparece un peñasco, y sale el Hombre vestido de pieles, y habrá dos bajadas, una de espinas y otra de flores.)

Hombre. Rásguense las entrañas al centro que en sus bóvedas me encierra, primer prisión de la fortuna mía, y entre las dos campañas del Cielo y de la Tierra, a la voz de esa métrica armonía salga a gozar la breve edad del día. Breve, pues, cuando nace de ansias el hombre, y de miserias lleno, desde un seno a otro seno, tránsito es el que hace con vida tan escasa, que de un sepulcro a otro sepulcro pasa. Dígallo yo, que apenas miro del sol la lumbré desde el umbral de mi primer destino, cuando de horrores llena, hallo en las quiebras de una y otra cumbre el precipicio aún antes que el camino, sin elección, sin tino nací, y sin que comprenda mi natural deseo, de dos sendas que veo cuál es la mejor senda para que llegue menos fatigado a ver el fin para que fui criado. ¡Oh si de aquellas voces, en ecos repetidos, otra vez escuchara los acentos, y halagando veloces la paz de mis oídos, se articularan otra vez los vientos en humanos conceptos, diciéndole a mi engaño la voz de sus Oráculos Divinos!

Música. Venid, venid, Peregrinos, venid, venid, que este Año la puerta se abre, que estuvo cerrada por tantas edades, por siglos tan largos.

Hombre. La puerta se abre, que estuvo cerrada por tantas edades, por siglos tan largos. ¿Qué puerta será aquella que hasta hoy se vió cerrada y hoy abierta convida al Peregrino? Mas ¿qué duda mi Estrella, si de esta voz guiada, Norte es vocal que me dirá el camino? Pero entre dos, cuál es no determino el que elijan mis ojos, y no sé cuál me acerca o me desvía de esta dulce armonía; uno de rosas es, otro de abrojos. Divina voz, si acaso por despojos del Cielo estos avisos me estás dando, ¿qué me quieres decir por tales modos?

Música. Que pues que la vida es jornada de todos, dichosos aquellos que peregrinando merecen que el Año reparta con ellos la acción de Piadoso, el renombre de Santo.

Hombre. Que es jornada la vida, y difícil jornada, en razón natural la voz contiene; que tendrá apercibida buena, o mala posada, la sobrenatural también previene: luego elegir conviene de estas dos sendas bellas la mejor, que no en vano el Cielo Soberano, para adestrar mis huellas naturales, y sobrenaturales, razones dió a mis bienes, y a mis males. Mas ¡ay de mí, mal puedo, aunque me veo ilustrado de alma, y cuerpo, potencias, y sentidos, elegir yo sin miedo, que no nace enseñado el hombre, y todos son pasos perdidos los que da inadvertidos nuestro discurso humano sin impulso divino. ¿No habrá quien a un viador diga el camino para bajar desde ese monte al llano?

(Sale el Albedrío por la misma senda.)

Albedrío. Si habrá, conmigo ven.

Hombre. De ti me fio; pero dime, ¿quién eres?

Albedrío. Tu Albedrío.

Hombre. ¿Fué tuya aquella voz que el viento hería llamándome?

Albedrío. Llamar no es acción mía; el mover, sí, tu afecto y tu cuidado a ir, o no ir, adonde te han llamado; y porque neutral no estés, cuando por dos sendas vas, vengo a que una elijas.

Hombre. Pues ¿cuál la que he de seguir es?

Albedrío. La que te agradare más, que yo siempre que estuvieres entre dos sendas perplejo, convendré en la que eligieres; y así, toma mi consejo

y echa por donde quisieres; si bien al ver que caminas entre halagos y rigores de abrojos y clavellinas, diré que pises las flores primero que las espinas; ven por aquí, que éste ha sido el camino más trillado.

(Empieza a bajar el Hombre por el camino de las rosas, llevando delante al Albedrío.)

Hombre. Sí haré, aunque haberle elegido me tiene más bien hallado pero no menos perdido, que si aquella voz que oí ha de llevarme tras sí, cuando esotra senda dejo pienso que de ella me alejo todo lo que voy tras ti.

Albedrío. Pues ¿qué voz, qué acento extraño oíste entre esos dos caminos?

Hombre. Decía, si no me engaño:

El y Música. Venid, venid, Peregrinos, venid, venid, que este Año la puerta se abre que estuvo cerrada por tantas edades, por siglos tan largos.

Albedrío. Oye, que el eco llevando tu voz por más dulces modos, está a voces publicando.

(Oye la Música y se detiene.)

Hom. y Mús. Que pues que la vida es jornada de todos, dichosos aquellos que peregrinando...

Albedrío. Con admiración y espanto oigo sus acentos bellos.

Hombre. Calla, que prosigue el canto.

El y Música. Merecen que el Año reparta con ellos la acción de Piadoso, el renombre de Santo.

Hombre. Así es, ven tú ahora tras mí.

(Empiezan a bajar por la senda de espinas, llevando al Albedrío detrás.)

Albedrío. Sí haré, que el imperio mío no es forzar, inclinar sí, y no fuera tu Albedrío, a no sujetarme a ti, que aunque yo tan libre soy, es para el arbitrio ajeno, no para el propio, y estoy dispuesto a ser malo, o bueno, según lo es con el que voy.

(Acaban de bajar al tablado.)

Hombre. ¿Descubres en la región del Mundo poblado o gente?

Albedrío. Sólo mira mi atención a la orilla de una fuente un bellissimo garzón peregrino.

Hombre. Escucha.

Amor. (Dentro.) Haced, si está en las horas estivas, los que camináis con sed, que esta es fuente de aguas vivas: llegad, llegad y bebed.

Albedrío. Con el agua te han brindado ya sus voces, ya sus señas.

Hombre. Al primer paso que he dado, agua me ofrecen las penas con que lave mi pecado. ¡Oh tú, humano Serafín, que hermozeando el horizonte parece que en su confin has trasladado a este monte las fuentes de Rafidín, (*) bellissimo Peregrino!

(Sale el Amor de peregrino.)

Amor. ¿Qué quieres?

Hombre. ¿Qué?

Amor. ¿A dónde va este camino?

Hombre. Este y todos van a un punto.

Amor. ¿A un punto?

Hombre. Sí.

Amor. No imagino

cómo siendo varios, ir a un punto puedan.

Amor. Como ves, que la jornada es vivir, la primer Patria nacer y la posada morir.

Hombre. ¿Pues cómo es posible estén varias las sendas, si infieren a los ojos que los ven un fin?

Amor. Como todos mueren y no todos mueren bien.

Hombre. ¿Pues qué senda es la mejor?

Amor. La que me siguiere a mí.

Hombre. ¿Cómo te llamas?

Amor. Parece..., perdona.

Hombre. Di.

Amor. ¿Por qué?

Hombre. Es error pensar que Amor, siendo ciego, guíe bien.

Amor. No, es que no soy Amor de lascivo fuego.

Hombre. ¿Pues qué?

Amor. Amor, que amando estoy a Dios, y al prójimo luego. Y aun por eso, Peregrino eres, ¿dónde es tu camino?

Hombre. A la Ciudad Militante, que es Corte de la Triunfante Jerusalén, e imagino hallar sus puertas abiertas ya que cerradas sus puertas estuvieron hasta aquí.

Amor. ¿Cerradas sus puertas?

Hombre. Si.

Amor. Suplícote que me adviertas cuáles esas puertas son.

Hombre. Son las puertas del Perdón.

Amor. ¿Y quién sabe dónde están?

Hombre. La Apocalipsis de Juan en el monte de Sión.

Amor. ¿Pues a qué se abren?

Hombre. A intento.

Amor. ¿De qué?

Hombre. De feliz hacerte.

Amor. ¿A mí?

Hombre. A ti.

Amor. Saber intento.

Hombre. ¿de qué suerte?

Amor. De esta suerte.

Hombre. Pues prosigue.

Amor. Estáme atento. ¿Qué es el hombre peregrino en su Patria? Pues el centro de la Tierra, que le engendra, en sí, le tiene violento, hasta que vuelva a cobrarle cuando en cenizas resuelto entrañas, que fueron cuna, le sirven de monumento: principio tan asentado es de todos, que no tengo necesidad de probarle con ociosos argumentos, supuesto que con mi voz antes de ahora lo dijeron Job en sus Lamentaciones, Jeremías en sus Trenos, y con David en sus Salmos, Salomón en sus Proverbios; y así, pasando a la causa de aquella violencia, intento descifrarla, y es que, como el hombre vive compuesto de cuerpo y alma, en quien siempre batallan los dos extremos de su materia y su forma con lo caduco y lo eterno, siempre en su mística lid viven los dos, porque siendo él el rústico villano, hijo del polvo y el viento, y ella el espíritu noble, criada en mejor imperio, mal avenidos, y mal hallados y descompuestos, porflan a desatarse él del yugo en que le han puesto y ella de las ataduras de las cárceles del cuerpo, de cuya desigualdad nacen contrarios efectos que los traen siempre de paso, anhelando y pretendiendo de aquella vital unión romper los impedimentos, él por volverse a la Tierra y ella por volverse al Cielo;

(*) Nombre de la estación de los Israelitas a su paso por la península sináitica. Testigo del prodigio que obró allí el Señor con su pueblo al hacer brotar el agua de la piedra. (Exodo XVII, 1-6).

con lo cual, siendo la vida Peregrinación, pasemos de una vez a qué camino es el mejor y más cierto: piensa el hombre cuando nace, o cuando empieza, a lo menos, formando antes de razón, a obrar con entendimiento, que nace a emplear su curso sólo en el uso de aquellos oficios a que le llama la aplicación de su genio; pues no, que ni el César mismo nace solamente a serlo, el señor a ser señor, a lucir el caballero, el soldado a dar victorias, el ministro a dar consejos, el estudioso al aplauso, el político al gobierno, el oficial al sudor, ni el mendigo al desconsuelo; todos nacen a otro fin, que es, si le examinan cuerdos, servir a Dios y gozarle; servirle dije primero, porque para amar gozando se ha de merecer sirviendo; y siendo así, que éste sólo es el principal empleo de la vida, y los demás accesorios a éste, vemos que todos a aquél acuden antes que a éste, no advirtiéndolo que el que les importa más es el que profesan menos. Tú, puesto que tan desnudo naces al desconocimiento de esta verdad, solicita abandonar los pretextos de humanas comodidades, y ya que naces a tiempo que llueve el Cielo el rocío de sus piedades, cubriendo no de cándido maná las campañas del desierto, sino de lo figurado en él, pues ¿qué más misterio, dando luces a las sombras, se ve en otro blanco velo, que lloviéndose a prodigios se está agotando en portentos? Procura cogerle antes que corrompido y deshecho se le convierta en gusanos la pereza de tu afecto, todas las horas de quien están los días compuestos, los días de quien tejidas están las semanas, siendo eslabones de los meses, como de los años ellos, y los años de los siglos, unidas partes del tiempo, todas las bendijo Dios. Santos son, yo lo confieso; pero tal vez le añaden por Celestiales decretos al siglo, año, mes, semana, día y hora, privilegios tales, que pueden alzarse con la antonomasia, y siendo todos santos, uno sólo ser conocido por serlo. Este es el que vives, éste es el que gozas, supuesto que la puerta del Perdón en este año se abre, haciendo franca la entrada, que estuvo cerrada por tanto tiempo. ¿Preguntáste me cuál era? Satisfacerte deseo si alcanzare a mi discurso la cortedad de tu ingenio. La primer culpa del hombre (comprendida está en su yerro toda la naturaleza) cerró las puertas del Cielo; de manera que aunque abrirlas quiso el llanto, intentó el ruego, no pudo, porque no pudo, incapaz de tanto efecto, hacer que fuese a la culpa igual el merecimiento; porque siendo ella infinita, por ser infinito objeto Dios ofendido, fué fuerza quedase su esclavo hecho, hasta que El, compadecido del miserable lamento de los Padres, que clamaban por el blando rocío tierno de la Aurora, que cuajado vimos ya en sombras y lejos, en la piel de Gedeón discípulo, satisfaciendo lo infinito a lo infinito, que se hiciese Carne el Verbo, encarna en Virginal Claustro

de virtud y gracia lleno, y nace de Madre Virgen, antes y después de serlo: ¿A qué encarna y a qué nace? El morir lo diga, puesto que de la porción de humano quiso sujetarse al feudo. Muere, pues, por nuestras culpas, tan fiador de ellas, que siendo ajenas, las hace propias, y tanto, que en el cruento Sacrificio pareció que el que de pecado ajeno muere, al pecador salvando, era el pecador muriendo. A este pasmo, a este horror, a este asombro hizo sentimiento toda la varia, la hermosa fábrica del Universo: tiemblan los montes, los mares se erizan, gimen los vientos, caducan los edificios, ábreanse los monumentos, oscúrense las luces, chocan las piedras, y el Cielo, viendo sangrienta la faz de la Luna, juzga muerto al Sol, y de su sangre salpicado su azul velo, eran gotas las estrellas y lágrimas los luceros. En tanto conflicto, en tanto terror, pasmo, asombro y miedo, un desmayo fué de todos rasgarse el velo del templo, porque allí la Sinagoga respiró el último aliento, siendo postrer paroxismo de su Ley, el cumplimiento de todas sus sombras, cuando el antiguo documento, sus ceremonias y ritos, cedió al Nuevo Testamento, sacando en aquel instante la variedad de preceptos del Levítico, que Dios le concedió en el desierto, sino aquellos solamente del Decálogo, que impresos más en la fe que en el mármol siempre han de vivir eternos. Hasta aquí en lo literal se explica el Sagrado Texto, de cuyo sentido paso a lo alegórico, haciendo místico de lo historial y alegórico un concepto, que a tu peregrinación ha de dar el argumento. ¡Ea, curiosos, que aquí os he de menester atentos! De aquella gran remisión de pecados, Jubileo plenísimo, a culpa y pena concedido por el mismo Sumo Pontífice Cristo, con todo el Conclave pleno de cinco mil cardenales dejó en el mundo este ejemplo, para que de siglo en siglo haga la Iglesia el recuerdo; y siendo un siglo cien años, que solía en otro tiempo ser proporcionada edad del hombre; su piedad viendo, cuando extinguido el vigor de la vida viene a menos, para que podamos todos participarle, ha dispuesto que el que era de siglo en siglo, venga a reducirse a medio, y así, el año de cincuenta, por ser la mitad de ciento, con el renombre de Santo goza este merecimiento. Suspendirse allí los ritos, las ceremonias y fueros de la Ley Escrita es, pues, suspenderle, si lo advierto, aquellas gracias que estaban concedidas antes de esto; y así, Jubileo no hay, que este año no esté suspenso: ser el ara de la cruz el principal instrumento, es porque las indulgencias de la cruz no perecieron, y así, aunque todas las otras cesaron, no éstas, pues vemos pasar las de la Cruzada con todos sus privilegios. Abrióse la puerta allí que tuvo cerrada el Cielo. Corte y Cátedra de Cristo fué, por mostrarnos en esto ser el día de su Muerte y aquí el de su Nacimiento; es abrazar muerte y vida, principio y fin de este efecto.

Ser cruento Sacrificio, Cristo allí humanado y muerto, es aquí, en la Hostia y el ara, ser Sacrificio incruento; de manera que a dos luces en dos sentidos tenemos lo que fué, y es y ha de ser reducido a un argumento; y así, si quieres venir y ganar el Jubileo y la indulgencia plenaria de tan Alto Sacramento, mis compañeros y yo, cuyos fueron los acentos que te sirvieron de auxilio, Hombre, te acompañaremos, porque no vayas errado, todos un camino haremos, todos somos peregrinos, y así, a seguirmos dispuesto, consulta con tu Albedrío si aceptas mi ofrecimiento, persuadiéndote a que sólo has nacido para esto, porque majestades, pompas, cargos, oficios, trofeos, dignidades, señoríos, honras, estados, aumentos, no son más que una ilusión, un engaño, un devaneo, vanidad de vanidades, que el momento de un momento nos lo convierte en cenizas, humo, polvo, sombra y viento.

Hombre.

¿Qué te parece, Albedrío, de aquesta proposición?

Albedrío.

Tuya ha de ser la elección, y siempre el parecer mío ha de estar sujeto a ti.

Hombre.

Sí, pero siempre sujeto con repugnancia.

Amor.

En efecto, ¿qué me respondes?

Hombre.

Que sí, que supuesto que he nacido a lo mejor obligado, y a peregrinar el hado a esta vida me ha traído, te he de seguir.

Amor.

Pues conmigo por aquesta senda ven, y en ella hallarás a quien te acompañe.

Hombre.

Ya te sigo, pero sin placer, porque vas entrando a una aspereza adonde todo es tristeza.

Albedrío.

Si allá otra senda se ve, no vayas por esta estancia.

Amor.

Este es el camino mío.

Hombre.

Ven, no tan presto, Albedrío, empieza tu repugnancia.

(Sale el Temor de Dios de peregrino.)

Temor.

¿Adónde estará segura mi vida? ¿Por dónde voy? Si cada paso que doy es sobre mi sepultura; apenas muevo la planta cuando pienso que la Tierra en sus Abismos me encierra; cualquier pájaro que canta (bien que con dulce armonía) presumo que es a mi oído de aquella trompa el sonido que Jerónimo temía. Muerte y gloria hay, y ¿hay error? Pena y gloria, y ¿hay malicia? ¿Adónde de tu justicia seguro estaré, Señor?

Hombre.

¿Quién es aquel peregrino que parece que su sombra le atemoriza y asombra?

Amor.

El Temor de Dios Divino, que siempre vive asustado de su justicia y rigor: llega y háblale: Temor.

Temor.

¿Si soy a juicio llamado?

Amor.

No temas, el Amor soy.

Temor.

Sólo Amor hacer pudiera.

Amor.

¿Qué?

Temor.

Que el Temor no temiera. ¿Quién contigo está?

Hombre.

Yo estoy.

Amor.

El Hombre en mi compañía a ser peregrino fiel viene, no te apartes dél.

Temor.

¡Oh!, aprovéchele la mía.

Hombre.

Por vuestro amigo, Temor, hoy me tened desde aquí.

Temor. Que vos me tengáis a mí
es lo que os está mejor.
(Abrazanse.)

Hombre. Desde el instante, Albedrío,
que su pecho al mío llegó,
el corazón se me heló
dentro dél.

Albedrío. ¿Pues qué hará el mío,
que con menos causa sabe
temblar? Esta compañía
deja, bástete la mía
o busca otra más suave.

Hombre. No haré tal, pues antes creo
que con nadie iré mejor
que con Amor y Temor
a ganar el Jubileo.
(Sale el Culto Divino,
viejo venerable, de peregrino,
con báculo.)

Culto Divino. Descanse la vejez mía
sin deshacer el fervor,
pues que también el Señor
descansó al séptimo día,
a este báculo arrimado
esté el caduco edificio,
pues también es Sacrificio
el ocio del fatigado.

Albedrío. Otro venerable anciano
hacia allí sale al camino.

Amor. Este es el Culto Divino.

Hombre. En su aspecto soberano,
que lo es, no dificulto.

Albedrío. ¿Culto?

Hombre. ¿Qué te da pesar?

Albedrío. ¿No ha de dármele pensar,
si es Culto, que hablará culto?

Amor. Venerable padre mío.

Culto Divino. ¡Oh Amor! ¿Quién contigo viene?

Amor. El Hombre.

Culto Divino. Saber conviene
si viene con su Albedrío
para que le abrace yo.

Hombre. Si él conmigo no viniera,
yo arrastrando le trajera.

Culto Divino. Vos podéis, pero yo no,
porque ha de ser voluntario
el afecto para mí.

Albedrío. Amor y Temor seguí,
sin ser a los dos contrario
hasta ahora.
(Abrazalos.)

Culto Divino. No dificulto
ya ofreceros mi favor,
que Albedrío y con Amor
y Temor vienen al culto.
(Abrazalos, y cantan dentro
Obediencia y Perdón.)

Canta Obed. Llegad, llegad a la Mesa Legal
de aquel sazonado Cordero Pascual.

Canta Perdón. Qué dulce y sabroso espera
a que le guste y le coma quien quiera.

Hombre. Tras del Culto se han seguido
Misterios de un Sacramento.

Amor. Oye, y atiende a su acento,
regale su voz tu oído.

Canta Obed. Llegad, mas con desengaño,
que hace provecho y puede hacer daño.

Canta Perdón. Porque ese Manjar que ves,
fué antes León y Cordero después.

Hombre. Misteriosa es la canción.

Culto Divino. Si, declarártela espero,
dice.

Amor. Que yo amo Cordero

Temor. A quien yo temo León.

Canta Obed. Llegad, que en Misterio tanto,
tres veces Señor y tres veces Santo.

Canta Perdón. En un himno lo declara
el Angel, y en él, si bien se repara,
castigo y premio se ven,
porque es Pan de vida y de muerte también.

Hombre. ¿Feliz o infeliz mi suerte
hará tan nueva comida?

Amor. No temas, que es Pan de vida.

Temor. Teme, porque es Pan de muerte.

Canta Obed. En gracia le has de comer
porque te llegue a satisfacer.

Canta Perdón. Creyendo que en él estén
el premio, o castigo de obrar mal o bien.
(Salen cantando Obediencia
y Perdón en traje de peregrinos.)

Cantan los dos. Llegad, pues, llega al Altar
si el bien que has perdido pretendes hallar.

Albedrío. Otros dos en vuestro traje
son los que escucho cantar.

Culto Divino. Haránlo por aliviar
las fatigas del viaje.

Hombre. ¿Y quién aquestos dos son
que llegan a tu presencia?

Obediencia. Yo soy, Hombre, la Obediencia.

Hombre. ¿Tú quién eres?

Perdón. El Perdón.

Albedrío. Bravas gentes vas hallando.

Hombre. Todas al viaje vienen.

Albedrío. ¿Cómo?

Hombre. ¿Cuánto va que tienen
todas su misterio?

Albedrío. ¿Y cuándo
el misterio se ha de ver?

Hombre. Que nos lo diga, imagino,
el discurso del camino.

Albedrío. Pues bien será menester
tener atención con ellos,
para que no por pereza
se pierda la sutileza.

Culto Divino. De vuestros acentos bellos
la voz me elevó.

Obediencia. Habrá sido
por tocarte la canción.

Temor. Vuelve, Obediencia, Perdón,
vuelve a suspender mi oído.

Cantan los dos. Llegad, llegad a la Mesa Legal
de aquel sazonado Cordero Pascual.
(Responden en ecos Seguridad
y Castidad dentro.)

Canta Segur. ¿Cuál?

Canta Cast. ¿Cuál?

Hombre. ¿Cuál?

Culto Divino. Oíd, que en los cóncavos huecos
responde el eco veloz.

Amor. Atended, por fin en su voz
algo nos dicen los ecos
de las voces.

Todos. Sea así.

Amor. Pues vuelve a empezar cantando.

Temor. Vaya un sentido guardando
cada uno para sí
para juntarlos.

Todos. Sea así.
(Cantan Perdón y Obediencia.)

Los dos. Llegad, llegad a la Mesa Legal
de aquel sazonado Cordero Pascual.

Canta Segur. ¿Cuál?

Castidad. ¿Cuál?

Hombre. ¿Cuál?

Perd. y Obed. Qué dulce y sabroso espera
a que le guste y le coma quien quiera.

Seguridad. Quiera.

Castidad. Quiera.

Albedrío. Quiera.

Perd. y Obed. Llegad, mas con desengaño
de que hace provecho y puede hacer daño.

Seguridad. Año.

Castidad. Año.

Perd. y Obed. Porque este manjar que ves
fué antes León y Cordero después.

Seguridad. Es.

Castidad. Es.

Temor. Es.

Perd. y Obed. Llegad, que en misterio tanto,
tres veces Señor y tres veces Santo.

Seguridad. Santo.

Castidad. Santo.

Culto Divino. Santo.

Perd. y Obed. En un himno lo declara
el Angel, y en él, si bien se repara,

Seguridad. Para.

Castidad. Para.

Hombre. Para.

Perd. y Obed. Castigo y premio se ven,
porque es Pan de vida y de muerte también.

Seguridad. Bien.

Castidad. Bien.

Albedrío. Bien.

Perd. y Obed. En gracia le has de comer
porque te llegues a satisfacer.

Seguridad. Hacer.

Castidad. Hacer.

Amor. Hacer.

Perd. y Obed. Creyendo que en él estén
el premio, o castigo de obrar mal y bien.

Seguridad. Bien.

Castidad. Bien.

Temor. Y bien.

Cantan todos. Llegad, pues, llega al Altar
si el bien que has perdido pretendes cobrar.

Seguridad. Obrar.

Castidad. Obrar.

Culto Divino. Obrar.

Amor. Volvamos ahora a juntar
la voz a ver qué declara.

Hombre. Cual

Albedrío. quiera

Amor. Año

Temor. es

Culto Divino. Santo,

Hombre. para

Albedrío. bien

Amor. hacer

Temor. y bien

Culto Divino. obrar.
(Van saliendo la Seguridad
y la Castidad, de peregrinos,
con la Música cantando.)

Cantan las dos. Cualquiera Año es Santo,
para bien hacer y bien obrar.

Culto Divino. ¿Quién, sino tú, Castidad,
que hiciera prodigios, digo?

Castidad. Claro es, viniendo conmigo
la misma Seguridad.

Albedrío. ¡Ah, Castidad, la esclavina
qué bien te está, y yo lo fundo!

Castidad. ¿En qué?

Albedrío. En que eres en el mundo
la cosa más peregrina.

Hombre. Y es verdad, que nunca vi
más peregrina hermosura.

Amor. Llegad, que el Hombre procura
seguir a las dos.

Castidad. En mí
tendrás quien te dé favor
si a ser vienes peregrino.

Seguridad. Y en mí de todo el camino
la seguridad mayor.

Temor. ¿Quién compuso, Castidad,
la letra a que respondió
el eco que se oyó?
(Sale la Verdad de peregrino.)

Verdad. Yo.

Hombre. ¿Quién es ésta?

Amor. La Verdad.

Albedrío. ¿La Verdad ha dicho?

Hombre. Sí.

Albedrío. ¿Y la Castidad la trae?

Castidad. Cuanto en el mundo no hay
se va hallando por aquí.
(Salen el Honor y el Desprecio de peregrinos.)

Desprecio. Peregrinos de la Tierra,
ya que nuestra compañía
está junta, antes que el día
la cumbre de aquella sierra
nos la encubra, a caminar
empezad, que porque no
tardéis, el Honor y yo
os venimos a buscar.

Albedrío. Honor, dijo.

Hombre. Calla, necio.

Albedrío. Cuanto allá no hay, aquí ves.

Hombre. ¿Amor?

Amor. ¿Qué quieres?

Hombre. ¿Quién es
ésta?

Amor. El humano Desprecio.

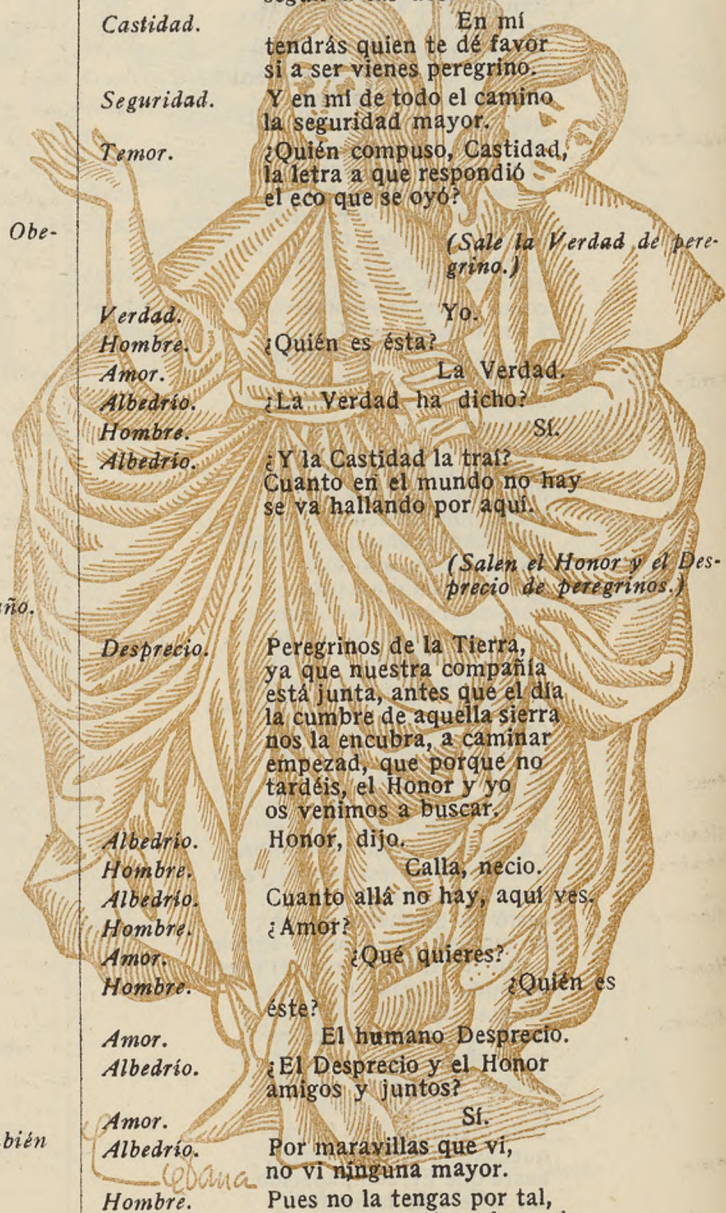
Albedrío. ¿El Desprecio y el Honor
amigos y juntos?

Amor. Sí.

Albedrío. Por maravillas que vi,
no vi ninguna mayor.

Hombre. Pues no la tengas por tal,
que entre nosotros, honrado
es más el Despreciado.

Culto Divino. Ya que de los diez cabal
está el número y desea
el Hombre desengañado
de los diez acompañado
hacer este viaje, sea
en el traje peregrino,
como en el nombre.



Amor. Yo quiero ser quien le sirva primero, y para esto determino desnudarle de la piel,
(Quítale al Hombre las pieles.)
de los hábitos villanos, que son efectos humanos, propio oficio de amor fiel, desnudar de estos afectos.
(Pónale la túnica.)

Temor. Pues yo, que soy el Temor, la túnica del Dolor le visto, cuyos efectos, como en la serpiente, harán que otra nueva piel reciba para que de nuevo viva. Poniéndote vas, galán.

Albedrío. Si es ceñirte, autoridad del Apóstol, éste ha sido el cingulo, que tejido te ofrece la Castidad.
(Pónale el cingulo.)

Culto Divino. Pues yo, a quien el Cielo plugo dar del Culto la Divina autoridad, la esclavina doy, que significa el yugo de la Ley.
(Pónale la esclavina.)

Obediencia. Yo darle quiero, por ser don de la Obediencia para que haga reverencia, el más humilde sombrero.
(Dale el sombrero.)

Perdón. Recibe en esta ocasión, pues la acción en que estribar debes es el perdonar, el báculo del Perdón.
(Dale el báculo.)

Seguridad. Y porque vayas seguro, el báculo que te dió el Perdón, esto que yo le haré, porque así procuro mostrar que la fortaleza es don de Seguridad.
(Saca del báculo una espada.)

Verdad. Pues yo, que soy la Verdad, daré a tu naturaleza testimonio de que eres peregrino en tierra y mar porque te dejen pasar por dondequiera que fueres; aquí protestan, firmando Job, David y Salomón la auténtica información de que vas peregrinando.
(Dale la caja de papeles.)

Desprecio. Yo, que soy Desprecio humano, para sustentarte iré pidiendo limosna, en fe de que todo honor es vano.

Amor. Si no el mío, pues le fundo en ese mismo desprecio.

Albedrío. Ya eres peregrino.

Hombre. Necio, ¿cuándo no lo soy del Mundo?

Albedrío. ¿Y es todo éste el misterio a que los diez han venido?

Hombre. Otro mayor habrá sido el salir de cautiverio.

Albedrío. Con serlo, aún no te veo traza de ser peregrino honrado, pues por cosas que te han dado, te falta la calabaza, si ya no es que la cabeza te sirva de todo.

Amor. Ya que igual en el hombre está hábito y naturaleza, porque se explique mejor el acto de peregrino, empecemos el camino, y aliviando su rigor cantemos algo al Misterio del Pan que hemos de pedir cada día, para ir desde aquí al Romano Imperio.

Todos. Empieza, pues.
Albedrío. Yo imagino, si es que cantan, responder que hoy todos hemos de ser Franchotes (*) a lo Divino.
Cantan. El Santo Espíritu y el Hijo, amparenos, y al Padre pidase el Pan por Viático; Manjar Angélico hoy, Señor, danoslo, Pan de quien símbolo fueron los ázimos, emblema físico, y enigma cándido, ¡oh Pan de Angeles!, tu gracia sálvenos.
(Entranse, cantando, y se abren dos peñascos en dos carros, y del uno sale Luzbel y del otro saldrá la Lascivia.)

Luzbel. ¡Oh!, cegárase mi vista.
Lascivia. ¡Oh!, ensordeciera mi oído.
Luzbel. Antes que hubiera escuchado.
Lascivia. Primero que hubiera visto.
Luzbel. De aquella Cristiana Tropa,
Lascivia. De aquel Escuadrón Divino,
Luzbel. La Congregación de fieles.
Lascivia. La alabanza de sus himnos.
Luzbel. ¿De qué me ha servido, Cielos,
Lascivia. ¿De qué, oh montes, me ha servido
Luzbel. El ser astuta serpiente?
Lascivia. El ser traidor basilisco?
Luzbel. Como lo dijo el Profeta.
Lascivia. Como el Apóstol lo dijo.
Luzbel. Si al acento de tu voz,
Lascivia. Si de su planta al destino,
Luzbel. Mis orejas no se cierran.
Lascivia. No matan los ojos míos,
Luzbel. A pesar de mi veneno.
Lascivia. Y a despecho de mi arbitrio.
Luzbel. Oigo aquellas alabanzas.
Lascivia. Aquellas Escuadras miro,
Luzbel. Donde de su voz el eco
Lascivia. Y de su viaje el motivo.
Luzbel. Es de mi garganta lazo.
Lascivia. Es de mi pecho cuchillo.
Luzbel. A cuyo mortal garrote.
Lascivia. A cuyo embotado filo.
Luzbel. Tan atormentado muero.
Lascivia. Tan desesperada vivo.
Luzbel. ¡Qué confuso!
Lascivia. ¡Qué asustada!
Luzbel. Mortal.
Lascivia. Absorta.
Luzbel. Ofendido.
Lascivia. Triste.
Luzbel. Infeliz.
Lascivia. Muda.
Luzbel. Ciego.
Los dos. ¡Rabio, lloro, peno y gimo!
Luzbel. Parece que de mis voces,
Lascivia. Pienso que de mis suspiros,
Luzbel. Articulados los ecos,
Lascivia. Los acentos repetidos,
Luzbel. Me han respondido las peñas,
Lascivia. Los montes me han respondido,
Luzbel. Pues si también a las iras,
Lascivia. Si también a los gemidos,
Luzbel. Hay en las grutas halagos.
Lascivia. Hay lisonjas en los riscos.
Luzbel. Dime, ¡oh tál, pero ¿qué veo?
Lascivia. Dime, ¡oh tál, pero ¿qué miro?
Luzbel. ¿Lascivia?
Lascivia. Luzbel, ¿qué es esto?
Luzbel. Preguntárete lo mismo, que si con un corazón, con un aliento vivimos tan uno los dos, que somos sólo en el nombre distintos; ¿Quién duda?, ¡ay de mí!, ¿quién duda que habrás en este distrito lo que yo escuché escuchado

y lo que yo he visto visto? El Hombre.

Lascivia. Si asientas que eres mitad mía, o todo mío, llegando yo a padecerlo, ¿qué tienes tú que decirlo? Ya sé que el hombre, inspirado de aquel celestial auxilio del Amor, con que su gracia siempre le espera al camino, junto a la apacible orilla de la fuente del Bautismo, tu compañía aceptó, y en traje de peregrino, con las Virtudes que son de su bando, ir ha querido a ganar el Jubileo, y como pobres mendigos, aquel pan de cada día van pidiendo al Cielo a gritos.

Luzbel. Pues ya sabes tú que es ese su bien y nuestros conflictos; su favor y nuestras penas; su dicha y nuestro martirio; haya, pues, cautela, y seamos estorbo contra el designio de sus intentos.

Lascivia. ¿Cuál es?, que ya a seguirla me animo, pues soy contra esas Virtudes el capital de los vicios.

Luzbel. Ellos de la frase usando de alegóricos sentidos y metáforas, ¿no son disfrazados peregrinos?

Lascivia. Si.

Luzbel. Pues usemos nosotros a este argumento mismo y llévenos adelante los riesgos de los caminos.

Lascivia. ¿De qué suerte?

Luzbel. De esta suerte: ¡Ah, del Mundo!

Mundo. ¿Quién ha sido el que a mi esfera ha llamado?

Luzbel. Tus dos mayores amigos, Lascivia y yo.

Mundo. ¡Oh Lascivia!

Luzbel. ¡Oh Luzbel! Pues ¿en qué os sirvo?

Mundo. ¿No eres nuestro amigo?

Luzbel. Si, y a contrario silogismo se prueba, que tú, ella y yo somos los tres enemigos del Alma.

Luzbel. ¿Cuántos te llaman, ¡oh Mundo!, Mesón y Hospicio, Venta y Posada, en que el hombre está de paso?

Mundo. Infinitos.

Luzbel. Luego ¿es fuerza que en tu casa paren cuantos van camino?

Mundo. Claro está.

Luzbel. Pues a un viador de los que le traen consigo hemos de apartar, haciendo que le cansen los motivos con que le acompañan.

Mundo. Yo ni obedezco ni replico, que aunque enemigo del hombre soy, no lo soy positivo, pues por ser Mundo no soy precisamente enemigo, sino respecto de aquellas ocasiones que en mí admito, y así, aunque tengo mesones de pecados y de vicios, tengo también de virtudes y penitencias asilos, y no sé yo a cuál le lleven las gentes que traen consigo.

Luzbel. Por eso quiero que seas cautela al intento mío; prevénle tú una posada llena de aparatos ricos, delicias, comida y juego.

Mundo. Si haré, que aquéese es mi oficio.

Luzbel. Tú, Lascivia, porque no busque otro puerto, otro abrigo, sino el nuestro...

Lascivia. ¿Qué?

Luzbel. A la reja has de estar de ese edificio llamando a los pasajeros porque, de tu voz movidos, acepten este hospedaje, que es de los otros distinto.

Lascivia. También es mi oficio ése, y hoy verás cómo los brindo

(*) Nombre de desprecio que daba la gente vulgar en general a todos los extranjeros.

a las puertas del mesón
con el oloroso vino,
que embriaguez de los mortales
infunde en sueños lascivos,
y en perniciosos letargos
confeccionados hechizos.

Luzbel. Pues yo también, de la tierra
extranjero, determino
fingirme otro caminante
que, haciéndome encontradizo
con ellos, a ti los traiga.

Mundo. Pues cada cual a su oficio:
yo a prevenir hospedaje,
que será un palacio rico
fabricado sobre el viento,
pues todos los edificios
del mundo son humo al fin,
si son lisonja al principio.

(Vase el Mundo.)

Lascivia. Yo voy a que aqueso engaño
los ciegos, y de mí lo fio,
pues a sus umbrales soy
la llama de su apetito,
el calor de su deseo,
la sujeción de su arbitrio,
de su ingenio la torpeza,
de su razón el delirio
y el casi casi absoluto
imperio de su albedrio.

(Vase la Lascivia.)

Luzbel. Pues yo me quedo a que caigan
en uno y otro peligro,
ya que otra vez de su canto
vuelve a proseguir el himno.

(Vase Luzbel y salen to-
dos cantando, y el Hombre
de peregrino.)

Cantan. Panal meliflúo,
más dulce y cándido
para el católico
que al pueblo hebraico.
¡Oh Pan de Angeles!,
tu gracia sálvenos,
a humildes súplicas
responda placido
y ensalzaremos
en humillándonos.
¡Oh Pan de Angeles!,
tu gracia sálvenos.

Culto Divino. A la sombra de estos sauces
descansemos, pues Dios hizo
para el descanso la fiesta,
y hoy lo es.

Hombre. Bien imagino
que he de menester el descanso.

Albedrio. ¿A quién no pasa lo mismo?

(Sale Luzbel en traje de
pasajero.)

Luzbel. ¿Si un perdido caminante,
miserables peregrinos,
halla piedad en vosotros,
decid si éste es el camino
para la mejor posada?

Amor. Bien se ve que vais perdido.
Luzbel. ¿En qué?

Amor. En que venís de donde
todos vamos, y es indicio
que quien deja el fin atrás
ya va errado en el principio.

Luzbel. Aunque puedo al argumento
responder, más solicito
informarme que argüir.
¿No vais al Mundo?

Todos. Es preciso.
Luzbel. Pues vamos, que por no ir solo
que iré con vosotros, digo,
y en la posada haré el gasto
a todos.

Albedrio. Es un bendito.

Hombre. ¿Quién es?

Amor. No es de nuestro gremio,
ya quién es dirá el camino.

Albedrio. Muchas cosas que decir
lleva, pero aún no averiguo
el misterio de los diez.

Luzbel. Pues ¿qué misterio escondido
hay en ellos?

Albedrio. ¿Qué sé yo!
Que sólo sé que los sigo
por desiertos y asperezas,
sin descanso y sin alivio.

(Descúbrese en el segundo
carro una torre dorada, y
en su capitel, la Lascivia,
con una copa dorada en
la mano.)

Luzbel. No desconfíes tan presto,
que ya entre aquellos dos riscos
suntuosamente, ¿no ves
se descubre un edificio,
cuyos altos capiteles
espejos son de oro y vidrio,
en que se enamora el sol
tornasolándose a visos,
iluminándose a rayos,
de su hermosura narcisos?
Vamos allá, que no dudo
que en él hallemos hospicio.

Amor. Id vos, que sois caballero,
que los que pobres nacimos
en el desierto alojamos
y no en los palacios ricos.

Temor. Las cuevas adonde habita
la penitencia es el sitio
para nosotros decente.

Culto Divino. Además, que es más debido
ir al templo que al palacio.

Lascivia. ¡Fatigados peregrinos!

Luzbel. Oíd, que de la torre llaman.

Hombre. Y es el más bello prodigio
que vieron jamás mis ojos.

Lascivia. Si el cansancio del camino
queréis aliviar, aquí
posada, puerto y abrigo
tendréis, no paséis a otra;
veréis cómo en ella os sirvo;
llegad, refrescad, que en este
vaso está el precioso vino
de los néctares con que
a los caminantes brindo.
Lleguemos allá.

Luzbel. Lleguemos.

Albed. y Homb. ¡Tente, Hombre!

Todos. ¡Tente, Albedrio!

Unos. ¡No vayas!

Otros. ¿Por qué?

Hombre. Porque
este es el fiero vestigio
que vió Juan sobre aquel monstruo
de siete cuellos distintos,
brindar con el vino, que es
veneno de los sentidos.

Albedrio. Sea vino y sea veneno,
que no hay mal veneno en vino.

Hombre. Pues ¿una vez que llegamos
a ver un pequeño alivio
me lo embarazáis? ¿No es
rigor el que usáis conmigo?

Todos. No es sino piedad.

Hombre. ¿Quién deja
después que por breñas vino
tan ásperas, de gozar
de la posada el abrigo?

Luzbel. Vuelve a llamarle, Lascivia.

Lascivia. Llegad, llegad, peregrinos,
abierto hallaréis la puerta,
donde todos los sentidos
hallan su objeto, la vista
entre aparadores ricos
de plata y oro, entre dulces
instrumentos el oído,
entre aromas el olfato,
entre manjares distintos
el gusto, y el tacto entre
lechos de plumas mullidos,
cuyas delicias retratan
el primero paraíso.

Luzbel. ¿Quién no agradece hospedaje
tan noble?

Albedrio. También lo digo.

Luzbel. ¿No venís?

Hombre. Sí, y cuando no
fuera ese pretexto digno
el de ver tal hermosa
lo fuera.

Amor. Excusa un delito.

(Pónese delante el Amor.)

Hombre. ¿Delito es amar lo hermoso?

Amor. Sí.

Hombre. De escucharlo me admiro
al que dice que es Amor.

Amor. Si soy; mas Amor tan digno,
que no soy de la hermosura,
sino del Autor que la hizo,
y así, si en mi compañía
quieres proseguir conmigo
el viaje, sólo a Dios
has de amar.

Luzbel. Tiemblo al oírlo.
Albedrio. ¿Qué val! Que cada uno empieza
ahora el misterio a que vino.

Hombre. Pues ¿no se ama en las criaturas
al Criador?

Amor. Y yo lo afirmo;
mas no cuando en las criaturas

ofende al Autor, indigno
el Amor, porque hay amor,
que es virtud, y amor, que es vicio.
¡Vive Dios!, que yo he de amar
una hermosura que miro.

(Pasa delante del Amor
el Temor.)

Temor. No jures su nombre en vano
y más con tan mal motivo
como hacer cosa mal hecha,
que me estremezco de oírlo,
porque no hay otra en que más
se pierda a Dios el debido
Temor, que cuando le traen
del pecado por testigo.

Hombre. No he de amar, ni he de jurar.

Albedrio. Con buena gente venimos.

Luzbel (Ap.). Ahora es tiempo, Lascivia.

Canta Lasc. Llegad, llegad, peregrinos,
adonde todo es deleite,
alegría y regocijo.

Luzbel. Yo, si no queréis venir,
de esa dulce voz movido,

Hombre. Y como que es dulce voz.

Luzbel (Ap.). Allá voy, así le incito,
que un mal ejemplar a veces
aún mueve más que yo mismo.

(Vase.)

Hombre. ¡Ay de mí! ¿Qué vivo fuego
es el que en mí ha introducido
este linaje de celos?
¡Oh, cuán a mi costa finjo!
Ahora bien, pues ya que sea
amar y jurar delito,
sin amar y sin jurar
vamos a ver este rico
palacio.

Culto Divino. Al templo es mejor,
que hoy el día es de domingo
y santificar la fiesta
debemos con sacrificios,

Hombre. Buen descanso es la oración
para el que viene rendido
de hambre, sed, cansancio y sueño.

Albedrio. ¡Por Dios, que el consuelo es lindo
tras no comer ni beber!

Culto Divino. Mejor Pan y mejor Vino
te daré yo.

Albedrio. Una por una,
mejor el otro lo hizo,
que estará comiendo ya.

Hombre. Hagamos todos lo mismo.

Culto Divino. Eso no, porque primero
has de ir al templo conmigo.

(Apártale con Desprecio
y llega la Obediencia.)

Hombre. Quita, impertinente anciano.

Obediencia. No le trates con desvío,
y si yo he de acompañarte,
tras el respeto debido
a los padres has de honrar,
tus mayores y ministros.

Hombre. ¿Quién te mete en eso?

Obediencia. Ser

la Obediencia. Más me irrita
con los cuatro Mandamientos
que ponerme habéis querido
delante, opuesto a los cuatro
en cuanto hago y cuanto digo.

Los Cuatro. Esto es Ley.

Hombre. No es Ley; quitad
y no me obliguéis, que impío
rompa por todo.

(Va a sacar el estoque y
le detiene el Perdón.)

Perdón. Aguarda;
no, osado; no, vengativo,
desenvaines del bastón
el acero.

Albedrio. Ya van cinco.
Hombre. ¿Cómo, si airado con ella
me miras tú, has pretendido
templarme?

Perdón. Como el Perdón
soy, y no he de consentirlo,
y no a los amigos sólo;
pero aun a los enemigos
has de perdonar, por no
cometer un homicidio.

Hombre. ¿Tú has visto tantos preceptos
como me han introducido
en un instante?

Albedrio. ¿Habrá mas
de romperlos?

Hombre. No me animo a tanto, y antes me deja sobresaltado el oírlos.
(Vuélvese atrás.)

Albedrio. ¿Te vuelves?
Hombre. Sí.
Albedrio. Pues yo no, que he de ir con el que aquí vino a comer y descansar.
Hombre. Que no me dejes, te pido, porque quedaré forzado si quedo sin Albedrio.
(Quiere detenerle y se escapa.)

Albedrio. No harás.
Hombre. Detenle tú, Amor.
Amor. En vano lo solicito.
Hombre. Temor, deténle.
Temor. No puedo.
Hombre. Culto.
Culto Divino. Ni yo, aunque porfío.
Hombre. Obediencia.
Obediencia. Yo tampoco.
Perdón. Y a mí me pasa lo mismo.
Hombre. ¿Nadie le detiene?
Todos. No.
Albedrio. No, que de todos me libro, que a haber Albedrio forzado no hubiera libre Albedrio.
Hombre. Pues yo veré si es que puedo forzarte a que estés conmigo.
Albedrio. Tú podrás, pero no otro, y aun con violencia tú mismo; protesto, que desde aquí de mala gana te sirvo.
Hombre. Yo, que de esta mala gana hago al Cielo sacrificio, mostrando que puede el Hombre hacer fuerza a su Albedrio cuando pone los preceptos delante a los apetitos.
Lascivia. ¡Ay de mí, que atrás le ha vuelto estando ya fugitivo su Albedrio; mas ¿qué importa, si aunque obedezca a los cinco el mayor riesgo le falta? Venid, venid, peregrinos, ¿dónde vais con esta siesta, no veis que el sol, encendido Fénix de su misma llama, se está abrasando a sí mismo?
Hombre. ¡Ay de mí! Que cada vez que oigo su voz, su luz miro, contra mi Albedrio se vuelve la razón de mi Albedrio.
(Pónese la Castidad delante.)

Castidad. Pues no la mires.
Hombre. ¿Por qué, puesta delante, has querido que yo de vista la pierda?
Castidad. Porque es aqueste mi oficio, que siendo la Castidad es mi mortal enemigo la Lascivia, y mi precepto es contra el amor lascivo.
Albedrio. Siendo su precepto el sexto, nos quiere dar el quinto.
(Luchan el Hombre y la Castidad, hablando él siempre con la Lascivia.)

Hombre. Aparta, que he de mirarla. ¿Quién eres, bello prodigio?
Lascivia. Esposa del Mundo soy, Príncipe y Monarca invicto de cuanto ves.
Castidad. No has de verla.
Hombre. Sí he de verla; aparta digo.
Castidad. ¿No hay quién me ayude?
(Adelántase el Honor.)

Honor. Sí hay, que yo, Castidad, te asisto.
Hombre. ¿Tú a estorbarme te adelantas? Y cuando a ella la desvío, para ponerte delante ¿te has quitado de tu sitio?
Honor. Sí, que siendo yo el Honor y habiendo esa mujer dicho, que es mujer de otro, que a otro se haga ofensa no permito, y así, me adelanto al lado de la Castidad, que asisto,

supuesto que de ella soy precepto correlativo, no has de codiciar mujer ajena.
(Aparta a las dos y pónense delante Seguridad y Desprecio.)

Hombre. Si la codicio o no, tú no has de estorbarlo, tanto porque solicito mariposa de sus rayos morir a tan gran peligro, cuanto por si de las joyas que adornan sus crespos rizos, algunas puedo quitarla para pasar el camino.
Albedrio. Si, por Dios, no nos estorben introducir este estilo
Seguridad. Eso no, porque eso fuera hacer segundo delito.
Desprecio. Y aun tercero codiciar los bienes que ajenos miro.
Hombre. ¿Pues qué os va en eso a los dos para llegar a impedirlo?
Seguridad. Ser yo la Seguridad con que unos de otros vivimos.
Desprecio. Yo, el Desprecio, que de humanos bienes hace desperdicios.
Seguridad. No has de hurtar, que es el pecado más infame y más mal visto.
Desprecio. Ni codiciar bien ajeno.
Albed. (Ap.). Ahora que está divertido, veré si puedo escaparme.
Hombre. No será hurto si la digo que soy Príncipe en la Tierra, aunque ahora voy peregrino disfrazado, y que doblado volveré lo que la quito, pues si voluntariamente con mis cautelas la obligo, no será hurto.
(Atraviésase la Verdad.)

Verdad. Será engaño, que es lo que yo no permito, pues siendo yo la Verdad, con testimonio fingido a nadie se ha de mentir mientras yo en el Mundo vivo.
Hombre. ¡Oh, qué cansados preceptos, qué austeros y qué prolijos! ¿Nada ha de querer el gusto que no os parezca delito?
(Hace que se va el Albedrio por detrás del Hombre.)

Albedrio. ¿dónde vas?
Hombre. Pensé que no me habías visto.
Albedrio. Vuelve conmigo
Albedrio. Mejor será venirme conmigo.
(Luchan los dos y el Albedrio le arrastra.)

Hombre. No me arrastres.
Albedrio. ¿Cómo no haces fuerza ahora?
Hombre. Imagino que es esta la diligencia que hay entre mí y mi Albedrio, que una vez lidio con gana de vencer, y otra vez lidio con gana de no vencer; y así más fuerza no aplico, porque quise vencer antes y ahora quiero ser vencido; tras ti, Albedrio, me lleva.
Canta Lasc. Venid, venid, peregrinos.
Hombre. Bellísimo encanto, ya la luz de tus rayos sigo.
Lascivia. Ven a mis brazos.
Castidad. Primero has de ver que me retiro yo, como más ofendida, por no ver tu precipicio.
Hombre. ¿Qué importa que tú te ausentes? Los nueve vendrán conmigo.
(Da la Castidad la mano a la Obediencia.)

Castidad. Eso no, que la Obediencia en cualquier precepto mío sólo ella conmigo irá.
Obediencia. Claro está que iré contigo,

pues que no honra sus mayores el que no honra su Dios mismo.
(Da la Obediencia la mano al Honor.)

Honor. Perdido el respeto a Dios yo también a las dos sigo, porque no hay Honor humano donde no hay Honor Divino.
Desprecio. De aqueste Desprecio a mí mayor parte me ha cabido, pues me ofende quien no hace de otros bienes desperdicios.
(Da la mano a la Verdad.)

Verdad. Y es eso tanta Verdad, que yo, que lo soy, lo afirmo.
(Da la mano a la Seguridad.)

Seguridad. Pues ya que Seguridad puede quedarle consigo, si quien hurta el tiempo a Dios ¿hace mayor latrocinio?
(Da la mano al Perdón.)

Perdón. Ninguna, y así el Perdón se reducirá a castigo, pues de la muerte del alma es el pecado homicidio.
(Da la mano el Perdón al Culto.)

Culto Divino. Si a pecar te vas, el Culto no te puede ser propicio.
(Da la mano el Culto al Temor.)

Temor. Ni el Temor, pues no le tiene quien se hace del Culto indigno.
(Da la mano el Temor al Amor.)

Amor. Y quien le pierde el Temor el Amor le habrá perdido, porque Dios no puede ser amado sin ser temido.
Hombre. ¿Así os vais dando las manos unos a otros?
Amor. Es preciso: o todos contigo queden o nadie vaya contigo.
Hombre. Pues idos todos, que yo en descansando, al camino saldré a alcanzarlos.
Amor. Quizá no podrás.
Hombre. Pues si yo he sido por mí bastante a perderos, que seré bastante, digo, por mí a hallaros.
Amor. No serás, que el hombre basta atrevido a perder a Dios sin Dios, pero a Dios no basta él mismo sin él hallarle.
Hombre. ¡Oh!, qué presto que es falso aque se principio veréis.
Temor. Presto verás tú que es verdadero.
Hombre. Pues idos, que yo volveré a cobrarlos.
Amor. Que podrás cobrarlos, digo, mas no por ti solamente sin tener de Dios auxilio.
Hombre. ¿Cómo?
Amor. Presto una experiencia mejor que yo ha de decirlo. En fin, ¿os vais todos?
Todos. Sí.
Hombre. ¿Uno aún no queda conmigo?
Todos. No, que quien queda en pecado de ningún mérito es digno.
(Vanse, y quedan solos el Albedrio y el Hombre.)

Lascivia. ¡Albricias!, que ya le dejan las Virtudes con quien vino.
(Sale Luzbel en la torre dentro.)

Luzbel. Pues no halle, desesperado, lisonja alguna en los vicios.
Albedrio. Ya solos hemos quedado.

Hombre. ¡Qué cansada compañía!
Albedrio. Lleguemos antes que el día
quede en sombras sepultado.
Hombre. ¡Ah del hermoso traslado
de ese Alcázar inmortal!
Lascivia. ¿Quién es? ¿Quién llama a su umbral?
Albedrio. Linda flema.
Hombre. Un peregrino
que a tu voz llamado vino,
porque en tu luz celestial
las glorias del Mundo fundo.
Lascivia. ¿Las glorias del Mundo?
Hombre. Sí.
Lascivia. Pues estas son, porque así
pasan las glorias del Mundo.

(Húndese la torre en el
carro con mucho fuego.)

Hombre. ¡Oh portento sin segundo,
y tan primero portento
que pasma mi entendimiento!
Albedrio. ¡Ay, Señor! ¿Qué se hizo aquella
hermosa fábrica bella?
Hombre. Toda se la llevó el viento.
Albedrio. Luego todo era ilusión
cuanto te ofreció aparente.
Hombre. Un instante solamente
aún no logré mi intención;
luego ¡ni un instante son
las glorias del Mundo!

Luzbel (dentro). Errante
peregrino, o caminante,
atiende en mi mal gobierno
cuán fácilmente lo eterno
pierdo por un breve instante.

Albedrio. Sólo en el monte ha quedado
una lóbrega, una umbría
gruta.

Hombre. Supuesto que el día
con lo demás ha faltado,
la noche en ella albergado.

(Al entrar el Hombre en
una gruta, que habrá en
el teatro, sale el Mundo.)

Mundo. ¿Quién va?

Hombre. Un peregrino
que acaso por aquí vino.

Mundo. ¿Dónde tu camino es?

Hombre. A la Indulgencia.

Mundo. Pues

no es por aquí tu camino.

Hombre. ¿Quién eres tú?

Mundo. El Mundo soy.

Hombre. ¿No era tuya aquella bella
fábrica?

Mundo. Sí.

Hombre. Pues ¿qu'es della?

Mundo. Por no dártela, la doy
al viento.

Hombre. ¿A qué efecto hoy
me la prometiste?

Mundo. A efecto
de hospedarte.

Hombre. Pues si acepto
la promesa, ¿por qué no
me la cumples?

Mundo. Porque yo
nunca doy lo que prometo.

Hombre. ¿A otro no albergaste?

Mundo. Sí,
pero donde lo albergué
ignoras tú.

Hombre. Yo lo sé,
que en tu palacio le vi;
acógeme en él a mí,
pues ves cuán triste y oscura
la noche cerrar procura.

Mundo. Sí haré; entra a este breve espacio,
que yo al que ofrezco un palacio
le doy una sepultura.

(Alza el Mundo una losa
y se descubre una sepul-
tura abierta, y vase.)

Albedrio. ¡Lindo agasajo!

Hombre. ¡Ay de mí!
¡Qué poderoso, qué fuerte
es el horror de la muerte!
¡Aquí he de hospedarme!

(Sale Luzbel.)

Luzbel. Sí,
tu alojamiento está aquí,
entra en él.

Hombre. ¡Ay de mí, tristel

¿No eres tú el que me dijiste
que aquí delicias buscaste?

Sí.

Luzbel.

Hombre. Pues ¿para qué me engañaste?

Luzbel.

Hombre. ¿Para que tú me creíste?

Hombre.

Luzbel.

No,

sino sombra y vanidad,
porque si fuera verdad
no te la dijera yo.

Hombre.

Pues ya que sombra se vió,
¿por qué no dura en su sombra?

Luzbel.

Porque flor breve se nombra
la gloria del Mundo vana,
que apenas ve en la mañana,
cuando la noche la asombra,
por ser su edad tan ligera,
la ofrecí para no darla,
que si hubieras de gozarla
quizá no te la ofreciera,
que es mi rencor de manera
que aun el gusto más injusto
dársele al hombre no gusto,
y así, al que puedo lograr,
que le condene un pesar,
no ha de condenarle un gusto,
y pues que la compañía
perdiste con quien viniste,
y perdiéndola perdiste
con ella camino y guía,
desespera, desconfía
de llegar a la segura
puerta, que abrirse procura,
pues ya, errado Peregrino,
no puedes hallar camino
que no dé en la sepultura.

(Vase.)

Hombre.

¡Ay, infelice de mí!
¿Que aunque con asombro y miedo
quiera atrás volver, no puedo,
Albedrio?

Albedrio.

Si lo fui,
ya no lo soy.

Hombre.

¿Cómo así?

Albedrio.

Como el uso me faltó...

Hombre.

¿Quién aquí me trajo?

Albedrio.

Yo.

Hombre.

Pues sácame tú.

Albedrio.

Es cansarte,
que de otros pude apartarte,
pero de la muerte no.

Hombre.

Pues yo probaré a volver
al camino que perdí;
mas ¡ay infeliz de mí,
que el caminar es caer!

(Cae en la sepultura.)

Albedrio.

¡Llégame a favorecer!
Sí haré, pero aunque lo intento,
no basto yo sin tu aliento,
porque yo no soy bastante
a que el que cae se levante.

(Sale el Amor.)

Amor (Ap.)

Ya está puesto el argumento
con que tengo de probar
los medios que ha menester
el que ya llegó a caer
si se quiere levantar.

(Dale la mano el Albedrio
y quiere levantarse y no
puede.)

Hombre.

Gente procura llamar,
que venga a darme la mano.
No la hay ni en monte ni en llano.

Albedrio.

¿Aquel no es el Amor?

Hombre.

Sí.

Albedrio.

Amor, sácame de aquí.

Amor.

Si ciego, atrevido y vano
por ti pudiste caer,
sin que otro a caer te ayudara,
levántate tú.

Hombre.

Repara
en que lo uno pudo ser,
lo otro no.

Amor.

Luego creer
debes con el silogismo
de verte en aqueste abismo,
que por ti mismo pudiste
caer, y no, ya que caíste,
levantarte por ti mismo,
con cuyo ejemplo los dos
veréis en vuestro pesar
que sin Dios puede pecar
el hombre, mas no sin Dios
arrepentirse.

Hombre.

Pues vos

sois su Amor, de aqueste fuerte
paroxismo de la muerte
me librad.

(Va a llegar el Amor y se
detiene.)

Amor.

Sí haré, mas di,
¿llamasme de temor?

Hombre.

Sí.

Amor.

Pues no puedo socorrerte,
que a los actos del Temor
inmediato Amor no acude;
llama al Temor que te ayude.

Hombre.

Ven, pues, en tanto terror,
Temor, a darme favor.

(Sale el Temor. Da el Te-
mor la mano al Albedrio
que también ha de haber
caído cuando le dió al
Hombre la mano para le-
vantarle y no pudo.)

Temor.

El que puedo te daré.

Albedrio.

Si atrición el Temor fué,
tampoco él será bastante
a que el que cae se levante.

Temor.

Flaca mi fuerza se ve;
llama a otro.

Hombre.

¿Culto Divino?

(Sale el Culto Divino.)

Culto Divino. ¿Qué me quieres?

Hombre.

Que le des
la mano al Temor, pues ves
que habiendo errado el camino
este lecho me previno
el Mundo.

Culto Divino.

Confiesa al verte
rendido a ese asombro fuerte
que erraste.

Hombre.

Ya lo confieso.

Culto Divino.

Pues yo llegaré con eso
ahora a favorecerte,
que dando tú a tu Albedrio
la mano, él a tu Temor,
tú, Amor, a mí, el favor
del Perdón traer confío.

(Sale el Perdón.)

Perdón.

Sí harás, que ya el brazo mío
alcanza al Amor de aquí.

(Da la mano el Perdón
al Culto y alcanza con la
otra al Amor.)

Hombre.

Amor, ¿ahora llegas?

Amor.

Sí,

que ahora me alcanza el Perdón,
ya que no de contrición,
de atrición.

Hombre.

¿Cómo?

Amor.

Oye.

Hombre.

Di.

Amor.

Cuando postrado te vías
y a Dios de temor llamabas,
no era, no, porque le amabas,
sino porque le temías;
y así, las piedades mías
no aliviaron tu pasión,
hasta que en la confesión
pudiste el acto elevar,
que Amor no pudo alcanzar
donde no alcanzó el Perdón.
Y aunque el haberme alcanzado,
cuando estoy de ti ofendido,
por la mano izquierda ha sido
esa es la que yo le he dado,
porque desde tu pecado
no me llamaste; mas hecha
la confesión, te aprovecha
tanto, que siendo atrición
la izquierda, la confesión
la vuelve mano derecha,
y la Indulgencia a que vienes,
que aquí se explica, imagino,
pues te da el Culto Divino
el grado que tú no tienes,
por él, el Perdón previenes,
que no pudieras por ti
prevenir, haciendo aquí
la Gracia, que yo prometo
hacer de un acto imperfecto
un perfecto acto, y así,
cuando por sólo Temor
me llamaste, no llegué;
tras Culto y Temor, sí, que
al Temor con su favor
le da su gracia mi Amor,
con que probar solicito,
que el Sacramento infinito

de confesión es bastante
a que el Hombre se levante
estando atrito o contrito.

(Da el Perdón una mano
al Culto Divino y la otra
al Amor, y levántase el
Hombre.)

Y pues ahora lo estás,
aprovecha el tiempo ahora.

Temor. Teme.
Culto Divino. Gime.
Perdón. Siente.
Amor. Lloro.
Músicos. Teme, gime, siente, llora.
Culto Divino. Con eso volver podrás,
donde al Jubileo hallarás
abierta la puerta.
Hombre. Espera,
pues ¿cómo de esa manera
te vas?
Culto Divino. Ya que mi favor
hizo del Temor amor,
llevo el Perdón a otra esfera.

(Vanse el Culto Divino
y Perdón.)

Hombre. Pues ¿cómo los diez, sin vos,
podré hallarlos otra vez?
Tem. y Amor. En los dos están los diez.
Hombre. ¿Que diez se encierran en dos?
Tem. y Amor. Sí.
Hombre. ¿Que son?
Amor. Amar a Dios.
Temor. Y al prójimo.
Hombre. Así lo creo,
mas cuando mortal me veo,
que no veré, es bien que sienta
el número de cincuenta
del Año del Jubileo.
Amor. Sí verás, si siempre...
Hombre. Di.
Amor. En tus bienes y en tus males
de ese número te vales.
Hombre. ¿Siempre del número?
Tem. y Amor. Sí.
Hombre. ¿Cómo?
Amor. Como en él leí,
que todas las horas son
de atrición y contrición,
y puede el dolor y el llanto
hacer cualquier Año Santo.
Hombre. ¿Y dónde está esa lección?
Amor. Entre los Salmos se adquiere.

(Dale un libro de Horas.)

Temor. Hallarla entre ellos intenta.
Hombre. Ya hallé el número cincuenta.
Tem. y Amor. ¿Y cuál es?
Hombre. El Miserere.
Amor. Luego no acaso se infiere
el que de un número son
Año y Salmo, y su elección
Santo hará cualquiera día.
Hombre. ¡Oh, lógrelo la voz mial
Tem. y Amor. Mejor será la oración.
Hombre. Ea, Señor, de mí te compadece
al verme envuelto en mi mortal discordia,
no según que mi culpa lo merece,

sino según tu gran misericordia,
y según el gran número que ofrece
de conmisericordias la concordia
de tu piedad, del libro de los días
borra, Señor, iniquidades mías.

(Suenan chirimías, y en
el otro carro se ve levan-
tado un templo.)

Amor.

Pero ¿qué nueva armonía
a vista ya de otra bella
fábrica, con sus acentos
hurta al verso la respuesta?
Del mismo Salmo lo dice
más adelante la letra,
según el común sentir,
pues dicen que son las piedras
de Jerusalén Triunfante,
en la Militante Iglesia
las virtudes de los Justos,
reedificando con ellas
las murallas de Sión;
y porque mejor lo veas,

(Abrese el primer carro y
se ve la Castidad y el Ho-
nor arrastrando a la Las-
civia.)

vuelve a ver de las que tú
perdiste, en las excelencias
con que en los dos las cobraste:
la Castidad es aquella,
que arrastrando a la Lascivia
por triunfo de su pureza,
entre ella y entre el Honor
la ven a sus plantas puesta.

(Abrese el segundo carro,
y se ven el Desprecio y la
Seguridad, con el Mundo
a sus pies triunfando
de él.)

Temor.

Y el Desprecio de los bienes
y la Seguridad bella,
son aquellas que del Mundo
triunfan allí, porque adviertas
que a sus pies es polvo inútil
de este Mundo la riqueza,
pues solamente la goza
seguro el que la desprecia.

(Abrese el tercer carro y se
ven la Obediencia y la
Verdad triunfando del De-
monio, que estará a sus
pies.)

Amor.

Los dos, que allí del Demonio
triunfan, son, si bien te acuerdas,
la Obediencia y la Verdad;
que de mentira y soberbia
sólo que triunfen es justo
la Verdad y la Obediencia.

(Abrese el cuarto carro y
se ven el Culto Divino, el
Perdón y la Fe en medio,
que traerá en una mano
el Sacramento y en otra
una cruz.)

Temor.

El Culto allí y el Perdón
te abren del templo las puertas,
porque son Perdón y Culto
fieles ministros de aquella

Amor.

Blanca Hostia, que en el ara
del Altar la Fe sustenta.
Siendo esa fábrica hermosa
tanto a la aparente opuesta,
que una feneció caduca
y otra ha de durar eterna,
y así, las Virtudes son,
cuando a los Cielos se elevan,
las piedras de su edificio,
las columnas de la Iglesia.

Hombre.

¡Que esto logren mis venturas!
Luzbel. ¿Que esto mis desdichas vean!
Mundo. ¡Que esto mi cólera sufra!
Lascivia. ¡Que esto mi rabia consienta!
Música. Llega, Hombre, llega a ganar
el Jubileo, y repara
que en el ara del Altar
cualquier Año es Santo para
bien hacer y bien obrar.

Fe.

Llega, Hombre, que el Jubileo
Plenisimo, la Indulgencia
del Año Santo te aguarda
en esa fábrica excelsa
que ha de durar para siempre
en oposición de aquella
que desvanecida en humo
verá el Mundo, cuando vea
venir a juzgar por fuego
toda la Fábrica inmensa:
si allí te brindó con vino
y manjares, la cautela
de tres enemigos: yo
te ofrezco aquí en mejor Mesa
mejor Pan y mejor Vino,
en cuyas especies bellas,
huída la sustancia, sólo
accidentes se conservan,
porque es Carne y Sangre, donde
está con real asistencia
hoy en Cuerpo y Alma, como
en los Cielos vive y reina.

Hombre.

Feliz yo, que llegar pude
a lograr sus excelencias.

Temor.

Feliz yo, pues mi Temor
te libra de muerte eterna.

Amor.

Feliz yo, que pude hacer
que él en Amor se convierta.

Castidad.

Feliz yo, que di a aquel Pan
el candor de mi pureza.

Honor.

Feliz yo, que fui el Honor
de su gloria y honra inmensa.

Seguridad.

Feliz yo, que hice segura
de este camino la senda.

Desprecio.

Feliz yo, que ayudé hollando
de este Mundo las grandezas.

Obediencia.

Feliz yo, que en sacrificio
al Padre di la Obediencia.

Verdad.

Feliz yo, que el testimonio
soy de aquella Verdad mesma.

Culto Divino.

Feliz yo, que fui el Ministro
que repartirle merezca.

Perdón.

Feliz yo, que fui el Perdón,
que abrí del templo las puertas.

Albedrío.

Y feliz yo, si le alcanzo
ahora de las faltas nuestras,
cuando al compás del aplauso
la Música a decir vuelva:

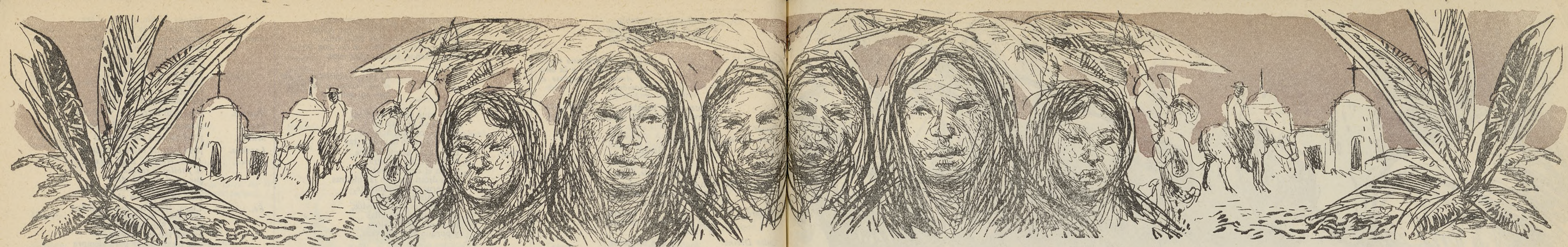
Música.

Llega, Hombre, llega a ganar
el Jubileo y repara
que en el ara del Altar
cualquier Año es Santo para
bien hacer y bien obrar.

(Tócanse chirimías y cié-
rranse los carros, y se da
al Auto fin.)

CORRESPONDE EL PRESENTE AUTO A LOS LLAMADOS FILOSOFICOS, Y EN ÉL CALDERON "PLANTEA
LA GRAN PEREGRINACION DE LA VIDA HUMANA—EL HOMBRE PEREGRINO DE LA VIDA—
EN UNA GALERIA DE FIGURAS IDEALES Y ABSTRACTAS", SEGUN HA DEFINIDO ACERTA-
DAMENTE EL ERUDITO ESPAÑOL VALBUENA PRAT. — ESTE AUTO FUE REPRESENTADO
EN LA VILLA Y CORTE DE MADRID EN 1651 REINANDO FELIPE IV, PARA
CONMEMORAR LAS GRANDES FIESTAS JUBILARES QUE EN AQUEL AÑO
TUVIERON LUGAR. — AL HACER LA TRANSCRIPCION, HEMOS CREIDO
CONVENIENTE CEÑIRLO A LAS NORMAS DE PROSODIA Y SINTA-
XIS ACTUALES, CONSERVANDO UNICAMENTE AQUELLAS
PALABRAS ARCAICAS IMPRESCINDIBLES PARA LA
RIMA. — HEMOS SEGUÍDO LA EDICION QUE DE
ESTE AUTO HIZO PEDRO DE PANDO Y
MIER, EL AÑO DE 1717, EN MADRID,
EN LA IMPRENTA DE RUIZ
DE MURGA.

LAVS DEO



ESPAÑA MISIONERA

Y no sólo de América, sino del mundo, porque jamás puso España mugas en el espacio a su generosidad misionera, ni sufrió lasitud en el tiempo, ni en la forma de misionar tuvo mucho que aprender y sí muchísimo que enseñar.

Situada siempre en la extrema vanguardia de la penetración del Cristianismo entre los infieles, debeladora tenaz de todas las herejías y crisol de la ortodoxia, si bien en los siglos de su grandeza política los pasos de su empresa de apostolado hubieron de trillar las mismas sendas de su epopeya conquistadora y civilizadora para inyectarle sustancia y conferirle permanencia en la Historia, no por eso volvió la espalda a aquellas tierras jamás saludadas por los estandartes de Castilla.

La China, el Japón, el Congo, Abisinia, los pueblos esclavizados por el fanatismo sarraceno, fueron otrora ungidos con sangre de nuestros mártires y fecundados por sudores, cuyo premio acaso sea la mies abundante que la Iglesia cosecha ahora por medio de misioneros de todos los países. Y aun en el siglo pasado, destrozada la Patria por luchas interiores y despojada de su Imperio, embarcaban promociones entusiastas para Indochina y Tonkin, para Australia y las islas del Pacífico.

Ese desprendimiento, esa inhibición profundamente austera que nos hace permanecer ajenos a toda apetencia política, sigue siendo banderín y consigna nuestra; ahora mismo, cuando ya no hay tierras que descubrir o conquistar, nadie como España sabe hacer suya aquella divisa evangélica que, como ninguna otra, define la entraña de nuestro destino: "Buscad, ante todo, la gloria de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura."

América, Filipinas y las tierras todas—incluso europeas—donde los españoles ahincaron sus plantas, muchas veces a la sombra de sus espadas, ahí están, incrustadas en la Iglesia, como testimonio irrefragable de avances y retrocesos de toda una nación, muchas veces sincronizados con el avanzar o el declinar de nuestros capitanes y de nuestros magistrados; jamás de nuestros negociantes.

El encogimiento de nuestro mapa, el ocaso del sol sobre nuestros dominios, la incompreensión de unos y la animadversión de otros, nada han significado en los afanes proselitistas del Catolicismo español, siempre pronto a volcarse sin tasa ni medida, principalmente en aquellas tierras donde perdura la huella de su predilección maternal y secular.

Tarea prolija sería trasladar al breve espacio de unas páginas lo que los religiosos españoles realizan en la actualidad en América, no sólo en el orden estrictamente religioso, sino en la enseñanza, la propagación de la cultura, la beneficencia en todas sus manifestaciones, la prensa, la roturación y valorización de nuevas tierras, la captación y fijación de tribus hasta hoy incontroladas, la incorporación de pueblos a la vida civilizada, la revitalización de formas de cultura indígena, y, en general, el ensanche en profundidad, altura y extensión de las naciones hispanoamericanas.

Limitándonos a los territorios por los técnicos llamados "misiones vivas", que tan tremendo colapso sufrieron a principios del siglo XIX, los misioneros españoles tienen la dirección y la responsabilidad de los siguientes vicariatos y prefecturas, cuya base económica, espiritual y vocacional radica en la Península:

BOLIVIA El Vicariato apostólico del *Beni*, con una extensión de 170.000 kilómetros cuadrados y un registro aproximado de 50.000 habitantes. Los padres franciscanos intensifican la roturación y el cultivo de los campos, abren caminos, mejoran la habitación de los indígenas y realizan una intensa tarea civilizadora, similar, por otra parte, a la que se advierte en todas nuestras Misiones.

Enclavada en la diócesis de la Paz, existe la Misión de *Obrajes* o *Illimani*, confiada a los padres pasionistas de Castilla, para atender a las indíadas que viven en las cuencas del Paz y del Palca.

BRASIL Los padres agustinos tienen a su cargo la Prelatura de *Jataty*, con unos 115.000 habitantes. Desde las residencias fijas, los misioneros irradian por los caseríos, en donde suelen existir catequistas permanentes.

La Prelatura de *Marajó* comprende la extensa isla de este nombre, en la desembocadura del Amazonas. De una situación antiguamente próspera, cayó en el más lamentable abandono, que procuran corregir los agustinos recoletos. Mide la Misión 47.575 kilómetros cuadrados.

Los mismos agustinos recoletos atienden a los 60.000 habitantes censados en la Prelatura de *Labrea*, cuya extensión es de 210.000 kilómetros cuadrados. La asistencia sanitaria ha merecido especial atención por parte de los misioneros, que han creado un hospital y varios dispensarios médico-farmacéuticos. El centro de la Misión ha sido dotado de conducción de aguas, luz eléctrica y otras mejoras, siempre por iniciativa de los agustinos.

En el *Alto Tocantins*, muy adentrados en el corazón del Brasil, los misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María han construido varios edificios religiosos y civiles; han instalado la luz eléctrica y la traida de aguas; han construido puentes, carreteras, caminos, y atienden a los enfermos en varios dispensarios. La población registrada es de unas 100.000 almas, diseminadas en 160.000 kilómetros cuadrados.

La Prelatura de *Bom Jesús de Gurgueia*, antiguo Piauihy, mide 100.000 kilómetros cuadrados y cuenta unos 70.000 habitantes. Los padres mercedarios han abierto escuelas primarias en todas las parroquias, han construido seis iglesias y treinta y dos capillas; han abierto carreteras y caminos. Con la ayuda del Gobierno han instalado un notable museo zoológico. Para atender a las grandes necesidades de orden benéfico y sanitario, el actual Prelado ha fundado un Instituto religioso femenino con personal indígena.

COLOMBIA El Vicariato apostólico del *Casanare* fué fundado en 1893 a petición del Gobierno colombiano y entregado a los agustinos recoletos. La tenaci-



dad de estos españoles se revela no sólo en el avance religioso, sino en los progresos de todo orden: alumbrado y fluido eléctrico en muchas industrias y residencias; imprenta y fotograbado; construcción de un acueducto para alimentar a Támara y Nunchía; trazado de carreteras y caminos; edificación de casas, puentes, etc. La Misión mide 40.000 kilómetros cuadrados y tiene cerca de 25.000 habitantes.

La Prefectura apostólica de *Tumaco*, con una extensión superficial mitad del Casanare, cuenta, en cambio, con 125.000 habitantes, muy favorecidos por los dispensarios establecidos por los agustinos recoletos. Los misioneros son delegados oficiales del Gobierno para la enseñanza, con jurisdicción sobre 125 escuelas primarias y dos superiores.

Los padres capuchinos del Vicariato apostólico del *Caquetá*, que controlan unas 50.000 almas de un territorio de 257.130 kilómetros cuadrados, se han señalado—además de por las actividades comunes—por una excepcional tarea científica: han creado los centros de investigaciones lingüísticas y etnológicas de la "Amazonia Colombiana y Americanista", con varias publicaciones muy apreciadas por los especialistas. El Vicario apostólico es Inspector general de enseñanza en su territorio, y los misioneros son inspectores locales.

También está a cargo de los padres capuchinos el Vicariato apostólico de la *Goajira*, con cerca de 120.000 habitantes en unos 46.000 kilómetros cuadrados. Tienen un hospital, cuatro dispensarios médicos y ocho orfanatos. Funcionan un sindicato industrial y una caja de préstamos. Instalaron los misioneros la luz eléctrica y el teléfono y abrieron 130 kilómetros de carreteras.

La Prefectura apostólica de *Providencia* comprende las islas de San Andrés y la Providencia, antiguos refugios de los piratas que merodeaban por el mar Caribe. Fundada en 1926, cuenta con dieciséis escuelas primarias y una superior. La rigen los capuchinos.

Hasta muy recientemente rigieron los carmelitas descalzos la Prefectura apostólica de *Urabá*, entre el Chocó y San Jorge en un territorio de 40.000 kilómetros cuadrados y 50.000 habitantes; pero, llegada ya la Misión a cierta madurez propia de la jerarquía episcopal ordinaria, pasó a incorporarse a la diócesis de Antioquia. Los carmelitas españoles emprendieron nuevas tareas en otros puntos de Colombia, en Panamá y, sobre todo, en el territorio de Chiriji.

Al sur de esta antigua misión, y formando como un apéndice de la de San Jorge, ha sido confiada a los padres jesuitas la del Madalena, a uno y otro lado del caudaloso río.

Los padres claretianos, que regentan la Prefectura apostólica de *Chocó*, con 55.500 kilómetros cuadrados y 75.000 habitantes, han promovido, con la eficaz ayuda del Gobierno, la creación de varios hospitales y otros centros benéficos confiados a los misioneros. En el orden cultural, atienden a varios cen-

tros de enseñanza, publican revistas y tienen un cine en Quibló. Además han llevado la luz eléctrica a algunas localidades.

Finalmente, el Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras ha abierto en la Prefectura apostólica de *San Jorge* hospitales, dispensarios, centros de auxilio social, escuelas, etc. Tiene un seminario menor para la formación de clero indígena. A los misioneros se debe la apertura de un importante canal que une los ríos Cauca y Mojana.

ECUADOR Es Prefectura de creación reciente la de *Esmeraldas*, para la que en 1946 fué nombrado un carmelita descalzo español. Se trata de una antigua diócesis venida tan a menos, que quedó en absoluto sin clero ni cuidado alguno religioso. La Prefectura parte, en cierto modo, de la nada. Ya han llegado varios religiosos y algunas religiosas. La tarea por realizar será, de momento, exclusivamente de apostolado.

San Miguel de Sucumbios, que mide 25.000 kilómetros cuadrados, es una Prefectura a cargo de los carmelitas descalzos, que, además de construir carreteras, puentes y empujos, han fundado algunos poblados, en los que funcionan escuelas, dispensarios y dos centros de enseñanza agropecuaria.

Los paures franciscanos dirigen la Administración apostólica de *Zamora*, con 15.000 kilómetros cuadrados, en la que han instalado dispensarios médicos atendidos por religiosas, escuelas, una serrería mecánica en Zamora y han abierto muchos caminos.

La Misión más reciente—pues fué fundada en 1948—es la de *Los Ríos*, desmembrada de la diócesis de Guayaquil y entregada al Instituto Español de San Francisco Javier para Misiones Extranjeras. Cuenta con unos 200.000 habitantes y mide 5.950 kilómetros cuadrados. Los primeros misioneros partieron de España a fines de 1949 y proceden de la diócesis de Vitoria.

HONDURAS El Vicariato apostólico de *San Pedro de Sula* es una Misión bastante avanzada, ya que sobre 160.000 habitantes se consideran católicos unos 145.000, repartidos en 41.000 kilómetros cuadrados. Los padres paules instalaron botiquines o dispensarios en todas las residencias. Un hospital está a cargo de las Hijas de la Caridad.

PANAMA Dos orfanatos; varios dispensarios, en los que se reparten gratuitamente las medicinas; numerosas escuelas; la instalación de molinos y varias industrias movidas por electricidad; distintas publicaciones—entre ellas un diccionario caribe-cuna—, amén de otras realizaciones, figuran en el haber de los misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que regentan el Vicariato apostólico del *Darién* (26.000 kilómetros cuadrados y 50.000 habitantes).

PERU En 1900 fué erigida la Prefectura apostólica de San León del Amazonas, y confiada a los agustinos de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús, de Filipinas. Mide 300.000 kilómetros cuadrados. En 1921 se con-



virtió en Vicariato, y en 1945 se le denominó de *Iquitos*. Mide 92.000 kilómetros cuadrados (provincia de Loreto y parte de la de Maynas). Cuenta con una Asociación benéfica de señoras, el asilo leprovisorio de San Pablo (200 pacientes), un hospital en Iquitos, un seminario menor, escuelas, publicaciones, etc. Es una de las Misiones más interesantes por su situación geográfica, sus características etnológicas y los avances logrados por los misioneros en todos los órdenes de la vida.

El Vicariato apostólico de *San Gabriel del Marañón* comprende parte de la antigua Prefectura de San León del Amazonas, mide 34.965 kilómetros cuadrados y cuenta 30.000 habitantes. Los padres pasionistas han construido un hospital en Yurimaguas y un dispensario, una catedral y muchas iglesias en distintos puntos del Vicariato. Han editado varias publicaciones sobre lenguas y pueblos del territorio.

El Vicariato antes llamado de Urubamba y Madre de Dios se llama ahora de *Puerto Maldonado*, y está confiado a los padres dominicos. Cuenta con dos hospitales y un consultorio médico, escuelas primarias y profesionales, un museo arqueológico, instalaciones eléctricas y telegráficas, etc. Sus 40.000 habitantes censados no son sino parte de los que habitan en los 150.000 kilómetros cuadrados de la Misión, donde la mayor dificultad la ofrece la falta de comunicaciones, casi todas realizadas en lanchas.

Los padres franciscanos, de ahincadísima tradición misionera en el Perú, con su centro de irradiación en Ocopa, rigen ahora el Vicariato Apostólico del *Ucayali* (140.000 habitantes en 213.000 kilómetros cuadrados). Tienen granjas de experimentación agrícola y centros de aclimatación de ganado, han construido muchas plantas de carácter civil e industrial, instalaciones eléctricas, orfanatos, hospitales, jardines de la infancia, escuelas..., y para que nada falte, han abierto y sostienen campos de aterrizaje para la aviación.

Lindando con el Ecuador al oeste, y al este con el Vicariato Apostólico de San Gabriel del Marañón y la Prelatura de Moyobamba, los padres jesuitas de la provincia de Toledo regentan desde hace cinco años la Prefectura Apostólica de San Francisco Javier del Marañón, con la capital en San Ignacio.

En 1948, separada de la diócesis de Chachapoyas, fué instituida la Prelatura Nullius, de *Moyobamba*, y entregada a los padres pasionistas españoles.

VENEZUELA Las misiones españolas de Venezuela están a cargo de los padres capuchinos:

a) El Vicariato del *Caroní* (160.000 kilómetros cuadrados, 78.000 habitantes), con cinco hospitales, veinticinco farmacias y dispensarios, un seminario indígena,

numerosas escuelas, granjas agrícolas, instalaciones industriales, publicaciones periódicas.

b) El Vicariato de *Machiques* (125.000 Km. cuadrados y 70.000 habitantes), por ser de creación reciente (1944), no ha logrado aún los resultados que se vislumbran, no obstante las duras dificultades que esperan a los misioneros españoles, decididos a penetrar en territorios jamás explorados y ocupados por pueblos heréticos y valientes, como son los Motilones, entre otros.

Este breve panorama de las Misiones españolas en América no revela sino una parte muy limitada de lo que nuestros religiosos realizan: en muchas de las misiones confiadas a organizaciones de otros países colaboran comunidades españolas, singularmente religiosas, utilizadas como catequistas, maestras, enfermeras y auxiliares para multitud de servicios, que completan la acción de los misioneros y los descargan de múltiples atenciones.

A veces—como ocurre en Filipinas—son misioneros españoles los que regentan parroquias, forman el clero indígena y se entregan a tareas improbas que en nada desmerecen, por su dureza, de las habituales en las "misiones vivas", pero que determinados convencionalismos califican como desempeñadas en cristiandades formadas.

Por otra parte, existen en España Casas de formación cuyo personal se destina exclusivamente a América: los padres franciscanos de Anguciana, los Hermanos Maristas de Carrión de los Condes y Pontós, los padres dominicos de Villalba, los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Premio de Mar, etc., al mismo tiempo que Congregaciones de fundación o abolengo estrictamente americanos—Religiosas del Apostolado, Misioneras Cruzadas de la Iglesia, Misioneros Josefinos, Divina Infanta, etc.—, fundan en la Península Casas de formación para lograr vocaciones que consideran necesarias a fin de mantener una determinada tónica del espíritu apostólico y misionero.

Así es como España, aparcera de Cristo en la evangelización del mundo, iniciadora con Raimundo Lulio del primer plan para la cristianización total de la tierra, misionera en su propia tierra para extravasar luego sus impacencias apostólicas por el universo a su alcance, no sólo aportó a la Iglesia trofeos por ninguna otra nación aprontados, sino que sigue considerando—convencida hasta una eficacia insospechada—que su destino consiste en realizar impávida su vocación misionera con la alegría de una madre pródiga, sobre todo cuando vierte la ternura de sus afanes en América y Filipinas.

H N O . M A N U E L R O D R I G U E Z



MISIONES DE ESPAÑA EN AMERICA

LA CANDELARIA Y LA CUNA DEL PADRE ANCHIETA

POR ENRIQUE DE LA PALMA

A FORTUNADAS llamaron a las islas Canarias, por su clima sin igual y por las bellezas de su suelo. «Afortunadas» no lo son menos por la recta supervivencia de la Fe, que en ellas emula la frescura y fulgor de las flores prendidas a las faldas verdes de sus volcanes apagados. Entre las islas hermanas, la de Tenerife no va a la zaga de las demás ni en riquezas naturales ni en fervor religioso. ¿No es suyo el privilegio de albergar nada menos que a la patrona del archipiélago, la Virgen de la Candelaria?

¡La Virgen de la Candelaria...! Para los tinerfeños ausentes de Tenerife, al igual que para aquellos que mantienen arraigada su vida en la tierra ancestral, no es sólo evocación de procesiones anuales en el sol y las espumas de las orillas del mar, ni del santuario conmovedoramente sencillo, que pronto se trocará en un potente brotar de arquitecturas catedralicias. No; la Virgen de la Candelaria evoca ante todo en los isleños las misteriosas circunstancias de la llegada a su isla de la venerada efigie, siendo a la par una prueba de la predilección manifestada desde tiempos inmemoriales al lugar que entre todos escogiera para testigo de su poder; ese poder que convirtió en masa a todo un pueblo sumido hasta entonces en las tinieblas de la idolatría.

Merece la pena reseñar dichas circunstancias.

Finaliza un día del verano de 1391. Dos de los pastores del «mencey» de Guimar vuelven con su rebaño de cabras a la mansión de aquel rey guanche. De pronto, a la entrada del barranco que conduce a la gruta real, las cabras se detienen, rehusando avanzar. Uno de los pastores se adelanta intrigado y sus ojos descubren, erguida sobre una roca, a una mujercita que «con un niño al brazo derecho y con vestidos distintos de los que usan las mujeres de esa tierra, lo mira con fijeza».

Los aborígenes del archipiélago, los guanches, sin contacto alguno con habitantes de otras comarcas del mundo, conocían ya sin embargo un alto grado de moralidad. Estábales vedado, por ejemplo, bajo pena de muerte, dirigir la palabra a una mujer que encontrasen sola en lugar apartado. El pastor hace, pues, señas a la desconocida de que se aleje y deje pasar el ganado. Aquella, empero, no se mueve. Monta entonces en cólera el primitivo y coge una piedra con ánimo de lanzársela a la intrusa. Mas he aquí que su brazo queda paralizado en el acto.

Llama espantado al compañero, narrándole lo acaecido. Este último se acerca a la «mujercita», créela inanimada y, para cerciorarse mejor, se dispone a cortar un dedo con su cuchillo. Entonces se percata de que la hoja no hace mella en aquella mano y que es de la suya propia de donde la sangre comienza a manar por ancha herida.

Entonces ambos echan a correr a la residencia del «mencey». Informado del incidente, éste convoca a su Consejo, decidiendo todos personarse inmediatamente en la entrada del barranco. Allí los ancianos se quedan admirados del aspecto de la «extranjera» y opinan que se la debe de llevar a la cueva misma del «mencey». Sí, pero, ¿y quién se encargará de la operación...? Puesto que los pastores descubridores de la dama han probado ya sus iras, lo natural es que se expongan de nuevo a ellas. Temblando, pues, los «elegidos» se acercan. Pero, ¡oh prodigio! No sólo la «mujercita» no ofrece resistencia alguna, sino que el brazo paralizado recupera su flexibilidad y la sangre de la herida deja también de correr. Tal fué el primer milagro de la Virgen de la Candelaria.

El «mencey» atribuye en el acto a fenómenos tan maravillosos el sentido que en realidad entrañan: sea quien sea la «extranjera», se merece de todos el respeto más profundo. El rey mismo y sus dignatarios se honrarán trasladando la imagen a la residencia real...

Desde aquel entonces, la representación de la Madre de Dios ha pasado por infinitas vicisitudes. Nunca, sin embargo, los tinerfeños han dejado de corresponder al cariño preferente que les testimoniara la Virgen. Para ellos, la peregrinación regular al santuario no representa tan sólo una obligación piadosa, una acción de gracias por los favores derramados por la Santa Patrona sobre muchísimas familias del archipiélago; es, ante todo, una de las alegrías más puras reservadas a los creyentes de esas islas doblemente afortunadas.

Nada más perenne que lo espiritual. Rebosante de bienes de la Naturaleza, la isla de Tenerife defiende desde muchos siglos atrás la riqueza moral de que puede mostrarse legítimamente orgullosa. Y en la corona de esos valores, no es el florón de menor lustre el representado por la obra del padre Anchieta.

José Anchieta nació en La Laguna en 1533 y, neófito aún de la Compañía de Jesús, fué enviado a evangelizar a los indios del Sur, llegando de esa suerte al Brasil, donde, de acuerdo con Manuel de Paiva y Leonardo Muñoz, fundó la parroquia de Sao Paulo de Pirathinga. Vivió allí rodeado hasta su muerte de indígenas, ganados y luego convertidos por su dulzura y el celo con que se ocupaba de sus jóvenes catequistas, a quienes, entre otras cosas, adiestró admirablemente en ejecuciones corales al aire libre. Esa pacífica conquista de almas fuése extendiendo como mancha de aceite, y las tierras del Brasil acabaron siendo tierra cristiana. Cabe atribuir al padre Anchieta un papel primordial en la evangelización del Brasil. No es pues de extrañar que su recuerdo siga siendo allí hoy en día objeto de profunda veneración. Prueba de ello fueron las ceremonias brillantísimas que en 1897, y por iniciativa del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro, conmemoraron el tercer centenario de su muerte. Participó en ellas la solera más auténtica de la intelectualidad brasileña: Ruy Barbosa, Manuel Vicente da Silva, Francisco de Paula Rodrigues, Eduardo Prado, Brazílio Machado, Américo de Novais, Juan Monteiro, Couto de Magalhaes, Antonio Ferreira Vianna, Capistrano de Abreu, Joaquín Nabuco y muchos otros.

Es insigne privilegio de Nuestra Señora del Rosario de La Laguna conservar la pila bautismal en que recibió las aguas regeneradoras José Anchieta, según consta en una inscripción de los folios del registro parroquial, amarillentos de siglos. Muchos brasileños oriundos de Canarias o simplemente de paso por Tenerife, vienen a postrarse ante la pila de piedra tallada.

Durante largo tiempo, y junto con un altar de plata cincelado en los días de la Conquista, constituyó ésa el adorno principal de la iglesia. Luego, gracias al celo inteligente del clero actual, se enriqueció con una serie de amplios frescos, obra de discípulos de Bonnín, el gran pintor tinerfeño. Así engalanada acogerá la visita de los numerosos peregrinos del Año Santo que harán una escala de devoción en Santa Cruz de Tenerife.

Una conmovedora lección les aguarda allí: junto a la iglesia del Rosario álzase el seminario de La Laguna. En la quietud de sus jardines, a la sombra del famoso drago, al que, tras censurando examen (hace de eso un siglo) el naturalista Humboldt, atribuyó no menos de dos mil años de existencia, conversan y meditan en sus horas de esparcimiento aquellos que se ejercitan a su vez en las difíciles tareas del apostolado. Prepáranse, a pocos pasos del baptisterio en que el evangelizador del Brasil recibió el primer sacramento de la Fe, a seguir el camino en cuya lontananza brilla la fama misionera del padre Anchieta.



Arriba, imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, patrona del archipiélago, que se venera en su histórico santuario de Tenerife.

A la derecha, pila de piedra labrada en la que fué bautizado el Padre Anchieta y que hoy se conserva como reliquia en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, de La Laguna.

Abajo, el famoso drago, árbol histórico, al que el naturalista Humboldt atribuyó no menos de dos mil años de existencia. Hoy, a su sombra, los seminaristas de La Laguna conversan o meditan en horas de esparcimiento.



TENERIFE PARAISO DEL ATLANTICO

POR EDUARDO GARAVITO

A la luz vibrante de sus alegres mañanas, la isla de Tenerife se ofrece, mirada desde el mar, como una verídica confirmación de las islas afortunadas. Y destacando sobre los promontorios y valles de la costa, el pico de Teide, de cumbre nevada, semeja un estilizado volcán japonés.

¡Tenerife! Montes verde-oscuros, abruptos, que dan al paisaje un tono fuerte y bravo. Al pie, entre campiñas y jardines, la ciudad de Santa Cruz, de una blancura deslumbradora, aparece en la claridad matinal dejando en los ojos una grata impresión de frescura, como si acabara de salir lavada de las ondas del mar. En las fachadas de sus edificios alborea una gama de matices delicados: el rosa suave, el verde limón, el azul pálido, el amarillo marfil...

He aquí la otra España, la España oceánica, la de los paisajes de ensueño, la de los valles verdes y floridos, como el famoso de La Orotava, donde Humboldt, rendido de admiración, cayó de rodillas. Aquí, en las campiñas y jardines de esta isla maravillosa, crecen juntos los pinos norteños y las palmeras tropicales, lo mismo que las plantas de todos los climas y los frutos de todos los países, acariciados por un aire siempre tibio, bajo un cielo sereno. Fiesta de color. Panorama romántico, el de estas ciudades y aldeas tinerfeñas.

Santa Cruz es dulce, quieta, subyugadora, y, sobre todo, femenina. Contemplada desde las montañas de Las Mesas (montaña del Quisisana) parece recostarse en un desprecio voluptuoso, entre el mar que bate sus costas y la montaña que vela su sueño, escudriñando avizora en el horizonte. El ligero murmullo de sus calles llega hasta arriba muy suavemente. La montaña lo recoge y lo convierte en agreste rumor que se pierde luego entre el verde de sus matorrales. Y entre la belleza del paisaje que se muestra a nuestros ojos y la superioridad de la montaña que todo lo ve, no sabemos si es ésta la que quiere bajar al llano para convertirse en ciudad, o si es la ciudad que, enamorada de la montaña, quiere trepar por sus flancos hasta confundirse con ella.

La mirada, en vuelo caprichoso, salta desde esta altura de uno a otro extremo queriendo abarcarlo todo. Abajo, frente al mar, alzan las moles enormes de sus cuerpos el Palacio Insular y la Delegación de Hacienda, junto a los cuales se destaca la cruz del Monumento a los Caídos. A la derecha, la vasta instalación, erizada de chimeneas, de la refinería de petróleos. Un poco más cerca, en igual dirección, el sobrio edificio del convento de la Asunción. Mucho más lejos y hacia el sur, el cuartel de San Carlos; hospital civil, que en la distancia semeja una de esas casitas de juguete, de tejado encarnado, hechas de cartulina; puente de Galcerán; mercado y puente nuevos; los macizos verde-oscuros de las plazas de Weyler y Príncipe. Torres de la Concepción y San Francisco, la magnífica vista de las ramblas dobladas de árboles y flores y, por fondo, el vasto Atlántico, rizado y espumoso, azul y romántico, mostrando a lo largo de todo el litoral una sonrisa blanca.

Como maravilla entre las maravillas, ha de clasificarse el clima de esta hermosa isla, donde la temperatura media anual, en la capital, no excedió jamás de los 22 grados ni descendió hasta 20. Las temperaturas medias mensuales obedecen a una graduación uniforme, oscilando entre 17,1 grados, en febrero, y 26,5 en agosto, lo cual hace que Santa Cruz de Tenerife posea un clima sin igual, en benignidad, en el mundo entero.

Adentrándonos en sus rutas, en sus paisajes, en sus bellas ciudades del interior, nos encontramos primeramente con La Laguna, bella ciudad de Los Adelantados. Es el tipo de la vieja ciudad, con su silencio evocador, su soledad profunda y sugestiva, que guarda con orgullo el prestigio de sus recuerdos nobiliarios. La Laguna es mística y monacal, canaria y castellana. Un poeta tinerfeño la llamó, no sin acierto, la «Salamanca mía». También tiene mucho de gallega. Es un Santiago de Compostela, sin arcadas ni catedral románica. Sus palacios, sus calles tristonas, su vega exuberante, su cielo gris, sus magníficos paseos le dan porte de clásica ciudad española, llena de leyenda y tradición.

En una revuelta del camino muestra el Teide su nítida testa por encima de los pinares de La Esperanza, en cuyo bosque, y en lugar conocido por Las Raíces, entró la Historia cuando el Generalísimo de España se entrevistó en cordial reunión con toda la guarnición tinerfeña.

Entramos en La Orotava, gigantesco anfiteatro anclado en el puerto de la Cruz, jardín de hechizo donde parecen haberse dado cita todas las flores, y donde la vida es perfumada y luminosa. Todo es aquí quieto y reposado, con belleza tranquila. Deteneos a contemplar la majestuosidad serena de su famoso valle, todo platanales, y la maravilla de su Jardín Botánico, de universal nombradía. Aquí el pino del norte no está nostálgico por la ausencia de la gallarda palmera del sur; la siente vivir y palpar a su lado, alarga su ramaje oscuro para besarla en un impulso de amor. Los dos colosos se tienden los brazos y se cuentan sus secretos. Suprimida la distancia, celebran sus bodas, y el famoso «lied de Haydn» pierde su reali-



dad poética. Continúad luego subiendo hacia Las Cañadas y veréis cómo el suelo negro va palideciendo, adquiriendo tonos morenos que varían desde el sepia al siena quemado y al moreno castaño, y las nubes haciéndose menos espesas. Al emerger de ellas veréis cómo el sol inunda de claridad el antiguo cráter de Guajara. Miles de colores juegan en los flancos de las montañas rutilantes. Todo esto es Tenerife.

Arriba.—Una impresionante vista del Teide, el famoso volcán. A la izquierda.—Uno de los paseos de Santa Cruz de Tenerife, la bella ciudad insular de blancura deslumbradora, que se recuesta entre campiñas y jardines a la orilla del mar. A la derecha.—Un panorama de ensueño. Costa atlántica de Tenerife, con un primer término de vegetación exuberante.



LA ISLA DE LANZAROTE



Una bella isleña de Lanzarote, con el atavío típico.

A su paso por las Canarias, rumbo a la Ciudad Eterna, ¡cuántas voces de religión habrá escuchado el viajero, mezcladas al hechizo de sirena de las islas! Voz de catedrales y santuarios; vocecillas de iglesia montañesa...

Tenerife, Palma, Gran Canaria...; todo un tañido cristiano en la luminosidad de vidrieras de aquella naturaleza.

Sin embargo, antes de dejar atrás el archipiélago, conviene que el viajero enfoque algo más hacia el norte su curiosidad de turista y su capacidad de atención de peregrino. Allí yace Lanzarote, túmulo taciturno de volcanes; tierra inacabada que guarda prisionera, como la huella de un pie de arena todavía húmeda, la majestad del Hacedor; sin trabas de ninguna humanidad, dentro de una arquitectura digna de El.

Porque el clásico y el gótico y el flúido barroco, que en las demás islas la mano del hombre adaptó sabia al culto de vírgenes locales, aparecerían en Lanzarote como casitas de arena infantiles. Lo que el peregrino encuentra de repente en Lanzarote, con una inmediatez de vértigo, es al Todopoderoso

de la Biblia, en acción dentro de su templo de soledades sin techumbre.

Lo poco risueño y florido que en la isla presenta caracteres de hermandad canaria, hállase como arrinconado en la costa oriental: Puerto de Arrecife, por ejemplo, la capital, de gracias mudéjares bañadas en blancura moruna; de verdura chorreando por las tapias; de andares femeninos arropados, en mantillas españolas; luego, los «jameos del agua», espléndidas grutas marítimas; luego, unas huertas con su atuendo verde de sandías, tomates y hortalizas. Pero, inmediatamente, la entraña volcánica de Lanzarote vase enseñoreando del terreno. El hombre, barrido por los soplos milenarios, se ha aferrado a los hoyos de la arena y a las hendiduras del peñasco; cubre sus cultivos con cenizas de volcán para que la capilaridad de éstas los nutra; los viñedos se agazapan en el fondo de pequeños embudos artificiales a fin de que el viento de las «gerías» no los entregue al mar; los fuegos breves de unas flores estallan en la ceniza de las chumberas; la tierra se va resquebrajando como un cántaro abandonado a la canícula; por las dunas, navega hierático al-

gún camello entre las panoplias de anchos puñales de las pitas. Y el hombre va desapareciendo, y con él, la mujer de velado rostro. A ambos lados de la carretera de Macher y Yaiza, por donde rueda el turista sobrecogido, la armazón rocosa de la tierra estalla y rompe la despellejada costra como el costillar de un animal sacrificado. Y un silencio sin dimensiones vase acumulando, opresor: una bóveda de silencio que asienta sus pilares en el corazón del viajero. La tierra misma se volatiliza: tan sólo lava; un oleaje congelado de lava, cual una coraza de cobre abollada a martillazos; y a diestro y siniestro, un circo de pliegues de terreno se asemeja a los que el telescopio descubre en la Luna. El peregrino llega a la montaña de fuego; bajo sus pies, el suelo palpita imperceptiblemente con un rumor de tambores lejánicos; bastaría cavar un dedo de tierra, y en el hornillo natural así fabricado podría cocer, por ejemplo, un huevo. En el reino mismo del fuego, en la garganta de los volcanes, el mar se infiltra. Los barrancos de peñascos se cortan entre sí; cañones angostos cual naves de catedrales derruidas; grietas insondables; conos, cráteres, valles: materiales de construcción del planeta, abandonados. Los picachos desgarran el cielo en los valles, de quietud de losa, donde los vientos se han llevado jirones de tierra y de lava; las más extrañas figuras, verdaderos monstruos goyescos eternizan sus gestos en un horno de colores. Ni una planta, ni un ala, ni una respiración: nada más que el silencio que lo cubre todo con su campana de cristal en la que el turista advierte conmovido que el latido de su corazón alcanza vibraciones inmensas.

En Lanzarote está el planeta, no ya como en las otras islas, acabado, con su ropaje de tierra y de vegetales. No; Lanzarote es el esbozo de arcilla que el escultor estruja antes de que la cosa sea; en él los dedos de Dios están aún amasando un mundo en sus rasgos de elementos.

Un pisotón al acelerador y el coche, en pocos instantes, volverá a la ciudad. De

allí al avión; y pronto el turista se hallará de retorno en nuestra tierra. Pero es difícil que eche en olvido aquellas horas de contemplación sináutica fuera del tiempo (y a un paso de los bares); esa peregrinación a un templo en que no se habla a Dios y a sus santos; pero en el que Dios mismo traduce en un balbuceo granfítico su palabra perfecta.

Cuando haya dejado atrás la risa multicolor de las *islas afortunadas*, con su música de vírgenes y bienaventurados; cuando en Roma se maraville ante los esplendores creados de la Iglesia, no podrá borrar de sus oídos a Lanzarote *la muda*, a ese salmo de lavas, de abismos y de silencio.

JULIO VIANA

FOTOGRAFÍAS DE CESAR MANRIQUE



Arriba, a la izquierda, vista pintoresca del barrio pesquero de Arrecife en la isla de Lanzarote. A la derecha, viejos santuarios que hablan de fe y tradición a los habitantes de la isla. Abajo, escena típica: Descanso del camello, paciente auxiliar en las faenas del transporte.

PONTIFICES ROMANOS

SEGUN EL "LIBER PONTIFICALIS"

El título temporal del Papa es el de Soberano del Estado de la Ciudad del Vaticano. Antiguamente era el de Soberano de los Dominios Temporales de la Santa Iglesia Romana.

Los títulos espirituales del Papa son: Vicario de Cristo, Sucesor de San Pedro, Obispo de Roma, Arzobispo y Metropolitano de la Provincia Romana, Primado de Italia, Patriarca de Occidente, Supremo Pontífice de la Iglesia Universal.

Los antipapas van en letra cursiva. (Los antipapas eran los pretendientes ilegítimos al trono papal.) Los Papas que residieron en Avignon durante el Cisma de Occidente van señalados con una (A).

Fecha coro.	Nombre del Papa.	Fecha coro.	Nombre del Papa.	Fecha coro.	Nombre del Papa.
42	San Pedro.	752	Esteban II.	1164	Pascual III.
67	San Lino.	752	Esteban III.	1168	Calixto III.
76	San Anacleto o Cleto.	757	San Paulo I.	1179	Inocencio III.
88	San Clemente.	767	Constantino.	1181	Lucio III.
97	San Evaristo.	768	Felipe.	1185	Urbano III.
105	San Alejandro I.	768	Esteban IV.	1187	Gregorio VIII.
115	San Sixto I.	772	Adriano I.	1187	Clemente III.
125	San Telesforo.	795	San León III.	1191	Celestino III.
136	San Higinio.	816	San Esteban V.	1198	Inocencio III.
140	San Pío I.	817	San Pascual I.	1216	Honorio III.
155	San Aniceto.	824	Eugenio II.	1227	Gregorio IX.
166	San Sotero.	827	Valentino.	1241	Celestino IV.
175	San Eleuterio.	827	Gregorio IV.	1243	Inocencio IV.
189	San Víctor I.	—	Juan.	1254	Alejandro IV.
199	San Ceferino.	844	Sergio II.	1261	Urbano IV.
217	San Calixto I.	847	San León IV.	1265	Clemente IV.
217	San Hipólito.	855	Benedicto III.	1271	B. Gregorio X.
222	San Urbano I.	855	Anastasio.	1276	B. Inocencio V.
230	San Ponciano.	858	San Nicolás I.	1276	Adrián V.
235	San Anserio.	867	Adriano II.	1276	Juan XXI.
236	San Fabián.	872	Juan VIII.	1277	Nicolás III.
251	San Cornelio.	882	Martino.	1281	Martín IV.
251	Novaciano.	884	San Adrián III.	1285	Honorio IV.
253	San Lucio I.	885	Esteban VI.	1288	Nicolás IV.
254	San Esteban I.	891	Formoso.	1294	San Celestino V.
257	San Sixto II.	896	Bonifacio VI.	1294	Bonifacio VIII.
259	San Dionisio.	896	Esteban VII.	1303	B. Benedicto XI.
269	San Félix I.	897	Romano.	1305	Clemente V.
275	San Eutiquiano.	897	Teodoro II.	1316	Juan XXII.
283	San Cayo.	898	Juan IX.	1328	Nicolás V.
296	San Marcelino.	900	Benedicto IV.	1334	Benedicto XII.
308	San Marcelo I.	903	León V.	1342	Clemente VI (A).
309	San Eusebio.	903	Cristóbal.	1352	Inocencio VI (A).
311	San Melquiades.	904	Sergio III.	1362	Urbano V (A).
314	San Silvestre I.	911	Atanasio III.	1370	Gregorio XI (A).
336	San Marcos.	913	Laundonio.	1378	Urbano VI.
337	San Julio I.	914	Juan X.	1378	Clemente VII (A).
352	Liberio.	928	León VI.	1389	Bonifacio IX.
355	Félix II.	928	Esteban VIII.	1394	Benedicto XIII (A).
366	San Dámaso I.	931	Juan XI.	1404	Inocencio VII.
366	Ursino.	936	León VII.	1406	Gregorio XII.
384	San Siricio.	939	Esteban IX.	1409	Alejandro V.
399	San Anastasio I.	942	Martino II.	1410	Juan XXIII.
401	San Inocencio I.	946	Agapito II.	1417	Martín V.
417	San Zósimo.	955	Juan XII.	1431	Eugenio IV.
418	San Bonifacio I.	963	León VIII.	1439	Félix V.
418	Eulalio.	964	Benedicto V.	1447	Nicolás V.
422	San Celestino I.	965	Juan XIII.	1455	Calixto III.
432	San Sixto III.	973	Benedicto VI.	1458	Pío II.
440	San León I.	974	Bonifacio VII.	1464	Paulo II.
461	San Hilario.	974	Benedicto VII.	1471	Sixto IV.
468	San Simplicio.	983	Juan XIV.	1484	Inocencio VIII.
483	San Félix III.	985	Juan XV.	1492	Alejandro VI.
492	San Gelasio I.	996	Gregorio V.	1503	Pío III.
496	Anastasio II.	997	Juan XVI.	1503	Julio II.
498	San Simaco.	999	Silvestre II.	1513	León X.
498	Lorenzo.	1003	Juan XVII.	1522	Adrián VI.
514	San Hormisdas.	1004	Juan XVIII.	1523	Clemente VII.
523	San Juan I.	1009	Sergio IV.	1534	Paulo III.
526	San Félix IV.	1012	Benedicto VIII.	1550	Julio III.
530	Bonifacio II.	1012	San Gregorio.	1555	Marcelo II.
530	Dióscoro.	1024	Juan XIX.	1555	Paulo IV.
533	Juan II.	1032	Benedicto IX.	1559	Pío IV.
535	San Agapito I.	1045	Silvestre III.	1566	San Pío V.
536	San Silverio.	1045	Benedicto IX (2.ª vez).	1572	Gregorio XIII.
537	Virgilio.	1045	Gregorio VI.	1585	Sixto V.
556	Pelagio I.	1046	Clemente II.	1590	Urbano VII.
561	Juan III.	1047	Benedicto IX (3.ª vez).	1590	Gregorio XIV.
575	Benedicto I.	1048	Dámaso II.	1591	Inocencio IX.
579	Pelagio II.	1049	San León IX.	1592	Clemente VIII.
590	San Gregorio I.	1055	Víctor II.	1605	León XI.
604	San Sabino.	1057	Esteban X.	1605	Paulo V.
607	Bonifacio III.	1058	Benedicto X.	1621	Gregorio XV.
608	Bonifacio IV.	1059	Nicolás II.	1623	Urbano VIII.
615	San Diosdado I.	1061	Alejandro II.	1644	Inocencio X.
619	Bonifacio V.	1061	Honorio II.	1665	Alejandro VII.
625	Honorio I.	1073	San Gregorio VII.	1667	Clemente IX.
640	Severino.	1080	Clemente III.	1670	Clemente X.
640	Juan IV.	1087	B. Víctor III.	1676	Inocencio XI.
642	Teodoro I.	1088	B. Urbano II.	1689	Alejandro VIII.
649	San Martín I.	1099	Pascual II.	1691	Inocencio XII.
654	San Eugenio I.	1100	Teodorico.	1700	Clemente XI.
657	San Vitaliano.	1102	Alberto.	1721	Inocencio XIII.
672	Adeodato II.	1105	Silvestre IV.	1724	Benedicto XIII.
676	Dono.	1118	Gelasio II.	1730	Clemente XII.
678	San Agatón.	1118	Gregorio VIII.	1740	Benedicto XIV.
682	San León II.	1119	Calixto II.	1758	Clemente XIII.
684	San Benedicto II.	1124	Honorio II.	1769	Clemente XIV.
685	Juan V.	1124	Celestino II.	1775	Pío VI.
686	Conon.	1130	Inocencio II.	1800	Pío VII.
687	Teodoro.	1130	Anacleto II.	1823	León XII.
687	Pascual.	1138	Víctor IV.	1829	Pío VIII.
687	San Sergio I.	1143	Celestino II.	1831	Gregorio XVI.
701	Juan VI.	1144	Lucio II.	1846	Pío IX.
705	Juan VII.	1145	B. Eugenio III.	1878	León XIII.
708	Sisinio.	1153	Anastasio IV.	1903	Pío X.
708	Constantino.	1154	Adrián IV.	1914	Benedicto XV.
715	San Gregorio II.	1159	Alejandro III.	1922	Pío XI.
731	San Gregorio III.	1159	Víctor V.	1939	Pío XII.
741	San Zacarías.				



PROGRAMA DE LA EMISION DIRIGIDA A HISPANOAMERICA

Emisora de onda corta { Longitud, 32,02 m. Frecuencia, 9,369 kc.

Apertura de la Emisión: 0,45 horas Cierre de la Emisión: 4,00 horas

LUNES

Primer **diario hablado**.—Canciones gallegas.—«Pido la Palabra».—Campanadas del Santuario de Begoña.—Cante jondo.—Costumbres de España.—Cantores clásicos.—**Diarios hablados**.

MARTES

Primer **diario hablado**.—«Poetas de España».—Canciones navarras.—Campanadas del Monasterio de El Escorial.—**Diarios hablados**.

MIÉRCOLES

Primer **diario hablado**.—«La Semana Teatral».—«Palabras viajeras».—Campanadas de la Catedral de Santiago.—Recital de jotas.—**Diarios hablados**.

JUEVES

Primer **diario hablado**.—«Nuestra zarzuela».—«El Arte».—Cantores clásicos. Campanadas del Monasterio de Montserrat.—**Diarios hablados**.

VIERNES

Primer **diario hablado**.—Teatro Popular Español.—«El Idioma y la Tradición». Campanadas del Templo del Pilar.—Melodías canarias.—**Diarios hablados**.

SABADO

Primer **diario hablado**.—«Fiesta en el Aire».—Actualidades científicas.—Campanadas de la Catedral de Sevilla.—Mirador prensa española.—Canciones asturianas.—**Diarios hablados**.

DOMINGO

Primer **diario hablado**.—Reportajes deportivos y taurinos.—Concierto de la Orquesta Sinfónica de Radio Nacional.—Campanadas de la Catedral de Burgos.—Tonadilla escénica española.—**Diarios hablados**.

Horario de las transmisiones: Una hora de adelanto sobre GMT

CRITERIO

LA REVISTA ESPAÑOLA DE LOS PROBLEMAS CONTEMPORANEOS

Un juicio autorizado sobre todos los hechos vivos del mundo: La federación europea, el plan Marshall, los problemas atómicos, la política norteamericana, la estreptomycin, el tren "Talgo", la nueva Alemania, el laborismo inglés, Tierra Santa, la "democracia cristiana" en América, el comunismo en China, el Año Santo... Y también la Medicina, la Música, los últimos libros, la Economía, la Agricultura, la vida católica, la filatelia, los deportes, los hombres del día.

Aparece dos veces cada mes.

Número suelto, cuatro pesetas.

Redacción y Administración: Alfonso XI, 4.

MADRID

BANCO HISPANO AMERICANO

MADRID

Capital: 300.000.000 pesetas

Reservas: 311.906.206 pesetas

CASA CENTRAL

Plaza de Canalejas, número 1

SUCURSALES URBANAS:

Duque de Alba, núm. 15	Avda. José Antonio, n.º 10
Alcalá, número 68	Mayor, número 30
J. García Morato, 154 y 156	Serrano, número 64
Fuencarral, número 76	Eloy Gonzalo, número 19
Avda. José Antonio, n.º 50	Conde de Peñalver, n.º 49
P.º Emperador Carlos V, 5	Rodríguez San Pedro, 66
Atocha, número 55	

Aprobado por la Dirección General de Banca y Bolsa con el número 283

Los LECTORES también ESCRIBEN

Montevideo, 22 de enero de 1950.

Señor Director: Con referencia al artículo de Alberto Insúa, que aparece en el número 18, he de poner en su conocimiento que han sido observados en él dos errores, sobre los cuales ya se me ha hablado por varias personas. Son ellos el de situar a la Colonia del Sacramento en el Brasil, cuando esta localidad, tan disputada en la antigüedad, se halla en el extremo completamente opuesto, siendo el lugar de la costa del Río de la Plata más cercano a Buenos Aires (40 kilómetros en línea recta). Este error está al comienzo del artículo. El segundo está al final, cuando dice que el fundador de Montevideo, Bruno Mauricio de Zabala, está enterrado en la catedral de Montevideo. No solamente no está en esa catedral, sino que ni siquiera descansan sus huesos en esta ciudad.

Germán Fernández Fraga.

Muchas gracias. Lo lamentamos.

La Habana (Cuba), febrero 1950.

Distinguido señor: He encontrado en su revista un pequeño error. En el número 20, del mes de noviembre próximo pasado, y en las páginas 16 y 17, al pie de una fotografía, se dice: "Antiguo Palacio Presidencial." Debiera decir: "Actual Palacio Presidencial", ya que el antiguo Palacio Presidencial está ocupado en la

actualidad por el Ayuntamiento de La Habana. No busco polémica; sólo quiero señalar este pequeño error.

Oscar D. Paredes.

S/c.: Sitios, 207.

Gracias.

Córdoba, 21 de febrero de 1950.

Muy señor mío: En el número de enero de la maravillosa revista que usted dirige, concretamente en el trabajo que lleva por título: "Uruguay, el benjamín de España", y específicamente en el párrafo intitulado: "Artigas en sus trece", al hablar, el autor, del Papa Benedicto XIII y su encierro voluntario en Peñíscola, se cita este lugar como isla.

Yo, que nací en la provincia de Castellón, que he visitado repetidas veces el lugar aludido y que conozco con algún detalle la topografía de Peñíscola, he de decir que este accidente geográfico de la costa castellonense reúne las características clásicas de península. Minúscula si se quiere, pero península, al fin.

Vicente Navarro Moya.



En efecto, Peñíscola, es una península, y hermosa, además.

Madrid, 7 de febrero de 1950.

Muy señor mío: Como tengo algo de bibliófilo, me gusta coleccionar y encuadernar todas las publicaciones que merecen la pena; pero en este caso no he hecho nada con MVNDO HISPÁNICO, pues he estado esperando la aparición de índices y que se pusieran a la venta tapas editadas por ustedes para encuadernarlo.

Mucho le agradeceré me indique, en la sección que tienen para contestar preguntas del público, si piensan hacer algo en ese sentido o de renunciar definitivamente a ello. Piensen que sin índices la utilidad de la Revista es muy escasa, que ello es un trabajo y gasto insignificante y que unas tapas bien hechas darían realce a la colección.

Joaquín Prieto Castrillo.



Desde hace tiempo tenemos en estudio este asunto.

FALLO DEL PRIMER CONCURSO DE REPORTAJES "MVNDO HISPANICO"

EL PRIMER PREMIO, A PUERTO RICO;
EL SEGUNDO Y EL TERCERO, A MADRID, Y EL CUARTO, A MEJICO

Ya está fallado el primer Concurso de Reportajes organizado por esta Revista. El Jurado designado por el Consejo Editorial de MVNDO HISPANICO estuvo constituido por D. Mariano Rodríguez de Rivas, escritor, periodista y director del Museo Romántico, de Madrid; D. Ernesto La Orden Miracle, escritor, Secretario de Embajada y Jefe del Departamento de Intercambio Cultu-

ral del Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid; D. Manuel Jiménez Quiles, director de MVNDO HISPANICO, y D. Manuel Suárez-Caso, redactor-jefe de la misma.

Al concurso se presentaron sesenta y siete reportajes, que fueron leídos, a lo largo de enero y febrero, por los miembros del Jurado, quienes dieron su fallo el 9 de marzo con la siguiente acta:

Reunido el Jurado designado para fallar el primer Concurso de Reportajes organizado por la revista MVNDO HISPANICO, ha tomado por unanimidad los siguientes acuerdos, después de examinar detenidamente el gran número de trabajos presentados al mismo:

Conceder el primer premio (6.000 pesetas) al reportaje titulado "La fiesta de Santiago de Loiza", de D. Ricardo E. Alegría, de Puerto Rico, con fotografías de D. Samuel Santiago, también de Puerto Rico.

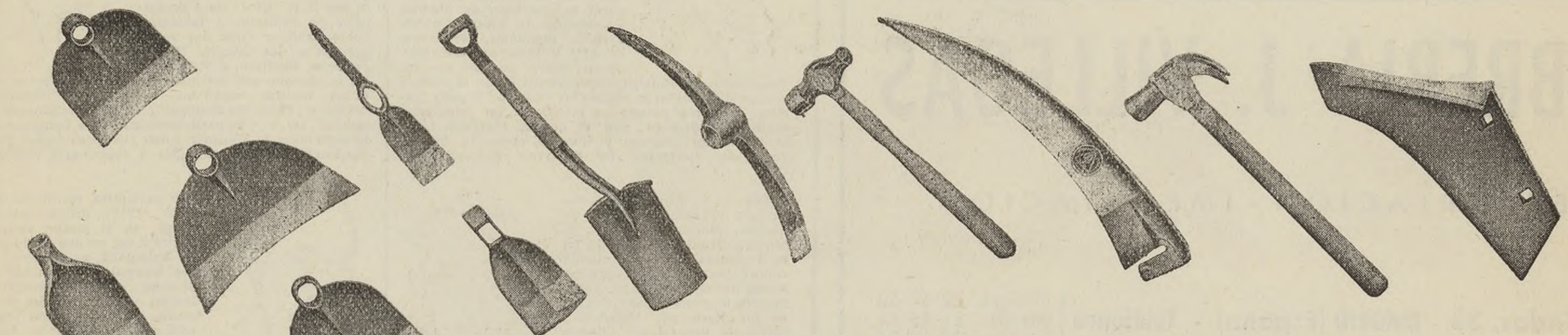
Conceder el segundo premio (4.000 pesetas) al titulado "Raíz y fruto del árbol de la Ciencia española", de los Sres. Peral de Acosta y Fernández Figueroa, de Madrid, con fotografías del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de D. Cristóbal Portillo, de Madrid.

Crear un tercer premio (2.500 pesetas), que se concede al titulado "El Monasterio del Escorial se quita años de encima", de D. Víctor de la Serna, hijo, de Madrid, con fotografías del mismo.

Crear un cuarto premio (1.500 pesetas), que se concede al titulado "Un mensajero de México", de D. Miguel Castro Ruiz, de Méjico, con fotografías de D. Tomás Torres, asimismo de Méjico.

Madrid, 9 de marzo de 1950.

Mariano Rodríguez de Rivas. — Ernesto La Orden Miracle. — Manuel Jiménez Quiles. — Manuel Suárez-Caso.



HERRAMIENTAS BELLOTA

Más de cuarenta años en la producción de artículos de calidad son la base más firme del sólido prestigio alcanzado por las herramientas BELLOTA en los mercados a que concurren.

elaborados en la propia fábrica y templados por personal experto, siguiendo en todas las fases los más depurados principios técnicos, los artículos BELLOTA alcanzan un rendimiento insuperable y aseguran clientes satisfechos.

Fabricadas exclusivamente con finos aceros eléctricos,



PATRICIO ECHEVERRIA, S. A.

FABRICA DE HERRAMIENTAS Y ACEROS

LEGAZPIA (Guipúzcoa) ESPAÑA

REPRESENTANTES

Elías de Con. Piedras, 482. BUENOS AIRES José García-Jove. R. de Alfandega, 85. RIO DE JANEIRO Pedro J. Farfán e Hijo. Huallaga (Concepción), 533. LIMA	Francisco Echevarría. Aguiar, 574. LA HABANA Rafael Ortueta. Hamburgo, 57. MEJICO, D. F. Félix Valbuena. Apartado 778. GUAYAQUIL	Narciso Sánchez. Casilla 6002. SANTIAGO DE CHILE Reinardo Sickinger. Casilla 494. MONTEVIDEO Depósitos Douro-Tejo, Ltda. R. Nova do Destierro, 31-A. LISBOA
--	---	--



LIBROS ESPAÑOLES
PARA TODO EL MUNDO

M. AGUILAR

LIBRERO
SERRANO, 24 GOYA, 18
MADRID

Ofrece sus servicios para toda clase de libros españoles y de información bibliográfica a todos los lectores de nuestro idioma dentro y fuera de España.

Solicite información más amplia y
suscríbase gratuitamente a nuestro
boletín bibliográfico
PREGÓN LITERARIO

LIBRERIA J. VILLEGAS

EXPORTACION - IMPORTACION

Preciados, 33 - MADRID (España) - Teléfonos (Oficinas, 22-67-68
Dirección, 21-86-44
Tienda, 22-69-86

(Suscripciones a revistas extranjeras)

GRAN EXPOSICION DE LIBROS TECNICOS
Y CIENTIFICOS ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS

MIEMBRO DE LAS CAMARAS
DE COMERCIO DE ESTADOS UNIDOS,
GRAN BRETAÑA Y FRANCIA

EXPORTACION A TODOS LOS PAISES

NUESTROS COLABORADORES



Ecuatoriano de Quito, donde nació (1903), Augusto Arias suma una obra variada y densa, que va desde la poesía ("Del sentir", "Poemas íntimos", "El corazón de Eva", "Viaje...") al ensayo ("En elogio de Amato", "La estética del barroco", "Jorge Isaacs y su María", "Páginas de Quito", "Tres ensayos", "El Quijote de Montalvo"...), pasando por el tema de la literatura española en su capítulo mayor: "Virgilio en castellano". Historiador con su "Panorama de la Literatura ecuatoriana" y biógrafo a la moderna con "Mariana de Jesús", "El cristal indígena", "Luis A. Martínez" y "Vida de Pedro Fermín Cevallos", A. A. es, además—con tiempo para tanto—, periodista, profesor de Literatura Española y Estética y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Quito.

Canónigo doctoral de Pamplona y, en Madrid, director espiritual del Colegio Mayor Universitario de San Pablo y asesor religioso del Instituto de Cultura Hispánica, quien en Navarra es familiarmente "Oru Santos", o sea, Santos Beguiristain Egullaz, nació en 1908 en Bell-ville, en la R. Argentina, aunque "Oru Santos" ha desarrollado en Navarra, hasta hoy, su fecunda vida sacerdotal al través de cien empresas apostólicas que llevan el sello de su personalidad vigorosa, de igual forma que todo el N. español le conoce como conferenciante original y modernísimo. Si su densa cultura espiritual se certificó en las Universidades de Roma, en la de Madrid se hizo licenciado en Derecho, al tiempo que fue, y es, viajero americano y europeo lleno de avidez intelectual.



Nació en Valladolid (1923), estudió en Galicia y vive en Madrid. Este turismo precoz puede ser un anticipo o un aviso del destino de Abilio Bernaldo de Quirós, que tras ganar el premio extraordinario al hacerse licenciado en Ciencias Históricas, ingresó con el número 1 de su oposición en la Dirección General de Turismo, de Madrid. Colaborador en diversas publicaciones españolas, con temas de Arte y turísticos principalmente, puesto que son sus dos vocaciones, Abilio Bernaldo de Quirós firma el trabajo que publicamos en la página 51, titulado "España, camino de Roma", sugestivo estudio de los principales santuarios hispanos, con el que se expresan tanto la formación artística y literaria como la intensa vocación turística de nuestro colaborador.

Gallego y de Ribadavia, y Ribadavia es casi un acento de Galicia, Manuel Rodríguez se formó en Italia, en el Brasil y en la Argentina, porque el mundo conoce pocos gallegos que no hayan navegado la Mar Océano. Secretario general para España de los Hermanos Maristas y secretario general del Consejo Superior de Misiones, M. R. ha alternado las funciones pedagógicas—como director de Colegios en América y en España—con las literarias y periodísticas, y así ha publicado, entre otros libros, "La epopeya del Alcázar", "La marcha sobre Barcelona", "Cancionero juvenil" y "Ensayo sobre el tiempo". Además, M. R. fundó y fue director de las revistas "Radio Nacional" y "Mandos", de Madrid, esta última del Frente de Juventudes, en el que M. R. sigue actuando.



Nuestro novel colaborador de hoy, que con uno de sus magistrales originales cubre las páginas 55 a 63, nació y murió en Madrid (1600-1681). A los veintidós años ya le conocía la corte como poeta. Fue soldado, tuvo amores y se ordenó como sacerdote en 1651. Está considerado como uno de los dramaturgos más extraordinarios y personalísimos de todos los tiempos. Su asombrosa dualidad realista y fantástica tiene por cimas, de un lado, "El alcalde de Zalamea", y de otro, "La vida es sueño". Paralelamente discurre su teatro religioso con "La devoción de la Cruz" y los "Autos Sacramentales", como "El pleito matrimonial del cuerpo y el alma", "Sueños hay que verdad son", etc. Este nuevo colaborador de MVNDO HISPANICO se llamó Pedro Calderón de la Barca.



Bajo la niebla del Nervión, que es un río con clima social, nació en 1902 este bilbaíno que es hoy auditor de la Rota Española. Doctor en Derecho Canónico, Teología y Filosofía—porque Bilbao da antes que nada un clima católico—, fue desde 1931 editorialista de "La Gaceta del Norte", de la capital vizcaína, y más tarde profesor de Acción Católica en distintos cursos y centros. Provisor de la Diócesis de Vitoria, en 1937; doctoral del Cabildo y vicario general, en 1938; profesor de Derecho Público Eclesiástico, en 1939, y director diocesano de las Obras Misionales Pontificias, en 1943, pertenece hoy al Consejo de Redacción de las revistas "Ecclesia" y "Criterio", de Madrid, y ha publicado "Apostolado de los seglares". Hemos hablado de D. Eugenio Beitia Aldazabal.



Del Arlanzón al Tormes todo es Duero y Castilla, y si el P. Augusto Andrés Ortega nació en Burgos en 1904, hoy es catedrático de Filosofía en la Universidad Pontificia de Salamanca. Del gótico al plateresco—del Arlanzón al Tormes—, si no antes, Castilla puede ir a veces a Roma, como lo fue el P. Ortega para doctorarse en Filosofía y Teología. Sobre explicar estas dos asignaturas en los Colegios Mayores de su Instituto, el P. Ortega ha colaborado con artículos de tales materias en distintas revistas españolas—"Jerarquía", "Escorial", "Alferez", "Estudios Políticos", "Revista Española de Filosofía", etc.—, y ha participado en varios Congresos internacionales de Filosofía. Entre sus obras figura principalmente "Razón teológica y experiencia mística".



Otro periodista madrileño que nació (1912) orillas del Pisuerga, en el punto, circunstancial o no, en que el río pasa por Valladolid, es Enrique Torres Vázquez, licenciado en Derecho por la Universidad Central y hoy miembro de la Oficina de Información Diplomática del Ministerio de Asuntos Exteriores, de Madrid. Del Pisuerga nativo a hoy, Enrique Torres ha hecho su periodismo en la capital de España, unas veces como redactor de la revista "Ecclesia", otras como subdirector de la revista "Zas", y—desde 1936 hasta hoy—como redactor del semanario "Signo" y de la Agencia Logos, al tiempo que colabora en numerosos periódicos y publicaciones españoles y extranjeros. A la firma de Enrique Torres corresponde el artículo de la pág. 46.

ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACION Y CULTURA

Redacción y Administración: Serrano, 121. - MADRID

Sumario del número 51, correspondiente al mes de marzo de 1950

ESTUDIOS

La vida heroica del hombre vulgar, por Victor Garcia Hoq.
Política económica del "Laissez-faire", economía planificada y orden de la competencia. III. El orden de la competencia, por Walter Eucken.

NOTAS

De San Juan de la Cruz a Edith Stein, por Francisco Maldonado de Guevara.—Propiedad o esclavitud, por Esteban Pujals.—Nuevos descubrimientos en lingüística prehelénica, por M. F. Galiano.

INFORMACION CULTURAL DEL EXTRANJERO

El movimiento teológico contemporáneo en Francia, por Henri Holstein, S. J.—Visión del nuevo estado de Israel, por Ignacio Bauer.—Italia ante el problema de las relaciones culturales, por Angel Alvarez de Miranda.

NOTICIAS BREVES: Mancomunidad para la defensa de la ciencia alemana.—La prensa francesa en el Extranjero.—La nueva internacional de sindicatos libres y las organizaciones sindicales católicas.

DEL MUNDO INTELECTUAL

CRONICA CULTURAL, por Alfonso Candau.

BIBLIOGRAFIA: Comentario: Economía y política imperial en la España de Carlos V, por Vicente Palacios Atard.—Reseñas de libros españoles y extranjeros.

SUPLEMENTO DE ARTE Y LITERATURA

Suscripción anual, 100 ptas. Ejemplar suelto, 12 ptas.
De venta en todas las buenas librerías.



DOXA

CREACIÓN
DEL HOMBRE

MANUFACTURA DE RELOJES **DOXA** - LE LOCLE - SUIZA - FUNDADA EN 1889

